LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA



FIÓDOR DOSTOYEVSKI

Memorias del subsuelo

Traducción española anónima

LECTURA COMPLETA · Nº 90

LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA · LECTURA COMPLETA

FIÓDOR DOSTOYEVSKI

Memorias del subsuelo

Traducción española anónima

Memorias del subsuelo, de Fiódor Dostoyevski. Traducción española anónima (Edición digital de Elejandría). Texto de dominio público.

Transcripción de Wikisource, publicada bajo licencia Dominio público. Esta edición, con su división en capítulos, títulos y resúmenes, se publica bajo la misma licencia. Portada: Edvard Munch, «Atardecer en el paseo Karl Johan» (1892), Museo KODE de Bergen. Dominio público, vía Wikimedia Commons.

Edición de La Biblioteca Filosófica. Léela también online, con marcapáginas, en labibliotecafilosofica.com/leer/memorias-del-subsuelo-dostoyevski/.

Sobre esta obra

Un antiguo funcionario de San Petersburgo, encerrado en su «subsuelo», escribe unas memorias amargas. En la primera parte reflexiona contra la idea de que el ser humano actúa siempre por su propio interés racional: el hombre prefiere a veces lo absurdo y lo que le perjudica, solo para afirmar su libertad.

Se respeta la ortografía de la edición original, por eso verás «á» como preposición o «ménos» con tilde.

Índice

1. Parte 1 (Subterráneo), I
2. Parte 1 (Subterráneo), II
3. Parte 1 (Subterráneo), III
4. Parte 1 (Subterráneo), IV
5. Parte 1 (Subterráneo), V
6. Parte 1 (Subterráneo), VI
7. Parte 1 (Subterráneo), VII
8. Parte 1 (Subterráneo), VIII
9. Parte 1 (Subterráneo), IX
10. Parte 1 (Subterráneo), X
11. Parte 1 (Subterráneo), XI
12. Parte 2 (A propósito de la nieve húmeda), I
13. Parte 2 (A propósito de la nieve húmeda), II
14. Parte 2 (A propósito de la nieve húmeda), III

15. Parte 2 (A propósito de la nieve húmeda), IV
16. Parte 2 (A propósito de la nieve húmeda), V
17. Parte 2 (A propósito de la nieve húmeda), VI
18. Parte 2 (A propósito de la nieve húmeda), VII
19. Parte 2 (A propósito de la nieve húmeda), VIII
20. Parte 2 (A propósito de la nieve húmeda), IX
21. Parte 2 (A propósito de la nieve húmeda), X

01

Parte 1 (Subterráneo), I

Empieza: «Soy un hombre enfermo... Soy un hombre rencoroso. Soy un hombre poco atractivo. Creo que mi hígado está enfermo. Sin embargo, no...»

Soy un hombre enfermo... Soy un hombre rencoroso. Soy un hombre poco atractivo. Creo que mi hígado está enfermo. Sin embargo, no sé nada en absoluto sobre mi enfermedad, y no sé con certeza lo que me aflige. No consulto a un médico por ello, y nunca lo he hecho, aunque tengo respeto por la medicina y los médicos. Además, soy extremadamente supersticioso, lo suficiente como para respetar la medicina, de todos modos (soy lo suficientemente educado como para no ser supersticioso, pero soy supersticioso). No, me niego a consultar a un médico por despecho. Eso probablemente no lo entenderá. Sin embargo, lo entiendo. Por supuesto, no puedo explicar a quién mortifico precisamente en este caso con mi despecho: Soy perfectamente consciente de que no puedo "pagar" a los médicos por no consultarles; sé mejor que nadie que con todo esto sólo me perjudico a mí mismo y a nadie más. Pero aun así, si no consulto a un médico es por despecho. Mi hígado está mal, ¡pues que empeore!

Llevo mucho tiempo así, veinte años. Ahora tengo cuarenta años. Solía estar en el servicio gubernamental, pero ya no lo estoy. Fui un funcionario rencoroso. Era maleducado y me gustaba serlo. No

aceptaba sobornos, ya ves, así que estaba obligado a encontrar una recompensa en eso, al menos. (Una pobre broma, pero no la tacharé. La escribí pensando que sonaría muy ingeniosa; pero ahora que me he visto que sólo quería presumir de forma despreciable, ¡no la tacharé a propósito!)

Cuando los peticionarios venían a pedir información a la mesa en la que me sentaba, solía rechinar los dientes ante ellos, y sentía un intenso placer cuando conseguía hacer infeliz a alguien. Casi lo conseguía. En su mayoría eran personas tímidas, por supuesto, eran peticionarios. Pero entre los altaneros había un oficial en particular que no podía soportar. No quería ser humilde y hacía sonar su espada de una manera repugnante. Me peleé con él durante dieciocho meses por esa espada. Al final le gané. Dejó de hacerla sonar. Pero eso ocurrió en mi juventud.

¿Pero saben, caballeros, cuál era el punto principal de mi despecho? Pues bien, todo el punto, el verdadero aguijón del mismo radicaba en el hecho de que continuamente, incluso en el momento del más agudo rencor, yo era interiormente consciente, con vergüenza, de que no sólo no era un rencoroso, sino que ni siquiera era un hombre amargado, que no hacía más que asustar a los gorriones al azar y divertirme con ello. Puede que eche espuma por la boca, pero tráeme una muñeca para jugar, dame una taza de té con azúcar y quizá me apacigüe. Puede que incluso me emocione de verdad, aunque probablemente después rechine los dientes y me quede despierto por la noche con vergüenza durante meses. Ese era mi camino.

Mentí cuando dije hace un momento que era un funcionario rencoroso. Mentía por despecho. Simplemente me divertía con los

peticionarios y con el funcionario, y en realidad nunca pude ser rencoroso. Era consciente en todo momento de muchos, muchísimos elementos absolutamente opuestos a eso. Sentía que esos elementos opuestos pululaban en mí. Sabía que habían estado pululando en mí durante toda mi vida y anhelando alguna salida de mí, pero no los dejaba, no los dejaba, no los dejaba salir a propósito. Me atormentaban hasta avergonzarme: me llevaban a convulsiones y me enfermaban, al fin, ¡cómo me enfermaban! Ahora bien, ¿no se imaginan, señores, que estoy expresando remordimiento por algo, que les estoy pidiendo perdón por algo? Estoy seguro de que están pensando que... Sin embargo, les aseguro que no me importa si lo hacen. . . .

No sólo no podía convertirme en rencoroso, sino que no sabía cómo convertirme en nada; ni rencoroso ni bondadoso, ni un bribón ni un hombre honesto, ni un héroe ni un insecto. Ahora, estoy viviendo mi vida en mi rincón, burlándome de mí mismo con el rencoroso e inútil consuelo de que un hombre inteligente no puede llegar a ser nada en serio, y sólo el tonto llega a ser algo. Sí, un hombre en el siglo XIX debe y moralmente debe ser preeminentemente una criatura sin carácter; un hombre de carácter, un hombre activo es preeminentemente una criatura limitada. Esa es mi convicción desde hace cuarenta años. Ahora tengo cuarenta años, y ustedes saben que cuarenta años es toda una vida; saben que es una vejez extrema. Vivir más de cuarenta años es de mala educación, es vulgar, inmoral. ¿Quién vive más allá de los cuarenta años? Responde a eso, sincera y honestamente te diré quiénes lo hacen: tontos y despreciables. Se lo digo en la cara a todos los ancianos, a todos esos venerables ancianos, a todos esos plateados y reverendos ancianos. Se lo digo en la cara a todo el

mundo. Tengo derecho a decirlo, porque yo mismo seguiré viviendo hasta los sesenta. ¡Hasta los setenta! Hasta los ochenta. . . . Quédate, déjame respirar...

Imaginan sin duda, caballeros, que quiero divertirles. En eso también se equivocan. No soy en absoluto una persona tan divertida como se imaginan, o como pueden imaginarse; sin embargo, irritados por toda esta palabrería (y siento que están irritados) creen conveniente preguntarme quién soy; entonces mi respuesta es que soy un asesor colegiado. Estuve en el servicio para poder tener algo que comer (y únicamente por esa razón), y cuando el año pasado un pariente lejano me dejó seis mil rublos en su testamento me retiré inmediatamente del servicio y me instalé en mi rincón. Antes vivía en este rincón, pero ahora me he instalado en él. Mi habitación es una miserable y horrible en las afueras de la ciudad. Mi criada es una vieja campesina, malhumorada por la estupidez, y, además, siempre hay un olor desagradable en ella. Me han dicho que el clima de Petersburgo es malo para mí, y que con mis escasos medios es muy caro vivir en Petersburgo. Todo eso lo sé mejor que todos esos sabios y experimentados consejeros y monitores. . . . Pero me quedo en Petersburgo; ¡no me voy a ir de Petersburgo! No me voy a ir porque... ¡eh! No importa en absoluto si me voy o no me voy.

¿Pero de qué puede hablar un hombre decente con más placer?

Respuesta: de sí mismo.

Pues bien, hablaré de mí mismo.

02

Parte 1 (Subterráneo), II

Empieza: «Quiero decirles ahora, señores, tanto si les interesa oírlo como si no, por qué no he podido ni siquiera convertirme en un...»

Quiero decirles ahora, señores, tanto si les interesa oírlo como si no, por qué no he podido ni siquiera convertirme en un insecto. Les digo solemnemente que he intentado muchas veces convertirme en un insecto. Pero ni siquiera estuve a la altura de eso. Les juro, señores, que ser demasiado consciente es una enfermedad, una verdadera enfermedad de fondo. Para las necesidades cotidianas del hombre, habría bastado con tener la conciencia humana ordinaria, es decir, la mitad o la cuarta parte de la que le corresponde a un hombre cultivado de nuestro infeliz siglo XIX, especialmente a uno que tiene la fatal mala suerte de habitar Petersburgo, la ciudad más teórica e intencional de todo el globo terrestre. (Hay ciudades intencionales y no intencionales.) Hubiera bastado, por ejemplo, con tener la conciencia por la que viven todas las llamadas personas directas y los hombres de acción. Apuesto a que pensáis que escribo todo esto desde la afectación, para ser ingenioso a costa de los hombres de acción; y lo que es más, que desde la afectación mal educada, estoy haciendo sonar una espada como mi oficial. Pero, señores, ¿quién puede enorgullecerse de sus enfermedades e incluso pavonearse de ellas?

Aunque, después de todo, todo el mundo lo hace; la gente se enorgullece de sus enfermedades, y yo lo hago, tal vez, más que nadie. No lo discutiremos; mi afirmación era absurda. Pero, sin embargo, estoy firmemente convencido de que gran parte de la conciencia, todo tipo de conciencia, de hecho, es una enfermedad. Me atengo a eso. Dejemos eso también por un minuto. Dígame esto: ¿por qué sucede que en los mismos, sí, en los mismos momentos en que soy más capaz de sentir todo el refinamiento de todo lo que es "sublime y bello", como solían decir en una época, me sucedería, como si fuera un designio, no sólo sentir sino hacer cosas tan feas, tales que...? En fin, acciones que todos, tal vez, cometen; pero que, como a propósito, se me ocurrían a mí en el momento en que era más consciente de que no debían cometerse. Cuanto más consciente era de la bondad y de todo lo que era "sublime y bello", más profundamente me hundía en mi fango y más dispuesto estaba a hundirme en él por completo. Pero el punto principal era que todo esto no era, por así decirlo, accidental en mí, sino como si estuviera obligado a ser así. Era como si se tratara de mi condición más normal, y no de una enfermedad o depravación en lo más mínimo, de modo que al final pasó todo deseo en mí de luchar contra esta depravación. Terminó por mi casi creer (tal vez realmente creer) que esto era tal vez mi condición normal. Pero al principio, en el comienzo, ¡qué agonías soporté en esa lucha! No creía que fuera lo mismo con otras personas, y toda mi vida oculté este hecho sobre mí como un secreto. Me avergonzaba (incluso ahora, tal vez, me avergüence): Llegué a sentir una especie de secreto goce anormal, despreciable, al volver a casa, a mi rincón, en alguna repugnante noche de Petersburgo, con la aguda conciencia de que aquel día había vuelto a cometer una acción repugnante, de que lo hecho no podía deshacerse nunca, y en secreto,

interiormente, royendo, royendo a mí mismo por ello, desgarrándome y consumiéndome hasta que al fin la amargura se convirtió en una especie de vergonzosa dulzura maldita, y por fin, ¡en un positivo goce real! Sí, en disfrute, en disfrute. Insisto en ello. He hablado de esto porque sigo queriendo saber a ciencia cierta si otras personas sienten tal goce... Me explico: el goce provenía de la conciencia demasiado intensa de la propia degradación; provenía de sentir uno mismo que había llegado a la última barrera, que era horrible, pero que no podía ser de otra manera; que no había escapatoria para ti; que nunca podrías convertirte en un hombre diferente; que aunque te quedaran tiempo y fe para cambiar en algo diferente lo más probable es que no quisieras cambiar; o si lo quisieras, incluso entonces no harías nada; porque quizás en realidad no había nada en lo que pudieras cambiar.

Y lo peor de todo era, y la raíz de todo, que todo estaba de acuerdo con las leyes fundamentales normales de la conciencia sobreaguda, y con la inercia que era el resultado directo de esas leyes, y que en consecuencia uno no sólo era incapaz de cambiar sino que no podía hacer absolutamente nada. De ello se desprende, como resultado de la conciencia aguda, que uno no tiene la culpa de ser un canalla; como si eso fuera un consuelo para el canalla una vez que se ha dado cuenta de que realmente es un canalla. Pero basta. . . . He dicho muchas tonterías, pero ¿qué he explicado? ¿Cómo se puede explicar el disfrute en esto? Pero lo explicaré. ¡Llegaré al fondo del asunto! Por eso he tomado mi pluma. . . .

Yo, por ejemplo, tengo mucho amour propre. Soy tan desconfiado y propenso a ofenderse como un jorobado o un enano. Pero, a decir verdad, a veces he tenido momentos en los que si hubiera recibido una bofetada en la cara, tal vez me habría alegrado de ello. Digo, en

serio, que probablemente habría sido capaz de descubrir incluso en eso un tipo peculiar de disfrute, el disfrute, por supuesto, de la desesperación; pero en la desesperación hay los más intensos disfrutes, especialmente cuando uno es muy agudamente consciente de la desesperanza de su posición. Y cuando uno recibe una bofetada en la cara, entonces la conciencia de haber sido hecho papilla lo abruma positivamente. Lo peor de todo es que, se mire por donde se mire, sigue resultando que yo siempre fui el más culpable de todo. Y lo que es más humillante de todo, la culpa no es mía sino, por así decirlo, de las leyes de la naturaleza. En primer lugar, tener la culpa porque soy más inteligente que cualquiera de las personas que me rodean. (Siempre me he considerado más inteligente que cualquiera de las personas que me rodean, y a veces, ¿crees que me avergüenzo de ello? En cualquier caso, toda mi vida he desviado la mirada y nunca he podido mirar a la gente directamente a la cara). La culpa, en fin, porque aunque hubiera tenido magnanimidad, sólo habría tenido más sufrimiento por la sensación de su inutilidad. Ciertamente, nunca habría podido hacer nada por ser magnánimo: ni perdonar, porque mi agresor me habría abofeteado tal vez por las leyes de la naturaleza, y uno no puede perdonar las leyes de la naturaleza; ni olvidar, porque aunque se debiera a las leyes de la naturaleza, es insultante igualmente. Por último, aunque hubiera querido ser todo menos magnánimo, y hubiera deseado, por el contrario, vengarme de mi agresor, no hubiera podido vengarme de nadie por nada, porque ciertamente nunca me hubiera decidido a hacer nada, aunque hubiera podido. ¿Por qué no debería haberme decidido? Sobre esto en particular quiero decir unas palabras.

03

Parte 1 (Subterráneo), III

Empieza: «Con las personas que saben vengarse y defenderse en general, ¿cómo se hace? Pues bien, cuando están poseídos, supongamos, por el sentimiento...»

Con las personas que saben vengarse y defenderse en general, ¿cómo se hace? Pues bien, cuando están poseídos, supongamos, por el sentimiento de venganza, entonces por el momento no queda nada más que ese sentimiento en todo su ser. Un caballero así simplemente se lanza directamente hacia su objetivo como un toro enfurecido con los cuernos hacia abajo, y nada más que un muro lo detendrá. (Por cierto: frente a la pared, tales caballeros -es decir, las personas "directas" y los hombres de acciónestán realmente desconcertados. Para ellos, un muro no es una evasión, como para nosotros, los que pensamos y, en consecuencia, no hacemos nada; no es una excusa para apartarse, excusa de la que siempre nos alegramos, aunque nosotros mismos apenas creamos en ella, por regla general. No, ellos no se sienten sorprendidos con toda sinceridad. El muro tiene para ellos algo de tranquilizador, de calmante moral, de definitivo; quizá incluso algo de misterioso... pero del muro más adelante).

Pues bien, una persona tan directa la considero como el verdadero hombre normal, tal como su tierna madre naturaleza deseaba verla cuando la trajo graciosamente a la tierra. Envidio a un hombre así

hasta ponerme verde. Es estúpido. No lo discuto, pero quizá el hombre normal deba ser estúpido, ¿cómo lo sabes? Tal vez es muy hermoso, de hecho. Y estoy más persuadido de esa sospecha, si se puede llamar así, por el hecho de que si se toma, por ejemplo, la antítesis del hombre normal, es decir, el hombre de conciencia aguda, que ha salido, por supuesto, no del regazo de la naturaleza sino de una réplica (esto es casi misticismo, señores, pero sospecho que esto también), este hombre hecho de una réplica a veces está tan desconcertado en presencia de su antítesis que con toda su conciencia exagerada piensa genuinamente en sí mismo como un ratón y no como un hombre. Puede ser un ratón de conciencia aguda, pero es un ratón, mientras que el otro es un hombre, y por lo tanto, etcétera, etcétera. Y lo peor de todo es que él mismo, su propio ser, se considera un ratón; nadie le pide que lo haga; y ese es un punto importante. Ahora veamos a este ratón en acción. Supongamos, por ejemplo, que también se siente insultado (y casi siempre se siente insultado) y quiere vengarse también. Puede incluso haber en él una mayor acumulación de rencor que en el hombre de la naturaleza y de la verdad. El deseo vil y desagradable de desahogar ese rencor contra su agresor le hace vibrar tal vez con más asco que al hombre de la naturaleza y la verdad. Porque, por su estupidez innata, este último considera su venganza como justicia pura y simple; mientras que, como consecuencia de su aguda conciencia, el ratón no cree en la justicia de la misma. Para llegar por fin al hecho mismo, al acto mismo de la venganza. Aparte de la única maldad fundamental, el desafortunado ratón consigue crear a su alrededor tantas otras maldades en forma de dudas y preguntas, añade a la única pregunta tantas cuestiones no resueltas que inevitablemente se produce a su alrededor una especie de brebaje fatal, un lío apestoso, hecho de sus dudas,

emociones y del desprecio que le escupen los hombres directos de la acción que se sitúan solemnemente a su alrededor como jueces y árbitros, riéndose de él hasta que les duele el costado sano. Por supuesto, lo único que le queda es descartar todo eso con un movimiento de su pata y, con una sonrisa de supuesto desprecio en la que ni siquiera él mismo cree, arrastrarse ignominiosamente a su madriguera. Allí, en su desagradable y apestoso hogar subterráneo, nuestro insultado, aplastado y ridiculizado ratón se sumerge rápidamente en un frío, maligno y, sobre todo, eterno rencor. Durante cuarenta años recordará su lesión hasta los detalles más pequeños e ignominiosos, y cada vez añadirá, por sí mismo, detalles aún más ignominiosos, burlándose y atormentándose con su propia imaginación. Ella misma se avergonzará de sus imaginaciones, pero sin embargo lo recordará todo, repasará una y otra vez cada detalle, inventará cosas inauditas contra sí misma, pretendiendo que esas cosas puedan suceder, y no perdonará nada. Tal vez comience a vengarse también, pero, por así decirlo, poco a poco, de forma trivial, desde detrás de la estufa, de incógnito, sin creer ni en su propio derecho a la venganza, ni en el éxito de su venganza, sabiendo que de todos sus esfuerzos de venganza sufrirá cien veces más que aquel de quien se venga, mientras que él, me atrevo a decir, ni siquiera se rascará. En su lecho de muerte lo recordará todo de nuevo, con los intereses acumulados a lo largo de todos los años y. . .

Pero es justo en esa fría y abominable mitad desesperación, mitad creencia, en ese enterrarse vivo por pena en los infiernos durante cuarenta años, en esa desesperanza agudamente reconocida y sin embargo parcialmente dudosa de la propia posición, en ese infierno de deseos insatisfechos vueltos hacia dentro, en esa fiebre

de oscilaciones, de resoluciones decididas para siempre y arrepentidas de nuevo un minuto después, donde reside el sabor de ese extraño goce del que he hablado. Es tan sutil, tan difícil de analizar, que las personas un poco limitadas, o incluso simplemente las personas de nervios fuertes, no entenderán ni un átomo de él. "Posiblemente", añadirá usted por su cuenta con una sonrisa, "tampoco lo entenderán las personas que nunca han recibido una bofetada en la cara", y de ese modo me insinuará amablemente que yo también, quizás, he tenido la experiencia de una bofetada en la cara en mi vida, y por eso hablo como alguien que sabe. Apuesto a que lo están pensando. Pero tranquilícense, señores, yo no he recibido una bofetada, aunque me es absolutamente indiferente lo que puedan pensar al respecto. Posiblemente, incluso me arrepiento de haber dado tan pocas bofetadas en mi vida. Pero basta... no se hable más de ese tema que tanto le interesa.

Continuaré con calma en lo que se refiere a las personas de nervios fuertes que no comprenden cierto refinamiento del disfrute. Aunque en ciertas circunstancias estos señores braman más fuerte como toros, aunque esto, supongamos, les da el mayor crédito, sin embargo, como ya he dicho, enfrentados a lo imposible se aquietan enseguida. Lo imposible significa el muro de piedra. ¿Qué muro de piedra? Por supuesto, las leyes de la naturaleza, las deducciones de la ciencia natural, las matemáticas. En cuanto te demuestran, por ejemplo, que desciendes de un mono, no sirve de nada fruncir el ceño, lo aceptas como un hecho. Cuando te demuestran que, en realidad, una gota de tu propia grasa debe ser más valiosa para ti que cien mil de tus congéneres, y que esta conclusión es la solución final de todas las llamadas virtudes y deberes y de todos esos

prejuicios y fantasías, entonces no tienes más que aceptarlo, no hay ayuda para ello, porque el doble de dos es una ley de las matemáticas. Intenta refutarlo.

"Te gritarán, es inútil protestar: ¡el doble de dos es cuatro! La naturaleza no te pide permiso, no tiene nada que ver con tus deseos, y tanto si te gustan sus leyes como si te disgustan, estás obligado a aceptarla tal como es, y en consecuencia todas sus conclusiones. Un muro, como ves, es un muro... y así sucesivamente".

Cielos misericordiosos, pero ¿qué me importan las leyes de la naturaleza y la aritmética, cuando, por alguna razón, me disgustan esas leyes y el hecho de que dos veces dos son cuatro? Por supuesto que no puedo atravesar el muro golpeando mi cabeza contra él si realmente no tengo la fuerza para derribarlo, pero no voy a reconciliarme con él simplemente porque es un muro de piedra y no tengo la fuerza.

Como si tal muro de piedra fuera realmente un consuelo, y realmente contuviera alguna palabra de conciliación, simplemente porque es tan cierto como que dos veces dos son cuatro. Oh, ¡absurdo de los absurdos! Cuánto mejor es entenderlo todo, reconocerlo todo, todas las imposibilidades y el muro de piedra; no reconciliarse con una de esas imposibilidades y muros de piedra si te repugna reconciliarte con ella; por el camino de las combinaciones más inevitables y lógicas para llegar a las conclusiones más repugnantes sobre el tema eterno, que incluso por el muro de piedra eres tú mismo de alguna manera culpable, aunque de nuevo es tan claro como el día que no tienes la culpa en lo más mínimo, y por lo tanto rechinar los dientes en la impotencia

silenciosa para hundirse en la inercia de lujo, rumiando el hecho de que no hay nadie incluso para que te sientas vengativo, que no tienes, y tal vez nunca tendrás, un objeto para tu rencor, que es un juego de manos, un poco de malabarismo, un truco de tahúr, que es simplemente un lío, sin saber qué y sin saber quién, pero a pesar de todas estas incertidumbres y malabarismos, todavía hay un dolor en ti, y cuanto más no sabes, peor es el dolor.

04

Parte 1 (Subterráneo), IV

Empieza: «"¡Ja, ja, ja! Lo siguiente que encontrarás es el disfrute en el dolor de muelas", gritas, con una carcajada.»

"¡Ja, ja, ja! Lo siguiente que encontrarás es el disfrute en el dolor de muelas", gritas, con una carcajada.

"Bueno, hasta en el dolor de muelas hay disfrute", respondo. Tuve dolor de muelas durante un mes entero y sé que lo hay. En ese caso, por supuesto, la gente no es rencorosa en silencio, sino que gime; pero no son gemidos cándidos, son gemidos malignos, y la malignidad es todo el punto. El goce del que sufre encuentra su expresión en esos gemidos; si no sintiera goce en ellos no gemiría. Es un buen ejemplo, señores, y lo desarrollaré. Esos gemidos expresan, en primer lugar, toda la falta de objetivo de vuestro dolor, que es tan humillante para vuestra conciencia; todo el sistema legal de la naturaleza sobre el que escupís con desdén, por supuesto, pero del que sufrís igualmente mientras ella no lo hace. Expresan la conciencia de que no tienes ningún enemigo al que castigar, sino que tienes dolor; la conciencia de que, a pesar de todos los Wagenheims posibles, estás en completa esclavitud de tus dientes; que si alguien lo desea, tus dientes dejarán de doler, y si no lo hace, seguirán doliendo otros tres meses; y que, finalmente, si sigues siendo contumaz y sigues protestando, lo único que te queda para tu propia gratificación es golpearte o golpear tu pared con el

puño tan fuerte como puedas, y absolutamente nada más. Pues bien, estos insultos mortales, estas burlas por parte de alguien desconocido, terminan por fin en un disfrute que a veces alcanza el más alto grado de voluptuosidad. Les pido, señores, que escuchen a veces los gemidos de un hombre culto del siglo XIX que sufre de dolor de muelas, al segundo o tercer día del ataque, cuando empieza a gemir, no como gemía el primer día, es decir, no simplemente porque le duela la muela, no como un campesino cualquiera, sino como un hombre afectado por el progreso y la civilización europea, un hombre que está "divorciado del suelo y de los elementos nacionales", como se dice ahora. Sus gemidos se vuelven desagradables, asquerosamente malignos, y se prolongan durante días y noches enteras. Y, por supuesto, él mismo sabe que no se hace ningún bien con sus gemidos; sabe mejor que nadie que no hace más que lacerarse y atormentarse a sí mismo y a los demás para nada; sabe que incluso el público ante el que se esfuerza, y toda su familia, le escuchan con repugnancia, no ponen un ha'porto de fe en él, y comprenden interiormente que podría gemir de otra manera, más sencillamente, sin trinos ni florituras, y que no hace más que divertirse así por mal humor, por malignidad. Pues bien, en todos estos reconocimientos y disgustos es donde reside un placer voluptuoso. Como si dijera: "Os estoy preocupando, os estoy lacerando el corazón, os estoy quitando el sueño a todos los de la casa. Pues bien, permaneced despiertos, vosotros también sentís cada minuto que me duele la muela. Ahora no soy un héroe para vosotros, como intenté parecer antes, sino simplemente una persona desagradable, un impostor. ¡Bueno, que así sea, entonces! Me alegro mucho de que hayas visto a través de mí. Es desagradable para ti escuchar mis despreciables gemidos: bueno, que sea desagradable; aquí te dejaré una floritura más

desagradable en un minuto. . . ." ¿No lo entienden aún, señores? No, parece que nuestro desarrollo y nuestra conciencia deben ir más allá para comprender todos los entresijos de este placer. ¿Se ríen? Encantado. Mis bromas, señores, son, por supuesto, de mal gusto, espasmódicas, envueltas, carentes de autoestima. Pero, por supuesto, eso es porque no me respeto a mí mismo. ¿Puede un hombre con percepción respetarse a sí mismo?

05

Parte 1 (Subterráneo), V

Empieza: «Vamos, ¿es posible que un hombre que intenta encontrar el disfrute en el propio sentimiento de su degradación tenga una chispa de...»

Vamos, ¿es posible que un hombre que intenta encontrar el disfrute en el propio sentimiento de su degradación tenga una chispa de respeto por sí mismo? No digo esto ahora por ningún tipo de remordimiento empalagoso. Y, de hecho, nunca podría soportar decir: "Perdóname, papá, no lo volveré a hacer", no porque sea incapaz de decirlo; al contrario, quizás sólo porque he sido demasiado capaz de hacerlo, y de qué manera, además. Como si fuera un diseño, solía meterme en problemas en casos en los que no tenía ninguna culpa. Eso era lo más desagradable. Al mismo tiempo me sentía realmente conmovido y arrepentido, solía derramar lágrimas y, por supuesto, me engañaba a mí mismo, aunque no actuaba en lo más mínimo y había un sentimiento enfermizo en mi corazón en ese momento. . . . Por eso no se podía culpar ni siquiera a las leyes de la naturaleza, aunque las leyes de la naturaleza me han ofendido continuamente durante toda mi vida más que nada. Es repugnante recordarlo todo, pero ya entonces era repugnante. Por supuesto, un minuto más tarde me daba cuenta con ira de que todo era una mentira, una mentira repugnante, una mentira afectada, es decir, toda esta penitencia, esta emoción, estos

votos de reforma. Preguntaréis por qué me preocupaba con tales payasadas: responded, porque era muy aburrido sentarse con las manos cruzadas, y entonces uno empezaba a hacer cabriolas. Eso es realmente. Obsérvense con más atención, señores, y entonces comprenderán que es así. Me inventé aventuras y me inventé una vida, para al menos vivir de alguna manera. Cuántas veces me ha sucedido, por ejemplo, ofenderme simplemente a propósito, por nada; y uno mismo sabe, por supuesto, que no se ofende por nada; que lo está poniendo, pero, sin embargo, llega al final a sentirse realmente ofendido. Toda mi vida he tenido el impulso de gastar tales bromas, de modo que al final no he podido controlarlo en mí mismo. En otra ocasión, dos veces, de hecho, me esforcé por estar enamorado. Yo también sufrí, señores, se lo aseguro. En el fondo de mi corazón no había ninguna fe en mi sufrimiento, sólo una leve conmoción de burla, pero sin embargo sufrí, y de la manera real y ortodoxa; estaba celoso, fuera de mí. . y todo era por el hastío, señores, todo por el hastío; la inercia me venció. Ustedes saben que el fruto directo y legítimo de la conciencia es la inercia, es decir, el sentarse conscientemente con las manos dobladas. Ya me he referido a esto. Repito, repito con énfasis: todas las personas "directas" y los hombres de acción son activos sólo porque son estúpidos y limitados. ¿Cómo se explica eso? Os lo diré: como consecuencia de su limitación, toman las causas inmediatas y secundarias por las primarias, y así se persuaden más rápida y fácilmente que otras personas de que han encontrado un fundamento infalible para su actividad, y su mente está tranquila, y sabéis que eso es lo principal. Para empezar a actuar, sabes, primero debes tener tu mente completamente tranquila y no dejar ningún rastro de duda en ella. ¿Por qué? ¿Cómo puedo, por ejemplo, tranquilizar mi mente? ¿Dónde están las causas primarias

sobre las que debo construir? ¿Dónde están mis cimientos? ¿De dónde he de sacarlos? Me ejercito en la reflexión y, por consiguiente, cada causa primaria atrae tras de sí otra aún más primaria, y así hasta el infinito. Esta es la esencia de todo tipo de conciencia y reflexión. Debe ser un caso de las leyes de la naturaleza de nuevo. ¿Cuál es el resultado al final? Pues lo mismo. Recuerda que acabo de hablar de la venganza. (Estoy seguro de que no lo has asimilado.) He dicho que un hombre se venga porque ve la justicia en ello. Por lo tanto, ha encontrado una causa primaria, es decir, la justicia. Y así está tranquilo por todos lados, y en consecuencia lleva a cabo su venganza con calma y éxito, estando persuadido de que está haciendo una cosa justa y honesta. Pero yo no veo ninguna justicia en ello, tampoco encuentro ninguna clase de virtud en ello, y en consecuencia, si intento vengarme, es sólo por despecho. El rencor, por supuesto, podría superar todo, todas mis dudas, y así podría servir con bastante éxito en lugar de una causa primaria, precisamente porque no es una causa. Pero qué se puede hacer si ni siquiera tengo rencor (ya empecé con eso, sabes). Como consecuencia, de nuevo, de esas malditas leyes de la conciencia, la ira en mí está sujeta a la desintegración química. Te fijas en ella, el objeto vuela en el aire, tus razones se evaporan, el criminal no se encuentra, el agravio se convierte no en un agravio sino en un fantasma, algo así como el dolor de muelas, del que nadie tiene la culpa, y en consecuencia sólo queda de nuevo la misma salida, es decir, golpear la pared tan fuerte como puedas. Así que lo abandonas con un movimiento de la mano porque no has encontrado una causa fundamental. Y prueba a dejarte llevar por tus sentimientos, a ciegas, sin reflexión, sin causa primaria, repeliendo la conciencia al menos durante un tiempo; odia o ama, aunque sea para no quedarte con las manos cruzadas. Pasado

mañana, como muy tarde, empezarás a despreciarte por haberte engañado a sabiendas. Resultado: una burbuja de jabón y la inercia. Oh, señores, saben, quizás me considero un hombre inteligente, sólo porque toda mi vida no he sido capaz ni de empezar ni de terminar nada. Es cierto que soy un parlanchín, un inofensivo parlanchín vejatorio, como todos nosotros. Pero ¿qué hacer si la vocación directa y única de todo hombre inteligente es el balbuceo, es decir, el vertido intencionado de agua a través de un colador?

06

Parte 1 (Subterráneo), VI

Empieza: «¡Oh, si no hubiera hecho nada simplemente por pereza! Cielos, cómo me habría respetado entonces. Me habría respetado porque al menos habría...»

¡Oh, si no hubiera hecho nada simplemente por pereza! Cielos, cómo me habría respetado entonces. Me habría respetado porque al menos habría sido capaz de ser perezoso; al menos habría habido una cualidad, por así decirlo, positiva en mí, en la que podría haberme creído. Pregunta: ¿Qué es? Respuesta: Un perezoso; ¡qué agradable habría sido oír eso de uno mismo! Significaría que estaba positivamente definido, significaría que había algo que decir sobre mí. "Perezoso": es una vocación, una carrera. No bromees, es así. Entonces sería miembro del mejor club por derecho, y encontraría mi ocupación en respetarme continuamente. Conocí a un caballero que se enorgullecía toda su vida de ser un conocedor de Lafitte. Consideraba esto como su virtud positiva, y nunca dudó de sí mismo. Murió, no simplemente con una conciencia tranquila, sino triunfante, y además tenía mucha razón. Entonces debería haber elegido una carrera para mí, debería haber sido un perezoso y un glotón, no uno simple, sino, por ejemplo, uno con simpatías por todo lo sublime y bello. ¿Qué le parece eso? Hace tiempo que tengo visiones de ello. Ese "sublime y bello" pesa mucho en mi mente a los cuarenta años Pero eso es a

los cuarenta años; entonces -¡oh, entonces habría sido diferente! Habría encontrado para mí una forma de actividad acorde con ella, para ser exactos, bebiendo a la salud de todo lo "sublime y bello". Tendría que haber aprovechado cada oportunidad para dejar caer una lágrima en mi vaso y luego vaciarlo a todo lo que es "sublime y bello". Debería entonces haber convertido todo en lo sublime y lo bello; en la basura más desagradable e incuestionable, debería haber buscado lo sublime y lo bello. Debería haber exudado lágrimas como una esponja húmeda. Un artista, por ejemplo, pinta un cuadro digno de Gay. De inmediato brindo a la salud del artista que pintó el cuadro digno de Gay, porque amo todo lo que es "sublime y bello". Un autor ha escrito Como quieras: al instante brindo a la salud de "quien quieras" porque amo todo lo que es "sublime y bello".

Debería reclamar respeto por hacerlo. Debería perseguir a quien no me muestre respeto. Debería vivir a gusto, debería morir con dignidad, ¡porque es encantador, perfectamente encantador! Y qué buen vientre redondo debería haber crecido, qué barbilla de trébol debería haber establecido, qué nariz de rubí debería haber coloreado para mí, para que todo el mundo dijera, mirándome: "¡Aquí hay un activo! Aquí hay algo real y sólido". Y, digan lo que quieran, es muy agradable escuchar tales comentarios sobre uno mismo en esta época negativa.

07

Parte 1 (Subterráneo), VII

Empieza: «Pero todo esto son sueños dorados. Oh, decidme, ¿quién fue el primero en anunciar, quién fue el primero en proclamar, que el...»

Pero todo esto son sueños dorados. Oh, decidme, ¿quién fue el primero en anunciar, quién fue el primero en proclamar, que el hombre sólo hace cosas desagradables porque no conoce sus propios intereses; y que si se iluminara, si se le abrieran los ojos a sus verdaderos intereses normales, el hombre dejaría enseguida de hacer cosas desagradables, se volvería enseguida bueno y noble porque, estando iluminado y comprendiendo su verdadero provecho, vería su propio provecho en el bien y no en otra cosa, y todos sabemos que ningún hombre puede, conscientemente, actuar contra sus propios intereses, en consecuencia, por así decirlo, por necesidad, comenzaría a hacer el bien? ¡Oh, el niño! ¡Oh, el niño puro e inocente! ¿Por qué, en primer lugar, cuando en todos estos miles de años ha habido un momento en que el hombre ha actuado sólo por su propio interés? ¿Qué hacer con los millones de hechos que atestiguan que los hombres, conscientemente, es decir, comprendiendo plenamente sus verdaderos intereses, los han dejado en un segundo plano y se han precipitado por otro camino, al encuentro del peligro y de la amenaza, sin que nadie ni nada les haya obligado a ello, sino que, por así decirlo,

simplemente les ha disgustado el camino trillado, y se han obstinado, voluntariamente, en emprender otro camino difícil y absurdo, buscándolo casi en la oscuridad? Así que, supongo, esta obstinación y perversidad les resultó más agradable que cualquier ventaja. . . . ¡Ventaja! ¿Qué es una ventaja? ¿Y os encargaréis de definir con perfecta exactitud en qué consiste la ventaja del hombre? Y si resulta que la ventaja del hombre, a veces, no sólo puede, sino que incluso debe, consistir en que desee en ciertos casos lo que es perjudicial para él y no ventajoso. Y si es así, si puede haber tal caso, todo el principio cae en el polvo. ¿Qué piensan ustedes? ¿Hay tales casos? Ríanse ustedes; ríanse, señores, pero respóndanme solamente: ¿se han calculado con perfecta certeza las ventajas del hombre? ¿No hay algunas que no sólo no han sido incluidas, sino que no pueden ser incluidas bajo ninguna clasificación? Verán, ustedes, caballeros, han tomado, hasta donde yo sé, todo su registro de ventajas humanas de los promedios de las cifras estadísticas y de las fórmulas político-económicas. Sus ventajas son la prosperidad, la riqueza, la libertad, la paz, etc., etc. De modo que el hombre que, por ejemplo, se opusiera abiertamente y a sabiendas a toda esa lista sería, según su pensamiento, y de hecho también el mío, por supuesto, un oscurantista o un loco absoluto: ¿no es así? Pero, sabes, esto es lo que sorprende: ¿por qué sucede que todos estos estadísticos, sabios y amantes de la humanidad, cuando hacen el recuento de las ventajas humanas, invariablemente dejan fuera una? Ni siquiera la toman en cuenta en la forma en que debe ser tomada, y todo el cálculo depende de eso. No sería un asunto mayor, simplemente tendrían que tomarla, esta ventaja, y añadirla a la lista. Pero el problema es que esta extraña ventaja no entra en ninguna clasificación y no tiene cabida en ninguna lista. Tengo un amigo,

por ejemplo... Caballeros, pero por supuesto que también es su amigo; y de hecho no hay nadie, nadie para quien no sea un amigo. Cuando se prepara para cualquier empresa, este caballero le explica inmediatamente, con elegancia y claridad, cómo debe actuar exactamente de acuerdo con las leyes de la razón y la verdad. Es más, le hablará con emoción y pasión de los verdaderos intereses normales del hombre; con ironía reprenderá a los tontos miopes que no comprenden sus propios intereses, ni el verdadero significado de la virtud; y, al cabo de un cuarto de hora, sin ninguna provocación exterior repentina, sino simplemente por algo que es más fuerte en su interior que todos sus intereses, se irá por otro camino, es decir, actuará en oposición directa a lo que acaba de decir sobre sí mismo, en oposición a las leyes de la razón, en oposición a su propio beneficio, de hecho en oposición a todo. .. Les advierto que mi amigo es una personalidad compuesta y por lo tanto es difícil culparlo como individuo. El hecho es, señores, que parece que realmente debe existir algo que es más querido por casi todos los hombres que sus mayores ventajas, o (para no ser ilógico) hay una ventaja más ventajosa (la misma que se omitió de la que hablamos hace un momento) que es más importante y más ventajosa que todas las demás ventajas, por la cual un hombre si es necesario está dispuesto a actuar en oposición a todas las leyes; es decir, en oposición a la razón, al honor, a la paz, a la prosperidad, en fin, en oposición a todas esas cosas excelentes y útiles, con tal de conseguir esa ventaja fundamental, la más ventajosa, que le es más querida que todas. "Sí, pero es una ventaja de todos modos", replicará usted. Pero perdonadme, voy a aclarar el punto, y no se trata de un juego de palabras. Lo que importa es que esta ventaja es notable por el hecho mismo de que rompe todas nuestras clasificaciones, y destroza continuamente todos los sistemas

construidos por los amantes de la humanidad en beneficio de ésta. De hecho, lo trastorna todo. Pero antes de mencionarles esta ventaja, quiero comprometerme personalmente, y por lo tanto declaro audazmente que todos estos bellos sistemas, todas estas teorías para explicar a la humanidad sus verdaderos intereses normales, con el fin de que, esforzándose inevitablemente por perseguir estos intereses, se conviertan a la vez en buenos y nobles, son, en mi opinión, hasta ahora, meros ejercicios lógicos. Sí, ejercicios lógicos. Mantener esta teoría de la regeneración de la humanidad por medio de la persecución de sus propios intereses es, en mi opinión, casi la misma cosa... que afirmar, por ejemplo, siguiendo a Buckle, que a través de la civilización la humanidad se vuelve más suave y, en consecuencia, menos sanguinaria y menos apta para la guerra. Lógicamente parece desprenderse de sus argumentos. Pero el hombre tiene tal predilección por los sistemas y las deducciones abstractas que está dispuesto a distorsionar la verdad intencionadamente, está dispuesto a negar la evidencia de sus sentidos sólo para justificar su lógica. Tomo este ejemplo porque es el más evidente. Sólo miren a su alrededor: la sangre se derrama a raudales, y de la manera más alegre, como si fuera champán. Tome todo el siglo XIX en el que vivió Buckle. Toma a Napoleón el Grande y también al actual. Tomad América del Norte, la eterna unión. Tome la farsa de Schleswig-Holstein. . . . ¿Y qué es lo que la civilización ablanda en nosotros? La única ganancia de la civilización para la humanidad es la mayor capacidad de variedad de sensaciones, y absolutamente nada más. Y a través del desarrollo de esta multiplicidad de sensaciones el hombre puede llegar a encontrar placer en el derramamiento de sangre. De hecho, esto ya le ha ocurrido. ¿Se han dado cuenta de que son los caballeros más civilizados los que han sido los más sutiles asesinos,

a los que los Attilas y los Stenka Razins no podrían hacer sombra, y si no son tan conspicuos como los Attilas y los Stenka Razins es simplemente porque se encuentran tan a menudo, son tan ordinarios y se han vuelto tan familiares para nosotros. En cualquier caso, la civilización ha hecho a la humanidad, si no más sanguinaria, al menos más vilmente, más repugnantemente sanguinaria. Antiguamente veía la justicia en el derramamiento de sangre y con su conciencia en paz exterminaba a los que consideraba adecuados. Ahora pensamos que el derramamiento de sangre es abominable y, sin embargo, nos dedicamos a esta abominación, y con más energía que nunca. ¿Qué es peor? Decididlo vosotros mismos. Dicen que a Cleopatra (para disculpar un ejemplo de la historia romana) le gustaba clavar alfileres de oro en los pechos de sus esclavas y que obtenía satisfacción de sus gritos y retorcimientos. Diréis que eso fue en los tiempos comparativamente bárbaros; que estos tiempos son también bárbaros, porque también, comparativamente hablando, se clavan alfileres incluso ahora; que aunque el hombre ha aprendido ahora a ver con más claridad que en las épocas bárbaras, todavía está lejos de haber aprendido a actuar como dictarían la razón y la ciencia. Pero, sin embargo, estáis plenamente convencidos de que estará seguro de aprender cuando se deshaga de ciertos viejos malos hábitos, y cuando el sentido común y la ciencia hayan reeducado completamente la naturaleza humana y la hayan orientado en una dirección normal. Estáis seguros de que entonces el hombre dejará de cometer errores intencionados y, por así decirlo, se verá obligado a no querer poner su voluntad en contra de sus intereses normales. Eso no es todo; entonces, decís, la ciencia misma enseñará al hombre (aunque para mí es un lujo superfluo) que nunca ha tenido realmente ningún capricho o

voluntad propia, y que él mismo es algo de la naturaleza de una tecla de piano o de la parada de un órgano, y que hay, además, cosas llamadas leyes de la naturaleza; de modo que todo lo que hace no se hace por su voluntad, sino que se hace por sí mismo, por las leyes de la naturaleza. Por lo tanto, sólo tenemos que descubrir estas leyes de la naturaleza, y el hombre ya no tendrá que responder por sus acciones y la vida se volverá extremadamente fácil para él. Todas las acciones humanas serán entonces, por supuesto, tabuladas según estas leyes, matemáticamente, como tablas de logaritmos hasta 108.000, y anotadas en un índice; o, mejor aún, se publicarían ciertas obras edificantes de la naturaleza de los léxicos enciclopédicos, en las que todo estará tan claramente calculado y explicado que no habrá más incidentes ni aventuras en el mundo.

Entonces -todo esto es lo que usted dicese establecerán nuevas relaciones económicas, todas listas y elaboradas con exactitud matemática, de modo que toda posible pregunta se desvanecerá en un abrir y cerrar de ojos, sencillamente porque se le dará toda posible respuesta. Entonces se construirá el "Palacio de Cristal". Entonces... De hecho, esos serán días felices. Por supuesto, no hay garantía (este es mi comentario) de que no será, por ejemplo, espantosamente aburrido entonces (porque qué tendrá uno que hacer cuando todo estará calculado y tabulado), pero por otro lado todo será extraordinariamente racional. Por supuesto, el aburrimiento puede llevarte a cualquier cosa. Es que el aburrimiento lo pone a uno a clavar alfileres de oro en la gente, pero todo eso no importaría. Lo malo (este es mi comentario de nuevo) es que me atrevo a decir que la gente estará agradecida por los alfileres de oro entonces. El hombre es estúpido, lo sabes,

fenomenalmente estúpido; o más bien no es nada estúpido, pero es tan desagradecido que no podrías encontrar otro como él en toda la creación. A mí, por ejemplo, no me extrañaría lo más mínimo que de repente, a propósito de nada, en medio de la prosperidad general se levantara un caballero de semblante innoble, o más bien reaccionario e irónico, y, poniendo los brazos en alto, nos dijera a todos: "Digo, caballero, ¿no sería mejor dar una patada a todo el espectáculo y dispersar el racionalismo a los vientos, simplemente para mandar estos logaritmos al diablo, y permitirnos vivir una vez más a nuestra dulce y tonta voluntad?" Eso tampoco importaría, pero lo que sí es molesto es que seguro que encontraría adeptos: tal es la naturaleza del hombre. Y todo ello por la razón más insensata, que, se diría, apenas merece la pena mencionar: es decir, que el hombre, en todas partes y en todos los tiempos, sea quien sea, ha preferido actuar como ha elegido y no en absoluto como le dictaban su razón y su ventaja. Y uno puede elegir lo que es contrario a sus propios intereses, y a veces debe hacerlo positivamente (esa es mi idea). La propia elección libre y sin trabas, el propio capricho, por muy salvaje que sea, la propia fantasía, que a veces llega al frenesí, es precisamente esa "ventaja más ventajosa" que hemos pasado por alto, que no entra en ninguna clasificación y contra la que todos los sistemas y teorías se hacen continuamente añicos. ¿Y cómo saben estos sabios que el hombre quiere una elección normal, virtuosa? ¿Qué les ha hecho concebir que el hombre debe querer una elección racionalmente ventajosa? Lo que el hombre quiere es simplemente una elección independiente, cueste lo que cueste esa independencia y lleve a donde lleve. Y elección, por supuesto, sólo el diablo sabe qué elección.

0 8

Parte 1 (Subterráneo), VIII

Empieza: «"¡Ja! ja! ja! Pero usted sabe que no existe la elección en la realidad, diga lo que quiera", interpondrá con una risita....»

"¡Ja! ja! ja! Pero usted sabe que no existe la elección en la realidad, diga lo que quiera", interpondrá con una risita. "La ciencia ha conseguido analizar tanto al hombre que ya sabemos que la elección y lo que se llama libertad de voluntad no es otra cosa que..."

Quietos, señores, yo mismo iba a empezar con eso, lo confieso, estaba bastante asustado. Iba a decir que el diablo sólo sabe de qué depende la elección, y que tal vez eso era algo muy bueno, pero recordé la enseñanza de la ciencia... y me recompuse. Y aquí has empezado con ello. En efecto, si algún día se descubre realmente una fórmula para todos nuestros deseos y caprichos -es decir, una explicación de qué dependen, por qué leyes surgen, cómo se desarrollan, a qué aspiran en un caso y en otro y así sucesivamente, es decir, una verdadera fórmula matemáticaentonces, lo más probable es que el hombre deje de sentir deseo de inmediato, es más, estará seguro de ello. Porque ¿quién querría elegir por norma? Además, de inmediato se transformará de ser humano en un órgano-parada o algo por el estilo; porque ¿qué es un hombre sin deseos, sin libre albedrío y sin elección, sino una parada en un

órgano? ¿Qué opinas? Calculemos las posibilidades: ¿puede suceder algo así o no?

"¡Hombre!", decides. "Nuestra elección suele ser errónea desde una falsa visión de nuestra ventaja. A veces elegimos un sinsentido absoluto porque en nuestra necedad vemos en ese sinsentido el medio más fácil para conseguir una supuesta ventaja. Pero cuando todo eso se explique y se elabore sobre el papel (lo cual es perfectamente posible, pues es despreciable y sin sentido suponer que algunas leyes de la naturaleza el hombre nunca las entenderá), entonces ciertamente los llamados deseos ya no existirán. Porque si un deseo entrara en conflicto con la razón, entonces razonaremos y no desearemos, porque será imposible retener la razón para ser insensatos en nuestros deseos, y de ese modo actuar a sabiendas contra la razón y el deseo para perjudicarnos a nosotros mismos. Y como toda elección y razonamiento pueden ser realmente calculados -porque algún día se descubrirán las leyes de nuestro llamado libre albedrío-, así, bromas aparte, puede que algún día se construya algo así como una tabla con ellas, de modo que realmente elegiremos de acuerdo con ella. Si, por ejemplo, algún día calculan y me demuestran que le hice la nariz larga a alguien porque no podía evitar hacérsela larga y que tenía que hacerlo de esa manera concreta, ¿qué libertad me queda, sobre todo si soy un hombre culto y me he licenciado en alguna parte? Entonces debería poder calcular toda mi vida durante treinta años de antemano. En resumen, si esto se pudiera arreglar no nos quedaría nada por hacer; de todos modos, tendríamos que entenderlo. Y, de hecho, deberíamos repetirnos incansablemente que en tal o cual momento y en tales o cuales circunstancias la naturaleza no nos pide permiso; que tenemos que tomarla tal como

es y no moldearla a nuestro antojo, y si realmente aspiramos a fórmulas y tablas de reglas, y bueno, incluso... a la réplica química, no hay ayuda para ello, debemos aceptar la réplica también, o bien será aceptada sin nuestro consentimiento... . . ."

Sí, pero aquí me detengo. Señores, deben disculparme por ser demasiado filosófico; ¡es el resultado de cuarenta años bajo tierra! Permítanme dar rienda suelta a mi fantasía. Verán, señores, la razón es algo excelente, eso no se discute, pero la razón no es más que la razón y sólo satisface el lado racional de la naturaleza del hombre, mientras que la voluntad es una manifestación de toda la vida, es decir, de toda la vida humana incluyendo la razón y todos los impulsos. Y aunque nuestra vida, en esta manifestación de la misma, a menudo carece de valor, sin embargo es vida y no una simple extracción de raíces cuadradas. Aquí yo, por ejemplo, quiero naturalmente vivir, para satisfacer todas mis capacidades de vida, y no simplemente mi capacidad de raciocinio, es decir, no simplemente una vigésima parte de mi capacidad de vida. ¿Qué sabe la razón? La razón sólo sabe lo que ha logrado aprender (algunas cosas, tal vez, no las aprenderá nunca; esto es un pobre consuelo, pero ¿por qué no decirlo con franqueza?) y la naturaleza humana actúa como un todo, con todo lo que hay en ella, consciente o inconscientemente, y, aunque vaya mal, vive. Sospecho, señores, que me miran con compasión; me dicen de nuevo que un hombre ilustrado y desarrollado, tal, en fin, como será el hombre futuro, no puede desear conscientemente nada desventajoso para sí mismo, que eso se puede demostrar matemáticamente. Estoy totalmente de acuerdo en que sí, por medio de las matemáticas. Pero repito por centésima vez que hay un caso, uno solo, en que el hombre puede desear

conscientemente, a propósito, lo que es perjudicial para sí mismo, lo que es estúpido, muy estúpido, simplemente para tener derecho a desear para sí mismo incluso lo que es muy estúpido y no estar obligado a desear sólo lo que es sensato. Por supuesto, esta cosa muy estúpida, este capricho nuestro, puede ser en realidad, señores, más ventajoso para nosotros que cualquier otra cosa en la tierra, especialmente en ciertos casos. Y, en particular, puede ser más ventajosa que cualquier otra ventaja, incluso cuando nos hace un daño evidente y contradice las conclusiones más sólidas de nuestra razón respecto a nuestra ventaja, pues en cualquier circunstancia preserva para nosotros lo que es más precioso y más importante, es decir, nuestra personalidad, nuestra individualidad. Algunos sostienen que esto es realmente lo más precioso para la humanidad; la elección puede, por supuesto, si lo desea, estar de acuerdo con la razón; y especialmente si no se abusa de ella, sino que se mantiene dentro de los límites. Es provechosa y a veces incluso loable. Pero muy a menudo, e incluso la mayoría de las veces, la elección se opone total y obstinadamente a la razón... y... y... ¿sabéis que eso también es provechoso, a veces incluso loable? Señores, supongamos que el hombre no es estúpido. (De hecho, uno no puede negarse a suponer eso, aunque sólo sea por la única consideración de que, si el hombre es estúpido, entonces ¿quién es sabio?) Pero si no es estúpido, ¡es monstruosamente ingrato! Fenomenalmente ingrato. De hecho, creo que la mejor definición del hombre es el bípedo desagradecido. Pero eso no es todo, ese no es su peor defecto; su peor defecto es su perpetua oblicuidad moral, perpetua -desde los días del Diluvio hasta el período de Schleswig-Holstein. Oblicuidad moral y, en consecuencia, falta de sentido común; pues hace tiempo que se acepta que la falta de sentido común no se debe a otra causa que la oblicuidad moral.

Póngalo a prueba y eche un vistazo a la historia de la humanidad. ¿Qué veréis? ¿Es un gran espectáculo? Grandioso, si quieres. Tome el Coloso de Rodas, por ejemplo, eso vale algo. Con razón, el señor Anaevsky atestigua de él que algunos dicen que es obra de la mano del hombre, mientras que otros sostienen que ha sido creado por la propia naturaleza. ¿Es multicolor? Puede ser que también sea de muchos colores: si uno toma los uniformes de gala, militares y civiles, de todos los pueblos en todas las épocas, sólo eso vale la pena, y si toma los uniformes sin vestir, nunca llegará al final; ningún historiador estaría a la altura del trabajo. ¿Es monótono? Puede que también sea monótono: es luchar y luchar; ahora están luchando, lucharon primero y lucharon después; admitirás que es casi demasiado monótono. En resumen, se puede decir cualquier cosa sobre la historia del mundo, cualquier cosa que pueda entrar en la imaginación más desordenada. Lo único que no se puede decir es que es racional. La propia palabra se atasca en la garganta. Y, en efecto, esto es lo extraño que ocurre continuamente: continuamente aparecen en la vida personas morales y racionales, sabios y amantes de la humanidad que se proponen vivir toda su vida lo más moral y racionalmente posible, ser, por así decirlo, una luz para sus vecinos, simplemente para mostrarles que es posible vivir moral y racionalmente en este mundo. Y sin embargo, todos sabemos que esas mismas personas, tarde o temprano, han sido falsas para sí mismas, jugando algún extraño truco, a menudo de lo más indecoroso. Ahora os pregunto: ¿qué se puede esperar del hombre, puesto que es un ser dotado de extrañas cualidades? Derramad sobre él todas las bendiciones terrenales, ahogadlo en un mar de felicidad, de modo que no se vean más que burbujas de dicha en la superficie; dadle prosperidad económica, de modo que no tenga otra cosa que hacer que dormir, comer pasteles y

ocuparse de la continuación de su especie, e incluso entonces, por pura ingratitud, por puro despecho, el hombre os jugaría alguna mala pasada. Incluso arriesgaría sus pasteles y desearía deliberadamente la basura más fatal, el absurdo más antieconómico, simplemente para introducir en todo este buen sentido positivo su fatal elemento fantástico. Son justamente sus sueños fantásticos, su vulgar locura lo que deseará conservar, simplemente para demostrarse a sí mismo -como si eso fuera tan necesarioque los hombres siguen siendo hombres y no las teclas de un piano, que las leyes de la naturaleza amenazan con controlar tan completamente que pronto no se podrá desear más que por el calendario. Y eso no es todo: incluso si el hombre no fuera realmente más que una tecla de piano, incluso si esto se le demostrara por la ciencia natural y las matemáticas, incluso entonces no se volvería razonable, sino que haría a propósito algo perverso por simple ingratitud, simplemente para ganar su punto. Y si no encuentra los medios, inventará la destrucción y el caos, inventará sufrimientos de todo tipo, ¡sólo para ganar su punto! Lanzará una maldición sobre el mundo, y como sólo el hombre puede maldecir (es su privilegio, la principal distinción entre él y los demás animales), puede que sólo con su maldición consiga su objetivo, es decir, convencerse de que es un hombre y no una tecla de piano. Si dices que todo esto también puede ser calculado y tabulado -el caos y la oscuridad y las maldiciones-, de modo que la mera posibilidad de calcularlo todo de antemano lo detendría todo, y la razón se reafirmaría, ¡entonces el hombre se volvería loco a propósito para librarse de la razón y ganar su punto! Yo creo en ello, respondo por ello, pues todo el trabajo del hombre no parece consistir en otra cosa que en demostrarse a sí mismo cada minuto que es un hombre y no una tecla de piano. Puede ser a costa de su

piel, puede ser por canibalismo. Y siendo esto así, ¿puede uno evitar la tentación de alegrarse de que aún no haya salido, y de que el deseo siga dependiendo de algo que no conocemos?

Me gritarán (esto es, si se dignan hacerlo) que nadie está tocando mi libre albedrío, que lo único que les preocupa es que mi voluntad coincida por sí misma, por su propia voluntad, con mis propios intereses normales, con las leyes de la naturaleza y la aritmética.

Cielos, señores, ¿qué clase de libre albedrío queda cuando llegamos a la tabulación y la aritmética, cuando todo será un caso de dos veces dos son cuatro? Dos veces dos son cuatro sin mi voluntad. ¡Como si el libre albedrío significara eso!

09

Parte 1 (Subterráneo), IX

Empieza: «Señores, estoy bromeando, y yo mismo sé que mis bromas no son brillantes, pero ustedes saben que uno puede tomar todo como...»

Señores, estoy bromeando, y yo mismo sé que mis bromas no son brillantes, pero ustedes saben que uno puede tomar todo como una broma. Estoy, tal vez, bromeando a contrapelo. Señores, me atormentan las preguntas; contéstenlas por mí. Ustedes, por ejemplo, quieren curar a los hombres de sus viejos hábitos y reformar su voluntad de acuerdo con la ciencia y el buen sentido. ¿Pero cómo sabéis, no sólo que es posible, sino también que es deseable reformar al hombre de esa manera? ¿Y qué os lleva a la conclusión de que las inclinaciones del hombre necesitan ser reformadas? En resumen, ¿cómo sabes que esa reforma será un beneficio para el hombre? Y para ir a la raíz del asunto, ¿por qué estás tan positivamente convencido de que no actuar en contra de sus verdaderos intereses normales garantizados por las conclusiones de la razón y la aritmética es ciertamente siempre ventajoso para el hombre y debe ser siempre una ley para la humanidad? Hasta ahora, usted sabe, esto es sólo su suposición. Puede ser la ley de la lógica, pero no la ley de la humanidad. ¿Creen, señores, que estoy loco? Permítanme que me defienda. Estoy de acuerdo en que el hombre es un animal

preeminentemente creativo, predestinado a esforzarse conscientemente por un objeto y a dedicarse a la ingeniería, es decir, a hacer incesante y eternamente nuevos caminos, dondequiera que éstos conduzcan. Pero la razón por la que a veces quiere salirse por la tangente puede ser simplemente que está predestinado a hacer el camino, y tal vez, también, que por muy estúpido que sea el hombre práctico "directo", a veces se le ocurrirá el pensamiento de que el camino casi siempre lleva a alguna parte, y que el destino al que conduce es menos importante que el proceso de hacerlo, y que lo principal es evitar que el niño bien conducido desprecie la ingeniería, y así dé paso a la fatal ociosidad, que, como todos sabemos, es la madre de todos los vicios. Al hombre le gusta hacer caminos y crear, eso es un hecho indiscutible. Pero, ¿por qué tiene también un amor tan apasionado por la destrucción y el caos? Díganme eso. Pero sobre este punto quiero decir yo mismo un par de palabras. ¿No será que ama el caos y la destrucción (no se puede discutir que a veces los ama) porque tiene un miedo instintivo de alcanzar su objetivo y completar el edificio que está construyendo? Quién sabe, tal vez sólo ame ese edificio a distancia, y no esté enamorado de él de cerca; tal vez sólo ame construirlo y no quiera vivir en él, sino que lo dejará, cuando esté terminado, para el uso de los animales domésticos, como las hormigas, las ovejas, etc. Las hormigas tienen un gusto muy diferente. Tienen un maravilloso edificio de ese modelo que perdura para siempre: el hormiguero.

Con el hormiguero comenzó la respetable raza de las hormigas y con el hormiguero probablemente terminará, lo que da el mayor crédito a su perseverancia y buen sentido. Pero el hombre es una criatura frívola e incongruente, y tal vez, como un jugador de

ajedrez, ama el proceso del juego, no el final del mismo. Y quién sabe (no se puede decir con certeza), tal vez la única meta en la tierra a la que aspira la humanidad esté en este proceso incesante de alcanzar, es decir, en la vida misma, y no en la cosa a alcanzar, que siempre debe ser expresada como una fórmula, tan positiva como que dos veces dos son cuatro, y tal positividad no es la vida, señores, sino que es el principio de la muerte. En fin, el hombre siempre ha tenido miedo de esta certeza matemática, y yo lo tengo ahora. Es cierto que el hombre no hace más que buscar esa certeza matemática, atraviesa océanos, sacrifica su vida en la búsqueda, pero tener éxito, encontrarla realmente, le da miedo, os lo aseguro. Siente que cuando la haya encontrado no tendrá nada que buscar. Cuando los obreros han terminado su trabajo, al menos reciben su paga, van a la taberna, luego son llevados a la estación de policía, y allí hay ocupación durante una semana. ¿Pero a dónde puede ir el hombre? De todos modos, se puede observar una cierta torpeza en él cuando ha alcanzado tales objetos. Le encanta el proceso de alcanzarlos, pero no le gusta mucho haberlos alcanzado, y eso, por supuesto, es muy absurdo. De hecho, el hombre es una criatura cómica; parece haber una especie de broma en todo ello. Pero la certeza matemática es, después de todo, algo insufrible. Dos veces dos son cuatro me parece simplemente una insolencia. Dos veces dos son cuatro es un coxcomb que se queda con los brazos en alto impidiendo el paso y escupiendo. Admito que dos veces dos son cuatro es una cosa excelente, pero si hemos de dar a cada cosa lo que le corresponde, dos veces dos son cinco es a veces una cosa muy encantadora también.

¿Y por qué estás tan firmemente, tan triunfalmente, convencido de que sólo lo normal y lo positivo -en otras palabras, sólo lo que

conduce al bienestares para la ventaja del hombre? ¿No se equivoca la razón en cuanto a la ventaja? ¿Acaso el hombre no ama algo más que el bienestar? ¿Acaso le gusta tanto el sufrimiento? ¿Acaso el sufrimiento es para él un beneficio tan grande como el bienestar? El hombre está a veces extraordinariamente, apasionadamente, enamorado del sufrimiento, y eso es un hecho. No hay necesidad de apelar a la historia universal para demostrarlo; sólo pregúntese a sí mismo, si es usted un hombre y ha vivido. En cuanto a mi opinión personal, preocuparse sólo por el bienestar me parece positivamente mal educado. Tanto si es bueno como si es malo, a veces también es muy agradable destrozar cosas. No me importa ni el sufrimiento ni el bienestar. Estoy a favor de... mi capricho, y de que se me garantice cuando sea necesario. El sufrimiento estaría fuera de lugar en los vodeviles, por ejemplo; lo sé. En el "Palacio de Cristal" es impensable; el sufrimiento significa la duda, la negación, y ¿de qué serviría un "palacio de cristal" si pudiera haber alguna duda al respecto? Y sin embargo, creo que el hombre nunca renunciará al verdadero sufrimiento, es decir, a la destrucción y al caos. Porque el sufrimiento es el único origen de la conciencia. Aunque al principio dije que la conciencia es la mayor desgracia para el hombre, sé que el hombre la aprecia y no renunciaría a ella por ninguna satisfacción. La conciencia, por ejemplo, es infinitamente superior al doble de dos hace cuatro. Una vez que se tiene la certeza matemática no queda nada por hacer ni por entender. No quedará más que embotellar tus cinco sentidos y sumergirte en la contemplación. Mientras que si te aferras a la conciencia, aunque se obtenga el mismo resultado, al menos podrás flagelarte a veces, y eso, en todo caso, te animará. Por reaccionario que sea, el castigo corporal es mejor que nada.

10

Parte 1 (Subterráneo), X

Empieza: «Usted cree en un palacio de cristal que nunca podrá ser destruido, un palacio en el que no se podrá sacar la...»

Usted cree en un palacio de cristal que nunca podrá ser destruido, un palacio en el que no se podrá sacar la lengua ni hacer una nariz larga a escondidas. Y tal vez sea precisamente por eso por lo que tengo miedo de este edificio, que es de cristal y que nunca puede ser destruido y que no se puede sacar la lengua ante él ni siquiera a escondidas.

Verás, si no fuera un palacio, sino un gallinero, podría meterme en él para no mojarme, y sin embargo no llamaría palacio al gallinero por gratitud a él por mantenerme seco. Te ríes y dices que en tales circunstancias un gallinero es tan bueno como una mansión. Sí, respondo, si uno tuviera que vivir simplemente para mantenerse alejado de la lluvia.

Pero, ¿qué se puede hacer si se me ha metido en la cabeza que ese no es el único objeto de la vida, y que si hay que vivir es mejor hacerlo en una mansión? Esa es mi elección, mi deseo. Sólo lo erradicarás cuando hayas cambiado mi preferencia. Pues bien, cámbiala, sedúceme con otra cosa, dame otro ideal. Pero mientras tanto no aceptaré un gallinero como mansión. El palacio de cristal puede ser un sueño ocioso, puede ser que sea inconsistente con las leyes de la naturaleza y que lo haya inventado sólo por mi propia

estupidez, por los anticuados hábitos irracionales de mi generación. Pero, ¿qué me importa que sea incoherente? Eso no importa, ya que existe en mis deseos, o mejor dicho, existe mientras existan mis deseos. ¿Quizás te ríes de nuevo? Ríete; soportaré cualquier burla antes que fingir que estoy satisfecho cuando tengo hambre. Sé, de todos modos, que no me dejaré amedrentar con un compromiso, con un cero recurrente, simplemente porque es coherente con las leyes de la naturaleza y existe realmente. No aceptaré como corona de mis deseos un bloque de edificios con viviendas para los pobres en un contrato de arrendamiento de mil años, y tal vez con un cartel de un dentista colgando. Destruye mis deseos, erradica mis ideales, muéstrame algo mejor, y te seguiré. Usted dirá, tal vez, que no vale la pena; pero en ese caso puedo darle la misma respuesta. Estamos discutiendo las cosas seriamente; pero si no se digna a prestarme su atención, dejaré de conocerle. Puedo retirarme a mi agujero subterráneo.

Pero mientras esté vivo y tenga deseos, preferiría que se me marchitara la mano antes de poner un solo ladrillo en semejante edificio. No me recuerdes que acabo de rechazar el palacio de cristal por la única razón de que uno no puede sacarle la lengua. No he dicho porque me guste mucho sacar la lengua. Tal vez lo que me molestó fue que, de todos sus edificios, no ha habido ninguno en el que no se pueda sacar la lengua. Al contrario, dejaría que me cortaran la lengua por gratitud si las cosas pudieran arreglarse de tal manera que perdiera todo deseo de sacarla. No es mi culpa que las cosas no se puedan arreglar así, y que uno tenga que conformarse con los bemoles del modelo. Entonces, ¿por qué estoy hecho con tales deseos? ¿Puedo haber sido construido

simplemente para llegar a la conclusión de que toda mi construcción es un engaño? ¿Puede ser éste todo mi propósito? No lo creo.

Pero sabes qué: estoy convencido de que nosotros, los subterráneos, debemos mantenernos en un bordillo. Aunque estemos cuarenta años bajo tierra sin hablar, cuando salimos a la luz del día y nos escapamos hablamos y hablamos y hablamos. . . .

11

Parte 1 (Subterráneo), XI

Empieza: «En resumen, señores, ¡es mejor no hacer nada! ¡Mejor la inercia consciente! Y así, ¡viva el underground! Aunque he dicho que envidio...»

En resumen, señores, ¡es mejor no hacer nada! ¡Mejor la inercia consciente! Y así, ¡viva el underground! Aunque he dicho que envidio al hombre normal hasta la última gota de mi bilis, no me gustaría estar en su lugar tal como está ahora (aunque no dejaré de envidiarlo). No, no; de todos modos la vida subterránea es más ventajosa. Allí, en todo caso, uno puede... ¡Oh, pero incluso ahora estoy mintiendo! Miento porque yo mismo sé que lo mejor no es el subsuelo, sino algo diferente, muy diferente, de lo que estoy sediento, pero que no puedo encontrar. ¡Maldita sea la clandestinidad!

Les diré otra cosa que sería mejor, y es que yo mismo creyera en algo de lo que acabo de escribir. Les juro, señores, que no hay ni una sola cosa, ni una sola palabra de lo que he escrito que crea realmente. Es decir, lo creo, tal vez, pero al mismo tiempo siento y sospecho que estoy mintiendo como un zapatero.

"Entonces, ¿por qué has escrito todo esto?", me dirás. "¡Debería ponerte bajo tierra durante cuarenta años sin nada que hacer y luego ir a buscarte a tu sótano, para saber a qué punto has llegado!

¿Cómo se puede dejar a un hombre sin nada que hacer durante cuarenta años?"

"¿No es eso vergonzoso, no es eso humillante?", dirán ustedes, tal vez, moviendo despectivamente la cabeza. "Tenéis sed de vida y tratáis de resolver los problemas de la vida mediante una maraña lógica. Y qué persistentes, qué insolentes son vuestras andanadas, y al mismo tiempo ¡qué susto os lleváis! Dices tonterías y te complaces en ellas; dices cosas impúdicas y estás continuamente alarmado y disculpándote por ellas. Declaras que no tienes miedo de nada y al mismo tiempo intentas congraciarte en nuestra buena opinión. Declaras que te rechinan los dientes y al mismo tiempo tratas de ser ingenioso para divertirnos. Sabe que sus ocurrencias no son ingeniosas, pero evidentemente está satisfecho de su valor literario. Tal vez haya sufrido de verdad, pero no respeta su propio sufrimiento. Puede que tenga sinceridad, pero no tiene modestia; por la más insignificante vanidad expone su sinceridad a la publicidad y a la ignominia. Sin duda quieres decir algo, pero ocultas tu última palabra por miedo, porque no tienes la resolución de pronunciarla, y sólo tienes un cobarde descaro. Te jactas de tener conciencia, pero no estás seguro de tu fundamento, pues aunque tu mente funciona, tu corazón está oscurecido y corrupto, y no puedes tener una conciencia plena y genuina sin un corazón puro. ¡Y qué entrometido eres, cómo insistes y haces muecas! Mentiras, mentiras, mentiras".

Por supuesto que yo mismo he inventado todas las cosas que dices. Eso también es de la clandestinidad. Llevo cuarenta años escuchándote a través de una grieta bajo el suelo. Las he inventado yo mismo, no había otra cosa que pudiera inventar. No es de

extrañar que me lo haya aprendido de memoria y que haya tomado una forma literaria. . . .

Pero, ¿realmente puedes ser tan crédulo como para pensar que voy a imprimir todo esto y dártelo a leer también? Y otro problema: ¿por qué les llamo "señores", por qué me dirijo a ustedes como si fueran realmente mis lectores? Confesiones como las que pretendo hacer nunca se imprimen ni se dan a leer a otras personas. De todos modos, no soy lo suficientemente fuerte para eso, y no veo por qué debería serlo. Pero ya ves que se me ha ocurrido una fantasía y quiero realizarla a toda costa. Me explico.

Todo hombre tiene recuerdos que no quiere contar a todo el mundo, sino sólo a sus amigos. Tiene otros asuntos en su mente que no revelaría ni siquiera a sus amigos, sino sólo a sí mismo, y eso en secreto. Pero hay otras cosas que un hombre teme contarse incluso a sí mismo, y todo hombre decente tiene un número de tales cosas almacenadas en su mente. Cuanto más decente es, mayor es el número de esas cosas en su mente. De todos modos, últimamente me he propuesto recordar algunas de mis primeras aventuras. Hasta ahora siempre las había evitado, incluso con cierto desasosiego. Ahora, cuando no sólo las recuerdo, sino que me he decidido a escribir un relato de ellas, quiero probar el experimento de si se puede, incluso con uno mismo, ser perfectamente abierto y no asustarse ante toda la verdad. Observaré, entre paréntesis, que Heine dice que una verdadera autobiografía es casi una imposibilidad, y que el hombre está obligado a mentir sobre sí mismo. Considera que Rousseau ciertamente mintió sobre sí mismo en sus confesiones, e incluso mintió intencionadamente, por vanidad. Estoy convencido de que Heine tiene razón; comprendo perfectamente que a veces uno

pueda, por pura vanidad, atribuirse crímenes regulares, y de hecho puedo concebir muy bien ese tipo de vanidad. Pero Heine juzgaba a personas que hacían sus confesiones al público. Yo sólo escribo para mí, y quiero declarar de una vez por todas que si escribo como si me dirigiera a los lectores, es simplemente porque me resulta más fácil escribir de esa forma. Es una forma, una forma vacía: nunca tendré lectores. Ya lo he dejado claro...

No quiero que ninguna restricción me impida redactar mis notas. No intentaré ningún sistema o método. Apuntaré las cosas tal y como las recuerdo.

Pero aquí, tal vez, alguien se dé cuenta de la palabra y me pregunte: si realmente no cuentas con lectores, ¿por qué haces tales pactos contigo mismo -y también sobre el papel-, es decir, que no intentarás ningún sistema o método, que apuntarás las cosas según las recuerdes, etc., etc.? ¿Por qué das explicaciones? ¿Por qué te disculpas?

Bueno, ahí está, respondo.

Pero hay toda una psicología en todo esto. Tal vez es simplemente que soy un cobarde. Y quizás es que me imagino a propósito un público delante de mí para poder ser más digno mientras escribo. Quizá haya miles de razones. Una vez más, ¿cuál es mi objetivo al escribir? Si no es en beneficio del público, ¿por qué no debería simplemente recordar estos incidentes en mi propia mente sin ponerlos por escrito?

Así es; pero, sin embargo, es más imponente sobre el papel. Hay algo más impresionante en ello; podré criticarme mejor y mejorar mi estilo. Además, tal vez obtenga un alivio real al escribir. Hoy, por

ejemplo, estoy particularmente oprimido por un recuerdo de un pasado lejano. Volvió a mi mente de forma vívida hace unos días, y ha permanecido persiguiéndome como una melodía molesta de la que uno no puede deshacerse. Y, sin embargo, debo deshacerme de él de alguna manera. Tengo cientos de recuerdos de este tipo, pero a veces alguno sobresale de entre los cien y me oprime. Por alguna razón creo que si lo escribo me libraré de él. ¿Por qué no intentarlo?

Además, me aburro y nunca tengo nada que hacer. Escribir será una especie de trabajo. Dicen que el trabajo hace al hombre bondadoso y honesto. Bueno, aquí hay una oportunidad para mí, de todos modos.

Hoy está cayendo nieve, amarilla y sucia. También cayó ayer, y hace unos días. Creo que es la nieve húmeda la que me ha recordado aquel incidente del que ahora no puedo desprenderme. Y así, que sea una historia a propósito de la nieve que cae.

Parte 2: A propósito de la nieve húmeda

Cuando de la subyugación del oscuro error

Mis palabras de apasionada exhortación

han liberado tu espíritu desfallecido;

y retorciéndote en tu aflicción

Recordaste con maldición

El vicio que te había envuelto:

Y cuando tu conciencia adormilada, se inquieta

Por la llama torturadora del recuerdo,

revelaste el espantoso escenario

de la corriente de tu vida antes de que yo llegara:

Cuando de repente te vi enfermar,

Y llorando, ocultar tu rostro angustiado,

Revuelto, enloquecido, horrorizado,

ante los recuerdos de la sucia desgracia.

Nekrassov (traducido por Juliet Soskice).

12

Parte 2 (A propósito de la nieve húmeda), I

Empieza: «Por aquel entonces yo sólo tenía veinticuatro años. Mi vida era ya entonces sombría, mal regulada y tan solitaria como la de...»

Por aquel entonces yo sólo tenía veinticuatro años. Mi vida era ya entonces sombría, mal regulada y tan solitaria como la de un salvaje. No me hacía amigo de nadie, evitaba hablar y me enterraba cada vez más en mi agujero. Cuando trabajaba en la oficina, nunca miraba a nadie, y era perfectamente consciente de que mis compañeros me miraban, no sólo como un tipo raro, sino que incluso me miraban -siempre lo creícon una especie de aversión. A veces me preguntaba por qué nadie, excepto yo, se imaginaba que le miraban con aversión. Uno de los empleados tenía una cara muy repulsiva y llena de viruelas, que tenía un aspecto verdaderamente villano. Creo que no me habría atrevido a mirar a nadie con un rostro tan desagradable. Otro tenía un uniforme viejo tan sucio que había un olor desagradable en su proximidad. Sin embargo, ninguno de estos caballeros mostraba la más mínima conciencia de sí mismo, ni de su ropa, ni de su aspecto, ni de su carácter. Ninguno de ellos se imaginó nunca que les miraban con repulsión; si lo hubieran imaginado no les habría importado, siempre que sus superiores no les miraran de esa manera. Ahora tengo claro que,

debido a mi ilimitada vanidad y al alto nivel que me imponía, a menudo me miraba a mí mismo con un furioso descontento, que rayaba en el aborrecimiento, y por eso atribuía interiormente el mismo sentimiento a todo el mundo. Odiaba mi cara, por ejemplo: Me parecía repugnante, e incluso sospechaba que había algo vil en mi expresión, por lo que cada día, cuando me presentaba en la oficina, trataba de comportarme con la mayor independencia posible, y de asumir una expresión elevada, para que no se sospechara que era abyecto. "Mi cara puede ser fea", pensaba, "pero que sea altiva, expresiva y, sobre todo, extremadamente inteligente". Pero estaba positiva y dolorosamente seguro de que era imposible que mi semblante expresara jamás esas cualidades. Y lo peor de todo es que me parecía que tenía un aspecto estúpido, y me habría dado por satisfecho si hubiera podido parecer inteligente. De hecho, incluso habría soportado tener un aspecto ruin si, al mismo tiempo, mi rostro hubiera podido parecer sorprendentemente inteligente.

Por supuesto, odiaba a todos mis compañeros y los despreciaba a todos, pero al mismo tiempo les tenía miedo. De hecho, a veces pensaba más en ellos que en mí mismo. De alguna manera, ocurría que alternaba entre despreciarlos y considerarlos superiores a mí. Un hombre culto y decente no puede ser vanidoso sin fijarse un listón terriblemente alto, y sin despreciarse y casi odiarse a sí mismo en ciertos momentos. Pero tanto si los despreciaba como si los creía superiores, bajaba los ojos casi siempre que me encontraba con alguien. Incluso hacía experimentos sobre si podía enfrentarme a que tal o cual me mirara, y siempre era el primero en bajar los ojos. Esto me preocupaba hasta la distracción. También tenía un miedo enfermizo a hacer el ridículo, y por eso

sentía una pasión servil por lo convencional en todo lo externo. Me encantaba caer en la rutina común, y tenía un terror incondicional a cualquier tipo de excentricidad en mí. Pero, ¿cómo podía estar a la altura? Yo era morbosamente sensible, como debe serlo un hombre de nuestra época. Todos eran estúpidos, y tan parecidos entre sí como tantas ovejas. Tal vez yo era el único en la oficina que se imaginaba que era un cobarde y un esclavo, y me lo imaginaba sólo porque estaba más desarrollado. Pero no era sólo que me lo imaginaba, sino que realmente era así. Era un cobarde y un esclavo. Digo esto sin la menor vergüenza. Todo hombre decente de nuestra época debe ser un cobarde y un esclavo. Esa es su condición normal. Estoy firmemente convencido de ello. Está hecho y construido para ese mismo fin. Y no sólo en este momento, debido a algunas circunstancias casuales, sino siempre, en todo momento, un hombre decente está obligado a ser un cobarde y un esclavo. Es la ley de la naturaleza para todas las personas decentes en toda la tierra. Si a alguno de ellos se le ocurre ser valiente en algo, no tiene por qué consolarse ni dejarse llevar por ello; igual mostraría la pluma blanca ante otra cosa. Así es como termina invariable e inevitablemente. Sólo los burros y las mulas son valientes, y ellos sólo hasta que son empujados a la pared. No vale la pena prestarles atención porque realmente no tienen ninguna importancia.

Otra circunstancia, también, me preocupaba en aquellos días: que no había nadie como yo y que yo no era como los demás. "Yo estoy solo y ellos son todos", pensaba y reflexionaba.

De ello se desprende que todavía era un jovencito.

A veces ocurría todo lo contrario. A veces era repugnante ir a la oficina; las cosas llegaban a tal punto que a menudo llegaba a casa

enfermo. Pero de pronto, a propósito de nada, venía una fase de escepticismo e indiferencia (todo me sucedía por fases), y me reía de mi intolerancia y fastidiosidad, me reprochaba ser romántico. En un momento dado no quería hablar con nadie, mientras que en otras ocasiones no sólo hablaba, sino que llegaba a contemplar la posibilidad de entablar amistad con ellos. Toda mi fastidiosidad se desvanecía de repente, sin ton ni son. Quién sabe, tal vez nunca la había tenido realmente, y simplemente se había visto afectada, y había salido de los libros. Aún no he decidido esa cuestión. Una vez me hice bastante amigo de ellos, visité sus casas, jugué a la preferencia, bebí vodka, hablé de promociones . . . . Pero aquí permítanme hacer una digresión.

Nosotros, los rusos, hablando en general, nunca hemos tenido esos tontos "románticos" trascendentales -alemanes, y más aún francesesen los que nada produce efecto; si hubiera un terremoto, si toda Francia pereciera en las barricadas, seguirían siendo los mismos, ni siquiera tendrían la decencia de afectar un cambio, sino que seguirían cantando sus canciones trascendentales hasta la hora de su muerte, porque son tontos. Nosotros, en Rusia, no tenemos tontos; eso es bien sabido. Eso es lo que nos distingue de las tierras extranjeras. En consecuencia, estas naturalezas trascendentales no se encuentran entre nosotros en su forma pura. La idea de que lo son se debe a nuestros periodistas y críticos "realistas" de entonces, siempre pendientes de los Kostanzhoglos y los Tíos Pyotr Ivanitch y aceptándolos tontamente como nuestro ideal; han calumniado a nuestros románticos, tomándolos por el mismo tipo trascendental que en Alemania o Francia. Por el contrario, las características de nuestros "románticos" son absoluta y directamente opuestas al tipo trascendental europeo, y no se les

puede aplicar ninguna norma europea. (Permítaseme hacer uso de esta palabra "romántica" -una palabra anticuada y muy respetada, que ha prestado un buen servicio y es conocida por todos-). Las características de nuestro romántico son comprenderlo todo, verlo todo y verlo a menudo incomparablemente más claro de lo que lo ven nuestras mentes más realistas; negarse a aceptar a nadie ni a nada, pero al mismo tiempo no despreciar nada; ceder, ceder, de la política; para no perder nunca de vista un objeto práctico útil (como las habitaciones libres de alquiler a expensas del gobierno, las pensiones, las condecoraciones), para no perder de vista ese objeto a través de todos los entusiasmos y los volúmenes de poemas líricos, y al mismo tiempo para conservar "lo sublime y lo bello" inviolados dentro de ellos hasta la hora de su muerte, y para conservarse también, incidentalmente, como alguna joya preciosa envuelta en lana de algodón aunque sólo sea en beneficio de "lo sublime y lo bello". " Nuestro "romántico" es un hombre de gran envergadura y el mayor pícaro de todos nuestros pícaros, os lo aseguro . . . . Se lo aseguro por experiencia, efectivamente. Por supuesto, si es inteligente. ¡Pero qué estoy diciendo! El romántico es siempre inteligente, y sólo quería observar que aunque hemos tenido románticos tontos no cuentan, y sólo lo fueron porque en la flor de su juventud degeneraron en alemanes, y para conservar más cómodamente su preciada joya, se instalaron en algún lugar de las afueras, preferentemente en Weimar o en la Selva Negra.

Yo, por ejemplo, despreciaba sinceramente mi trabajo oficial y no abusaba abiertamente de él por el simple hecho de dedicarme a él y recibir un sueldo por ello. De todos modos, tomen nota, no abusé abiertamente de él. Nuestro romántico preferiría perder la cabeza -cosa que, sin embargo, ocurre muy raramenteantes que abusar

abiertamente, a no ser que tuviera otra carrera a la vista; y nunca se le echa. A lo sumo, lo llevarían al manicomio como "el Rey de España" si se volviera muy loco. Pero en Rusia sólo se vuelven locas las personas delgadas y justas. Innumerables "románticos" alcanzan más tarde un rango considerable en el servicio. Su polifacetismo es notable. ¡Y qué facultad tienen para las sensaciones más contradictorias! Este pensamiento me reconfortó ya en aquellos días, y ahora soy de la misma opinión. Por eso hay entre nosotros tantas "naturalezas anchas" que nunca pierden su ideal ni siquiera en las profundidades de la degradación; y aunque nunca mueven un dedo por su ideal, aunque sean ladrones y truhanes de mala muerte, sin embargo, abrigan con lágrimas su primer ideal y son extraordinariamente honestos de corazón. Sí, sólo entre nosotros el pícaro más incorregible puede ser absoluta y noblemente honesto de corazón sin dejar de ser pícaro en lo más mínimo. Repito, nuestros románticos, con frecuencia, se convierten en bribones tan consumados (uso el término "bribones" cariñosamente), de repente muestran tal sentido de la realidad y conocimiento práctico que sus desconcertados superiores y el público en general sólo pueden eyacular de asombro.

Su multiplicidad es realmente asombrosa, y Dios sabe en qué puede convertirse más adelante, y qué nos depara el futuro. ¡No es un material pobre! No digo esto desde ningún patriotismo tonto o jactancioso. Pero estoy seguro de que, una vez más, se imaginan que estoy bromeando. O tal vez sea todo lo contrario y estén convencidos de que realmente lo pienso. En cualquier caso, señores, acogeré ambas opiniones como un honor y un favor especial. Y perdonen mi digresión.

Por supuesto, no mantuve relaciones amistosas con mis camaradas y pronto estuve en desacuerdo con ellos, y en mi juventud e inexperiencia incluso renuncié a inclinarme ante ellos, como si hubiera cortado toda relación. Eso, sin embargo, sólo me ocurrió una vez. Por regla general, siempre estuve solo.

En primer lugar, pasaba la mayor parte del tiempo en casa, leyendo. Intentaba sofocar todo lo que bullía continuamente en mi interior por medio de impresiones externas. Y el único medio externo que tenía era la lectura. La lectura, por supuesto, era una gran ayuda: me excitaba, me daba placer y dolor. Pero a veces me aburría terriblemente. Uno anhelaba el movimiento a pesar de todo, y me sumergía de golpe en vicios oscuros, subterráneos y repugnantes de la clase más insignificante. Mis miserables pasiones eran agudas, punzantes, por mi continua y enfermiza irritabilidad tenía impulsos histéricos, con lágrimas y convulsiones. No tenía otro recurso que la lectura, es decir, no había nada en mi entorno que pudiera respetar y que me atrajera. También me abrumaba la depresión; tenía un ansia histérica de incongruencia y de contraste, por lo que me aficioné al vicio. No he dicho todo esto para justificarme... Pero, ¡no! Estoy mintiendo. Sí quería justificarme. Hago esa pequeña observación en mi propio beneficio, señores. No quiero mentir. Me juré a mí mismo que no lo haría.

Y así, furtivamente, tímidamente, en la soledad, por la noche, me entregaba al vicio sucio, con un sentimiento de vergüenza que nunca me abandonaba, ni siquiera en los momentos más repugnantes, y que en esos momentos casi me hacía maldecir. Ya entonces tenía mi mundo subterráneo en mi alma. Tenía un miedo

atroz a que me vieran, a que me encontraran, a que me reconocieran. Visitaba varios lugares oscuros.

Una noche, al pasar por una taberna, vi a través de una ventana iluminada a unos caballeros que se peleaban con tacos de billar, y vi a uno de ellos arrojado por la ventana. En otras ocasiones me habría sentido muy disgustado, pero en aquel momento estaba de tal modo que envidié al caballero arrojado por la ventana, y lo envidié tanto que incluso entré en la taberna y en la sala de billar. "Quizá", pensé, "yo también me pelee y me tiren por la ventana".

No estaba borracho, pero ¿qué puede hacer uno? La depresión lleva a un hombre a tal grado de histeria. Pero no pasó nada. Parecía que ni siquiera estaba a la altura de que me arrojaran por la ventana y me fui sin tener mi pelea.

Un oficial me puso en mi lugar desde el primer momento.

Yo estaba de pie junto a la mesa de billar y, con mi ignorancia, bloqueando el paso, y él quiso pasar; me cogió por los hombros y, sin una palabra -sin advertencia ni explicación-, me movió de donde estaba a otro lugar y pasó como si no se hubiera fijado en mí. Podía perdonar los golpes, pero no podía perdonar que me moviera sin fijarse en mí.

Sólo el diablo sabe lo que habría dado por una verdadera pelea normal, más decente, más literaria, por así decirlo. Me habían tratado como a una mosca. Este oficial medía más de un metro ochenta, mientras que yo era un tipo enjuto. Pero la pelea estaba en mis manos. Sólo tenía que protestar y seguramente me habrían tirado por la ventana. Pero cambié de opinión y preferí emprender una resentida retirada.

Salí de la taberna directamente a casa, confundido y turbado, y a la noche siguiente volví a salir con las mismas intenciones lascivas, aún más furtivamente, abyectamente y miserablemente que antes, por así decirlo, con lágrimas en los ojos; pero aun así volví a salir. Sin embargo, no creas que fue una cobardía: el hielo me hizo escabullirme del oficial; nunca he sido un cobarde de corazón, aunque siempre he sido un cobarde en acción. No se apresure a reírse; le aseguro que puedo explicarlo todo.

¡Oh, si ese oficial hubiera sido de los que consienten en batirse en duelo! Pero no, era uno de esos caballeros (¡por desgracia, hace tiempo que se han extinguido!) que prefieren luchar con tacos o, como el teniente Pirogov de Gogol, apelar a la policía. No se batían en duelo y, en cualquier caso, habrían considerado que un duelo con un civil como yo era un procedimiento absolutamente indecoroso, y consideraban el duelo como algo imposible, algo librepensador y francés. Pero estaban muy dispuestos a intimidar, especialmente cuando medían más de un metro ochenta.

No me escabullí por cobardía, sino por una vanidad sin límites. No tenía miedo de su metro ochenta, ni de que me dieran una buena paliza y me tiraran por la ventana; debería haber tenido suficiente valor físico, se lo aseguro; pero no tenía valor moral. Lo que temía era que todos los presentes, desde el insolente marcador hasta el más bajo oficinista apestoso y lleno de granos con cuello grasiento, se burlaran de mí y no entendieran cuando comenzara a protestar y a dirigirme a ellos en lenguaje literario. Porque del punto de honor -no del honor, sino del punto de honor (point d'honneur)- no se puede hablar entre nosotros sino en lenguaje literario. No se puede aludir al "punto de honor" en el lenguaje ordinario. Estaba plenamente convencido (¡el sentido de la realidad, a pesar de todo

mi romanticismo!) de que todos se partirían de risa, y de que el oficial no se limitaría a golpearme, es decir, sin insultarme, sino que ciertamente me pincharía en la espalda con su rodilla, me daría una patada alrededor de la mesa de billar, y sólo entonces quizá se apiadaría y me dejaría caer por la ventana.

Por supuesto, este incidente trivial no podía terminar así conmigo. Después me encontré a menudo con aquel oficial en la calle y me fijé en él con mucha atención. No estoy muy seguro de si me reconoció, imagino que no; juzgo por ciertas señales. Pero yo le miraba con rencor y odio y así siguió... ¡durante varios años! Mi resentimiento se hizo aún más profundo con los años. Al principio empecé a hacer averiguaciones furtivas sobre este oficial. Me resultaba difícil hacerlo, pues no conocía a nadie. Pero un día oí a alguien gritar su apellido en la calle mientras lo seguía a distancia, como si estuviera atado a él, y así me enteré de su apellido. En otra ocasión le seguí hasta su piso y, por diez kopeks, me enteré por el portero de dónde vivía, en qué piso, si vivía solo o acompañado, etc.; en fin, todo lo que se podía saber de un portero. Una mañana, aunque nunca había probado la pluma, se me ocurrió escribir una sátira de este oficial en forma de novela que desenmascarara su villanía. Escribí la novela con gusto. Al principio alteré su apellido para que fuera fácilmente reconocible, pero al pensarlo mejor lo cambié y envié la historia a los "otetchestvenniya zapiski". Pero en aquella época no estaban de moda esos ataques y mi historia no se publicó. Eso fue una gran molestia para mí.

A veces me sentía positivamente ahogado por el resentimiento. Finalmente, decidí retar a mi enemigo a un duelo. Le escribí una carta espléndida y encantadora, en la que le imploraba que se disculpara conmigo y le insinuaba claramente que se batiría en

duelo en caso de que se negara. La carta estaba tan compuesta que si el oficial hubiera tenido la menor comprensión de lo sublime y lo bello, sin duda se habría lanzado a mi cuello y me habría ofrecido su amistad. Y ¡qué bueno habría sido eso! Cómo nos hubiéramos llevado bien". Él podría haberme protegido con su rango superior, mientras que yo podría haber mejorado su mente con mi cultura, y, bueno... mis ideas, y todo tipo de cosas podrían haber sucedido". Sólo que esto fue dos años después de su insulto a mí, y mi desafío habría sido un anacronismo ridículo, a pesar de todo el ingenio de mi carta para disfrazar y explicar el anacronismo. Pero, gracias a Dios (hasta el día de hoy doy gracias al Todopoderoso con lágrimas en los ojos) no le envié la carta. Un escalofrío me recorre la espalda cuando pienso en lo que podría haber ocurrido si la hubiera enviado.

Y, de repente, me he vengado de la manera más sencilla, ¡con un golpe de genio! De repente se me ocurrió una idea brillante. A veces, durante las vacaciones, solía pasear por la soleada orilla de la Nevsky a eso de las cuatro de la tarde. Aunque no era un paseo sino una serie de innumerables miserias, humillaciones y resentimientos; pero sin duda era justo lo que quería. Me retorcía de la manera más indecorosa, como una anguila, apartándome continuamente para dejar paso a los generales, a los oficiales de la guardia y a los húsares, o a las damas. En esos minutos solía sentir una punzada convulsiva en el corazón, y sentía calor en toda la espalda con sólo pensar en la miseria de mi atuendo, en la miseria y abyección de mi pequeña figura escurridiza. Era un martirio regular, una humillación continua e intolerable ante el pensamiento, que pasaba a ser una sensación incesante y directa, de que yo era una simple mosca a los ojos de todo este mundo, una

mosca repugnante y asquerosa -más inteligente, más desarrollada, más refinada en sentimientos que cualquiera de ellos, por supuesto-, pero una mosca que continuamente se abría paso entre todos, insultada y herida por todos. Por qué me infligí esta tortura, por qué fui a la Nevsky, no lo sé. Simplemente me sentía atraído allí en cada oportunidad posible.

Ya entonces empecé a experimentar el placer del que hablé en el primer capítulo. Después de mi aventura con el oficial me sentí aún más atraída que antes: era en la Nevsky donde me encontraba con él con más frecuencia, allí podía admirarlo. También él iba allí sobre todo en los días de fiesta, también él se apartaba de su camino por los generales y las personas de alto rango, y también él se retorcía entre ellos como una anguila; pero a la gente, como yo, o incluso mejor vestida que yo, simplemente la pasaba por encima; se dirigía directamente hacia ellos como si no hubiera nada más que espacio vacío ante él, y nunca, bajo ninguna circunstancia, se apartaba. Yo me regodeaba en mi resentimiento observándolo y... siempre le abría paso con resentimiento. Me exasperaba que incluso en la calle no pudiera estar en igualdad de condiciones con él.

"¿Por qué tienes que ser invariablemente el primero en apartarte?" me preguntaba con rabia histérica, despertándome a veces a las tres de la mañana. "¿Por qué eres tú y no él? No hay ningún reglamento al respecto; no hay ninguna ley escrita. Deja que el paso sea equitativo, como suele ser cuando se encuentran personas refinadas; él se mueve a medias y tú a medias; pasáis con respeto mutuo".

Pero eso nunca ocurría, y yo siempre me apartaba, mientras que él ni siquiera se daba cuenta de que le cedía el paso. Y he aquí que se me ocurrió una brillante idea. "¿Qué pasa", pensé, "si me encuentro con él y no me muevo a un lado? ¿Y si no me muevo a un lado a propósito, aunque golpee contra él? ¿Cómo sería eso?". Esta audaz idea se apoderó de mí de tal manera que no me dio ninguna paz. Soñaba con ella continuamente, horriblemente, y me dirigía con más frecuencia a la Nevsky para imaginarme más vívidamente cómo debía hacerlo cuando lo hiciera. Estaba encantado. Esta intención me parecía cada vez más práctica y posible.

"Por supuesto que no lo empujaré de verdad", pensé, ya con más buen humor en mi alegría. "Simplemente no me apartaré, correré contra él, no muy violentamente, sino simplemente arrimando el hombro, tanto como la decencia lo permita. Empujaré contra él tanto como él empuje contra mí". Por fin me decidí por completo. Pero mis preparativos me llevaron mucho tiempo. Para empezar, cuando llevara a cabo mi plan tendría que tener un aspecto bastante más decente, por lo que tuve que pensar en mi atuendo. "En caso de emergencia, si, por ejemplo, se produjera algún tipo de escándalo público (y el público allí es de lo más recóndito: la Condesa se pasea por allí; el Príncipe D. se pasea por allí; todo el mundo literario está allí), debo estar bien vestido; eso inspira respeto y por sí mismo nos pone en pie de igualdad a los ojos de la sociedad".

Con este objeto pedí parte de mi sueldo por adelantado, y compré en casa de Tchurkin un par de guantes negros y un sombrero decente. Los guantes negros me parecieron más dignos y bon ton que los de color limón que había contemplado al principio. "El color es demasiado llamativo, parece que uno quiere llamar la

atención", y no cogí los de color limón. Había preparado con mucha antelación una buena camisa, con tachuelas blancas de hueso; mi abrigo era lo único que me retenía. El abrigo en sí mismo era muy bueno, me mantenía caliente; pero era acolchado y tenía un cuello de mapache que era el colmo de la vulgaridad. Tenía que cambiar el cuello con cualquier sacrificio, y tener uno de castor como el de un oficial. Para ello, empecé a visitar el Gostiny Dvor y, tras varios intentos, di con un trozo de castor alemán barato. Aunque estos castores alemanes pronto se ponen raquíticos y tienen un aspecto miserable, al principio se ven muy bien, y yo sólo lo necesitaba para la ocasión. Pregunté el precio; aun así, era demasiado caro. Después de pensarlo detenidamente, decidí vender mi collar de mapache. El resto del dinero -una suma considerable para mídecidí pedírselo prestado a Anton Antonitch Syetotchkin, mi superior inmediato, una persona discreta, aunque grave y juiciosa. Nunca prestaba dinero a nadie, pero yo, al entrar en el servicio, había sido especialmente recomendado a él por un importante personaje que me había conseguido la plaza. Estaba terriblemente preocupado. Pedirle prestado a Anton Antonitch me parecía monstruoso y vergonzoso. No dormí durante dos o tres noches. En efecto, no dormí bien en aquel momento, tenía fiebre; tenía un vago hundimiento en el corazón o bien un repentino palpitar, palpitar, palpitar. Anton Antonitch se sorprendió al principio, luego frunció el ceño, después reflexionó, y al fin y al cabo me prestó el dinero, recibiendo de mí una autorización por escrito para descontar de mi sueldo, quince días después, la suma que me había prestado.

De este modo, todo estaba por fin listo. El apuesto castor sustituyó al malvado mapache, y yo empecé a trabajar poco a poco. Nunca habría servido actuar de improviso, al azar; el plan debía llevarse a

cabo hábilmente, por grados. Pero debo confesar que, después de muchos esfuerzos, empecé a desesperar: simplemente no podíamos encontrarnos. Hice todos los preparativos, estaba muy decidido -parecía que íbamos a encontrarnos directamente-, y antes de saber lo que estaba haciendo me había apartado de nuevo para él y había pasado sin notar mi presencia. Incluso recé mientras me acercaba a él para que Dios me concediera determinación. Una vez me decidí a fondo, pero acabó tropezando y cayendo a sus pies porque en el último instante, cuando estaba a quince centímetros de él, me falló el valor. Él, muy tranquilamente, pasó por encima de mí, mientras yo volaba hacia un lado como una pelota. Aquella noche volví a estar enferma, con fiebre y delirios.

Y, de repente, todo terminó muy felizmente. La noche anterior había tomado la decisión de no llevar a cabo mi plan fatal y abandonarlo todo, y con ese objeto me dirigí por última vez a la Nevsky, para ver cómo lo abandonaba todo. De repente, a tres pasos de mi enemigo, me decidí inesperadamente; cerré los ojos y corrimos a toda velocidad, hombro con hombro, el uno contra el otro. No me moví ni un centímetro y le pasé en perfecta igualdad de condiciones. Ni siquiera miró a su alrededor y fingió no darse cuenta; pero sólo estaba fingiendo, estoy convencido de ello. Estoy convencido de ello, hasta el día de hoy. Por supuesto, yo me llevé la peor parte; él era más fuerte, pero eso no era lo importante. La cuestión era que yo había alcanzado mi objetivo, había mantenido mi dignidad, no había cedido ni un paso y me había puesto públicamente en igualdad de condiciones sociales con él. Volví a casa con la sensación de haberme vengado de todo. Estaba encantado. Estaba triunfante y cantaba arias italianas. Por supuesto, no les describiré lo que me ocurrió tres días después; si

han leído mi primer capítulo pueden adivinarlo por sí mismos. El oficial fue trasladado después; no lo he visto desde hace catorce años. ¿Qué hace ahora el querido compañero? ¿A quién se acerca?

13

Parte 2 (A propósito de la nieve húmeda), II

Empieza: «Pero el período de mi disipación terminaba y siempre me sentía muy mal después. Le seguía el remordimiento; intentaba ahuyentarlo; me sentía...»

Pero el período de mi disipación terminaba y siempre me sentía muy mal después. Le seguía el remordimiento; intentaba ahuyentarlo; me sentía demasiado mal. Sin embargo, poco a poco me fui acostumbrando a eso también. Me acostumbré a todo, o más bien me resigné voluntariamente a soportarlo. Pero tenía un medio de escape que lo reconciliaba todo: encontrar refugio en "lo sublime y lo bello", en los sueños, por supuesto. Yo era un soñador terrible, soñaba durante tres meses seguidos, metido en mi rincón, y pueden creerme que en esos momentos no tenía ningún parecido con el caballero que, en la perturbación de su corazón de pollo, se puso un cuello de castor alemán en su gran abrigo. De repente me convertí en un héroe. No habría admitido a mi teniente de dos metros aunque me hubiera llamado. Ni siquiera podía imaginarlo ante mí entonces. Cuáles eran mis sueños y cómo podía satisfacerme con ellos: es difícil decirlo ahora, pero en aquel momento me satisfacían. Aunque, de hecho, incluso ahora, estoy en cierta medida satisfecho con ellos. Los sueños eran particularmente dulces y vívidos después de un período de

disipación; venían con remordimientos y con lágrimas, con maldiciones y transportes. Hubo momentos de tan positiva embriaguez, de tanta felicidad, que no hubo en mí el menor rastro de ironía, en mi honor. Tenía fe, esperanza y amor. En esos momentos creía ciegamente que por algún milagro, por alguna circunstancia externa, todo esto se abriría de repente, se expandiría; que de repente un panorama de actividad adecuada - beneficiosa, buena y, sobre todo, preparada (qué tipo de actividad no tenía ni idea, pero lo importante era que estuviera toda preparada para mí)- se alzaría ante mí y yo saldría a la luz del día, casi montando un caballo blanco y coronado de laurel. No podía concebir para mí otra cosa que no fuera el primer lugar, y por esa misma razón me contentaba con ocupar el más bajo en la realidad. O ser un héroe o arrastrarse por el barro, no había nada entre medias. Esa era mi ruina, pues cuando estaba en el fango me consolaba con el pensamiento de que otras veces era un héroe, y el héroe era un manto para el fango: para un hombre ordinario era vergonzoso ensuciarse, pero un héroe era demasiado elevado para ensuciarse del todo, y así podía ensuciarse. Cabe señalar que estos ataques de lo "sublime y lo bello" me visitaron incluso durante el período de disipación y justo en los momentos en que tocaba fondo. Venían en rachas separadas, como si me recordaran a sí mismos, pero no desterraban la disipación con su aparición. Por el contrario, parecían añadirle un toque de sabor por contraste, y sólo estaban lo suficientemente presentes como para servir de salsa apetitosa. Esa salsa estaba hecha de contradicciones y sufrimientos, de agonizantes análisis internos, y todas estas punzadas y pinchazos daban cierto picante, incluso un significado a mi disipación; de hecho, respondían completamente al propósito de una salsa apetitosa. Había una cierta profundidad de significado

en ello. Y difícilmente podría haberme resignado al libertinaje simple, vulgar y directo de un oficinista y haber soportado toda la inmundicia de éste. ¿Qué podría haberme seducido entonces y haberme arrastrado por la noche a la calle? No, yo tenía una manera elevada de salir de todo eso.

Y qué amor, oh Señor, qué amor sentí a veces en esos sueños míos, en esos "vuelos hacia lo sublime y lo bello"; aunque era un amor fantástico, aunque nunca se aplicaba a nada humano en la realidad, sin embargo había tanto de este amor que uno no sentía después ni siquiera el impulso de aplicarlo en la realidad; eso habría sido superfluo. Todo, sin embargo, pasó satisfactoriamente por una transición perezosa y fascinante a la esfera del arte, es decir, a las bellas formas de vida, que yacen listas, en gran parte robadas a los poetas y novelistas y adaptadas a toda clase de necesidades y usos. Yo, por ejemplo, triunfaba sobre todos; todos, por supuesto, estaban hechos polvo y cenizas, y se veían obligados a reconocer espontáneamente mi superioridad, y yo los perdonaba a todos. Fui un poeta y un gran caballero, me enamoré; me hice con innumerables millones y los dediqué inmediatamente a la humanidad, y al mismo tiempo confesé ante todo el pueblo mis vergüenzas, que, por supuesto, no eran simplemente vergonzosas, sino que tenían mucho de "sublime y bello", algo al estilo de Manfred. Todos me besarían y llorarían (qué idiotas serían si no lo hicieran), mientras yo debería ir descalzo y hambriento predicando nuevas ideas y luchando como un Austerlitz victorioso contra los oscurantistas. Entonces la banda tocaría una marcha, se declararía una amnistía, el Papa aceptaría retirarse de Roma a Brasil; luego habría un baile para toda Italia en Villa Borghese, a orillas del lago de Como, trasladado para ello a las cercanías de Roma; luego

vendría una escena en los arbustos, y así sucesivamente, como si no lo supieras todo... Usted dirá que es vulgar y despreciable sacar todo esto a la luz pública, después de todas las lágrimas y transportes que yo mismo he confesado. ¿Pero por qué es despreciable? ¿Se imaginan que me avergüenzo de todo ello, y que fue más estúpido que nada en su vida, señores? Y puedo asegurarles que algunas de estas fantasías no estaban en absoluto mal compuestas... No todo ocurrió a orillas del lago de Como. Y sin embargo, tiene usted razón, es realmente vulgar y despreciable. Y lo más despreciable de todo es que ahora intento justificarme ante usted. Y aún más despreciable que eso es que ahora haga este comentario. Pero ya está bien, o no tendrá fin; cada paso será más despreciable que el anterior...

Nunca pude soportar más de tres meses de sueño sin sentir un deseo irresistible de sumergirme en la sociedad. Sumergirse en la sociedad significaba visitar a mi superior en la oficina, Anton Antonitch Syetotchkin. Era el único conocido permanente que he tenido en mi vida, y yo mismo me sorprendo ahora del hecho. Pero sólo fui a verle cuando esa fase se apoderó de mí, y cuando mis sueños habían llegado a tal punto de felicidad que se hizo imprescindible abrazar de inmediato a mis semejantes y a toda la humanidad; y para ello necesitaba, al menos, un ser humano, realmente existente. Sin embargo, tenía que visitar a Anton Antonitch el martes, su día de trabajo, por lo que siempre tenía que programar mi apasionado deseo de abrazar a la humanidad para que cayera en martes.

Este Anton Antonitch vivía en el cuarto piso de una casa de Cinco Esquinas, en cuatro habitaciones bajas, una más pequeña que la otra, de aspecto particularmente frugal y cetrino. Tenía dos hijas y

su tía, que solía servir el té. De las hijas, una tenía trece años y la otra catorce, ambas tenían la nariz respingona, y a mí me daban mucho miedo porque siempre estaban cuchicheando y riéndose juntas. El señor de la casa solía sentarse en su estudio, en un sofá de cuero frente a la mesa, con algún caballero de cabeza gris, generalmente un colega de nuestra oficina o de algún otro departamento. Nunca vi allí más de dos o tres visitantes, siempre los mismos. Hablaban de los impuestos especiales, de los asuntos del Senado, de los sueldos, de los ascensos, de Su Excelencia y de los mejores medios para complacerle, etc. Tuve la paciencia de sentarme como un tonto al lado de esta gente durante cuatro horas seguidas, escuchándoles sin saber qué decirles ni aventurarme a decir una palabra. Me quedé estupefacto, varias veces me sentí transpirar, me invadió una especie de parálisis; pero esto fue agradable y bueno para mí. Al volver a casa aplazé por un tiempo mi deseo de abrazar a toda la humanidad.

Sin embargo, tenía una especie de conocido, Simonov, que era un antiguo compañero de escuela. En efecto, tenía varios compañeros de escuela en Petersburgo, pero no me relacionaba con ellos e incluso había dejado de saludarles por la calle. Creo que me había trasladado al departamento en el que estaba simplemente para evitar su compañía y cortar toda relación con mi odiosa infancia. Maldita sea esa escuela y todos esos terribles años de servidumbre penal. En resumen, me separé de mis compañeros de escuela tan pronto como salí al mundo. Quedaban dos o tres a los que saludaba en la calle. Uno de ellos era Simonov, que no se había distinguido en absoluto en la escuela, era de carácter tranquilo y ecuánime; pero descubrí en él cierta independencia de carácter e incluso honestidad. Ni siquiera supongo que fuera especialmente estúpido.

En una ocasión había pasado con él algunos momentos bastante conmovedores, pero éstos no habían durado mucho y de alguna manera se habían nublado de repente. Evidentemente, se sentía incómodo ante estas reminiscencias, y me imagino que siempre temía que yo pudiera retomar el mismo tono. Yo sospechaba que sentía aversión por mí, pero aun así seguí yendo a verle, sin estar muy segura de ello.

Y así, en una ocasión, incapaz de soportar mi soledad y sabiendo que como era jueves la puerta de Anton Antonitch estaría cerrada, pensé en Simonov. Subiendo a su cuarto piso pensaba que yo le caía mal a ese hombre y que era un error ir a verlo. Pero como siempre ocurría que tales reflexiones me impulsaban, como a propósito, a ponerme en una posición falsa, entré. Hacía casi un año que no veía a Simonov.

14

Parte 2 (A propósito de la nieve húmeda), III

Empieza: «Encontré con él a dos de mis antiguos compañeros de escuela. Parecían estar discutiendo un asunto importante. Todos ellos apenas se fijaron...»

Encontré con él a dos de mis antiguos compañeros de escuela. Parecían estar discutiendo un asunto importante. Todos ellos apenas se fijaron en mi entrada, lo cual era extraño, pues hacía años que no me encontraba con ellos. Evidentemente, me veían como algo parecido a una mosca común. No me habían tratado así ni siquiera en la escuela, aunque todos me odiaban. Sabía, por supuesto, que ahora debían despreciarme por mi falta de éxito en el servicio y por haberme dejado caer tan bajo, yendo mal vestido y demás, lo que les parecía una señal de mi incapacidad e insignificancia. Pero yo no esperaba semejante desprecio. Simonov se sorprendió positivamente de mi aparición. Incluso en los viejos tiempos siempre había parecido sorprendido por mi llegada. Todo esto me desconcertó: Me senté, sintiéndome bastante miserable, y comencé a escuchar lo que decían.

Estaban enfrascados en una cálida y seria conversación sobre una cena de despedida que querían organizar para el día siguiente para un camarada suyo llamado Zverkov, un oficial del ejército, que se iba a una provincia lejana. Este Zverkov también había estado todo

el tiempo en la escuela conmigo. Empecé a odiarlo sobre todo en los cursos superiores. En los cursos inferiores había sido simplemente un chico bonito y juguetón que gustaba a todo el mundo. Sin embargo, yo lo odiaba incluso en los cursos inferiores, sólo porque era un chico bonito y juguetón. Siempre se le dieron mal las clases y fue empeorando a medida que avanzaba; sin embargo, salió con un buen certificado, ya que tenía poderosos intereses. Durante su último año en la escuela entró en una finca de doscientos siervos, y como casi todos éramos pobres adoptó un tono fanfarrón entre nosotros. Era vulgar en extremo, pero al mismo tiempo era un tipo bondadoso, incluso en su fanfarronería. A pesar de las superficiales, fantásticas y falsas nociones de honor y dignidad, todos, salvo muy pocos, nos arrastrábamos ante Zverkov, y tanto más cuanto más se pavoneaba. Y no se arrastraron por ningún motivo interesado, sino simplemente porque había sido favorecido por los dones de la naturaleza. Además, era, por así decirlo, una idea aceptada entre nosotros que Zverkov era un especialista en lo que respecta al tacto y las gracias sociales. Este último hecho me enfurecía especialmente. Odiaba el tono abrupto y seguro de sí mismo de su voz, su admiración por sus propias ocurrencias, que a menudo eran terriblemente estúpidas, aunque él era audaz en su lenguaje; odiaba su cara bonita, pero estúpida (por la que, sin embargo, habría cambiado gustosamente mi inteligencia), y los modales militares libres y desenfadados de moda en los "cuarenta". Odiaba la forma en que solía hablar de sus futuras conquistas de (mujeres que no se atrevía a comenzar su ataque a las mujeres hasta que tenía las charreteras de un oficial, y las esperaba con impaciencia), y se jactaba de los duelos que libraría constantemente. Recuerdo cómo yo, invariablemente tan taciturno, me fijé de repente en Zverkov, cuando un día, hablando

en un momento de ocio con sus compañeros de escuela de sus futuras relaciones con el bello sexo, y volviéndose tan deportivo como un cachorro al sol, declaró de inmediato que no dejaría a una sola aldeana en su finca sin ser vista, que ése era su droit de seigneur, y que si los campesinos se atrevían a protestar los mandaría azotar a todos y les duplicaría el impuesto, a los bribones barbudos. Nuestra chusma servil aplaudió, pero yo le ataqué, no por compasión hacia las niñas y sus padres, sino simplemente porque aplaudían a semejante insecto. En aquella ocasión me llevé la mejor parte, pero aunque Zverkov era estúpido, era vivaz e insolente, por lo que se rió, y de tal manera que mi victoria no fue realmente completa; la risa estuvo de su parte. Más tarde, en varias ocasiones se aprovechó de mí, pero sin malicia, en broma, de forma casual. Yo guardaba un silencio airado y despectivo y no le respondía. Cuando salimos de la escuela, se me insinuó; no lo rechacé, pues me sentí halagada, pero nos separamos pronto y con toda naturalidad. Después me enteré de su éxito en el cuartel como teniente y de la vida rápida que llevaba. Luego llegaron otros rumores sobre sus éxitos en el servicio. Para entonces había empezado a cortarme por la calle, y sospeché que temía comprometerse saludando a un personaje tan insignificante como yo. Le vi una vez en el teatro, en la tercera fila de palcos. Para entonces llevaba tirantes. Se retorcía y daba vueltas, congraciándose con las hijas de un antiguo general. En tres años había decaído considerablemente, aunque seguía siendo bastante guapo y hábil. Se podía ver que a los treinta años sería corpulento. Así pues, mis compañeros de escuela iban a ofrecer una cena a este Zverkov con motivo de su partida. Habían seguido su ritmo durante esos tres años, aunque en privado no se consideraban en pie de igualdad con él, estoy convencido de ello.

De los dos visitantes de Simonov, uno era Ferfitchkin, un alemán rusificado -un tipo pequeño con cara de mono, un cabeza de chorlito que siempre se burlaba de todo el mundo, un enemigo muy acérrimo mío desde nuestros días en las formas inferiores-, un tipo vulgar, insolente y fanfarrón, que aparentaba un sentimiento muy sensible de honor personal, aunque, por supuesto, era un miserable cobarde en el fondo. Era uno de esos adoradores de Zverkov que se arreglaban con éste por motivos interesados, y a menudo le pedían dinero prestado. El otro visitante de Simonov, Trudolyubov, era una persona nada notable: un joven alto, militar, de rostro frío, bastante honesto, aunque adoraba el éxito de todo tipo y sólo era capaz de pensar en el ascenso. Era una especie de pariente lejano de Zverkov, y esto, aunque parezca una tontería, le daba cierta importancia entre nosotros. Siempre me consideró sin importancia; su comportamiento conmigo, aunque no del todo cortés, era tolerable.

"Bueno, con siete rublos cada uno", dijo Trudolyubov, "veintiún rublos entre los tres, deberíamos poder conseguir una buena cena. Zverkov, por supuesto, no pagará".

"Claro que no, ya que le invitamos", decidió Simonov.

"¿Te imaginas -interrumpió Ferfitchkin acalorado y engreído, como un insolente lacayo que presume de las condecoraciones de su amo el general-, te imaginas que Zverkov nos dejará pagar solo? Aceptará por delicadeza, pero pedirá media docena de botellas de champán".

"¿Queremos media docena para los cuatro?", observó Trudolyubov, fijándose sólo en la media docena.

"Entonces, nosotros tres, con Zverkov como cuarto, veintiún rublos, en el Hotel de París, mañana a las cinco", concluyó finalmente Simonov, a quien se le había pedido que hiciera los arreglos.

"¿Cómo veintiún rublos?" pregunté con cierta agitación, mostrándome ofendido; "si me cuentas no serán veintiún, sino veintiocho rublos".

Me pareció que invitarme tan repentina e inesperadamente sería positivamente elegante, y que todos se conquistarían de inmediato y me mirarían con respeto.

"¿También quieres unirte?" observó Simonov, sin apariencia de placer, pareciendo evitar mirarme. Me conocía a la perfección.

Me enfurecía que me conociera tan a fondo.

"¿Por qué no? Yo también soy un antiguo compañero suyo, creo, y debo admitir que me duele que me haya dejado de lado", dije, hirviendo de nuevo.

"¿Y dónde íbamos a encontrarte?" dijo Ferfitchkin con aspereza.

"Nunca te llevaste bien con Zverkov", añadió Trudolyubov, frunciendo el ceño.

Pero yo ya me había agarrado a la idea y no quería renunciar a ella.

"Me parece que nadie tiene derecho a formarse una opinión al respecto", repliqué con voz temblorosa, como si hubiera ocurrido algo tremendo. "Tal vez esa sea justamente mi razón para desearlo ahora, que no siempre he estado en buenos términos con él".

"Oh, no se puede hacer de ti... con estos refinamientos", se burló Trudolyubov.

"Anotaremos tu nombre", decidió Simonov, dirigiéndose a mí. "Mañana a las cinco en el Hotel de París".

"¿Y el dinero?" comenzó Ferfitchkin en voz baja, indicándome a Simonov, pero se interrumpió, pues incluso Simonov estaba avergonzado.

"Eso servirá", dijo Trudolyubov, levantándose. "Si tanto quiere venir, que lo haga".

"Pero es una cosa privada, entre nosotros, los amigos", dijo Ferfitchkin, con tono de enfado, mientras él también recogía su sombrero. "No es una reunión oficial".

"No queremos en absoluto, tal vez..."

Se fueron. Ferfitchkin no me saludó de ninguna manera al salir, Trudolyubov apenas asintió. Simonov, con el que me quedé en el tête-à-tête, estaba en un estado de vejación y perplejidad, y me miró de forma extraña. No se sentó ni me pidió que lo hiciera.

"H'm... sí... mañana, entonces. ¿Va a pagar su suscripción ahora? Sólo lo pregunto para saberlo", murmuró avergonzado.

Me sonrojé, y al hacerlo recordé que le debía a Simonov quince rublos desde hacía mucho tiempo, cosa que, de hecho, nunca había olvidado, aunque no los había pagado.

"Comprenderás, Simonov, que no podía tener ni idea cuando llegué aquí . . . . Estoy muy disgustado por haberme olvidado. . ."

"Está bien, está bien, eso no importa. Puedes pagar mañana después de la cena. Simplemente quería saber... Por favor, no..."

Se interrumpió y empezó a pasearse por la habitación aún más enfadado. Mientras caminaba, empezó a golpear con los tacones.

"¿Te estoy reteniendo?" pregunté, tras dos minutos de silencio.

"Dijo, arrancando, que, a decir verdad, sí. Tengo que ir a ver a alguien... no muy lejos de aquí", añadió con voz de disculpa, algo avergonzado.

"Dios mío, ¿por qué no lo has dicho?" exclamé, agarrándome la gorra, con un aire asombrosamente libre y despreocupado, que era lo último que debía esperar de mí.

"Está cerca... no está a dos pasos", repitió Simonov, acompañándome hasta la puerta principal con un aire quisquilloso que no le convenía en absoluto. "Así que a las cinco, puntualmente, mañana", llamó bajando las escaleras tras de mí. Estaba muy contento de librarse de mí. Estaba furioso.

"¿Qué me ha poseído, qué me ha poseído para forzarles?" me pregunté, rechinando los dientes mientras avanzaba por la calle, "¡por un canalla, un cerdo como ese Zverkov! Por supuesto que es mejor que no vaya; por supuesto, debo chasquear los dedos ante ellos. No estoy obligado de ninguna manera. Enviaré a Simonov una nota por correo de mañana..."

Pero lo que me enfurecía era que sabía con certeza que debía ir, que debía hacer el propósito de ir; y cuanto más falta de tacto, cuanto más indecoroso fuera mi ir, más ciertamente iría.

Y había un obstáculo para ir: No tenía dinero. Todo lo que tenía era nueve rublos, de los cuales tenía que dar siete a mi criado, Apollon, para su salario mensual. Eso era todo lo que le pagaba: tenía que mantenerse a sí mismo.

No pagarle era imposible, teniendo en cuenta su carácter. Pero de ese tipo, de esa plaga mía, hablaré en otra ocasión.

Sin embargo, sabía que debía ir y no debía pagarle su salario.

Aquella noche tuve los sueños más horribles. No es de extrañar; durante toda la noche me habían oprimido los recuerdos de mis miserables días en la escuela, y no podía quitármelos de encima. Me enviaron a la escuela unos parientes lejanos, de los que dependía y de los que no he vuelto a saber nada; me enviaron allí como un muchacho desamparado y silencioso, ya aplastado por sus reproches, ya turbado por la duda, y mirando con salvaje desconfianza a todo el mundo. Mis compañeros de escuela me recibieron con burlas rencorosas y despiadadas porque yo no era como ninguno de ellos. Pero yo no podía soportar sus burlas; no podía ceder ante ellos con la innoble presteza con que se entregaban unos a otros. Los odié desde el primer momento, y me encerré con todos en un orgullo tímido, herido y desproporcionado. Su grosería me repugnaba. Se reían cínicamente de mi cara, de mi torpe figura; y sin embargo, qué caras más estúpidas tenían ellos mismos. En nuestra escuela las caras de los chicos parecían degenerar y volverse más estúpidas. ¡Cuántos chicos guapos vinieron a nosotros! En pocos años se volvían repulsivos. Incluso a los dieciséis años me asombraba morosamente; ya entonces me impresionaba la mezquindad de sus pensamientos, la estupidez de sus aficiones, sus juegos, sus

conversaciones. No comprendían cosas tan esenciales, no se interesaban por temas tan llamativos e impresionantes, que no podía evitar considerarlos inferiores a mí. No fue la vanidad herida la que me impulsó a ello, y por el amor de Dios no me impongan sus manidas observaciones, repetidas hasta la náusea, de que "yo sólo era un soñador", mientras que ellos incluso entonces tenían una comprensión de la vida. No entendían nada, no tenían idea de la vida real, y juro que eso era lo que más me indignaba con ellos. Por el contrario, la realidad más evidente y llamativa la aceptaban con fantástica estupidez e incluso en aquella época estaban acostumbrados a respetar el éxito. De todo lo que era justo, pero oprimido y despreciado, se reían despiadada y vergonzosamente. Tomaban el rango por la inteligencia; incluso a los dieciséis años ya hablaban de un puesto de trabajo cómodo. Por supuesto, gran parte de ello se debía a su estupidez, a los malos ejemplos con los que siempre habían estado rodeados en su infancia y niñez. Eran monstruosamente depravados. Por supuesto, gran parte de eso también era superficial y una suposición de cinismo; por supuesto, había destellos de juventud y frescura incluso en su depravación; pero incluso esa frescura no era atractiva, y se manifestaba en una cierta desenfreno. Los odiaba horriblemente, aunque quizás yo era peor que cualquiera de ellos. Ellos me correspondían de la misma manera, y no ocultaban su aversión por mí. Pero para entonces no deseaba su afecto: al contrario, anhelaba continuamente su humillación. Para escapar de sus burlas, empecé a hacer a propósito todos los progresos posibles en mis estudios y me abrí paso hasta la cima. Esto les impresionó. Además, todos empezaron a darse cuenta de que yo ya había leído libros que ninguno de ellos podía leer, y que entendía cosas (que no formaban parte de nuestro plan de estudios) de las que ellos ni siquiera habían oído hablar. Se

burlaron de forma salvaje y sarcástica, pero quedaron moralmente impresionados, sobre todo cuando los profesores empezaron a fijarse en mí por esos motivos. Las burlas cesaron, pero la hostilidad se mantuvo, y las relaciones frías y tensas se hicieron permanentes entre nosotros. Al final no pude soportarlo: con los años se desarrolló en mí un ansia de sociedad, de amigos. Intenté establecer relaciones amistosas con algunos de mis compañeros de escuela, pero de una manera u otra mi intimidad con ellos era siempre tensa y pronto se acababa por sí misma. Una vez, en efecto, tuve un amigo. Pero yo era ya un tirano de corazón; quería ejercer sobre él un dominio ilimitado; trataba de inculcarle el desprecio por su entorno; le exigía una ruptura despectiva y total con ese entorno. Lo asusté con mi afecto apasionado; lo reduje a las lágrimas, a la histeria. Era un alma sencilla y devota; pero cuando se dedicó a mí por completo empecé a odiarlo inmediatamente y a repelerlo, como si todo lo que necesitara de él fuera para obtener una victoria sobre él, para subyugarlo y nada más. Pero no podía subyugarlos a todos; mi amigo tampoco era en absoluto como ellos, era, de hecho, una rara excepción. Lo primero que hice al salir de la escuela fue renunciar al trabajo especial para el que había sido destinado, a fin de romper todos los lazos, maldecir mi pasado y sacudir el polvo de mis pies.... Y ¡sabe Dios por qué, después de todo eso, debía ir caminando a Simonov!

A la mañana siguiente, temprano, me desperté y salté de la cama con entusiasmo, como si todo estuviera a punto de suceder de inmediato. Pero creía que se avecinaba un cambio radical en mi vida, que llegaría inevitablemente aquel día. Debido a su rareza, tal vez, cualquier acontecimiento externo, por trivial que fuera, siempre me hacía sentir que algún cambio radical en mi vida

estaba próximo. Sin embargo, fui a la oficina como de costumbre, pero me escabullí a casa dos horas antes para prepararme. Lo bueno, pensé, es no ser el primero en llegar, o pensarán que estoy exagerando al venir. Pero había miles de esos grandes puntos que considerar, y todos me agitaban y abrumaban. Pulí mis botas por segunda vez con mis propias manos; nada en el mundo habría inducido a Apolón a limpiarlas dos veces al día, pues consideraba que era más de lo que sus obligaciones le exigían. Robé los cepillos para limpiarlas del pasillo, teniendo cuidado de que no lo detectara, por temor a su desprecio. Luego examiné minuciosamente mi ropa y pensé que todo parecía viejo, desgastado y raído. Me había dejado llevar por la desidia. Mi uniforme, tal vez, estaba ordenado, pero no podía salir a cenar con mi uniforme. Lo peor era que en la rodilla de mi pantalón había una gran mancha amarilla. Tenía el presentimiento de que esa mancha me privaría de las nueve décimas partes de mi dignidad personal. Sabía, además, que era muy pobre pensar así. "Pero no es el momento de pensar: ahora me toca lo real", pensé, y mi corazón se hundió. También sabía, perfectamente, incluso entonces, que estaba exagerando monstruosamente los hechos. Pero, ¿cómo podía evitarlo? No podía controlarme y ya estaba temblando de fiebre. Me imaginaba con desesperación la frialdad y el desprecio con que me recibiría ese "canalla" de Zverkov; con qué desprecio insípido e invencible me miraría el cabeza de chorlito Trudolyubov; con qué grosería impúdica se reiría de mí el insecto Ferfitchkin para ganarse el favor de Zverkov; con qué intensidad lo asimilaría Simonov, y cómo me despreciaría por la abyección de mi vanidad y mi falta de espíritu, y, lo peor de todo, lo mezquino, lo poco literario, lo vulgar. Por supuesto, lo mejor sería no ir. Pero eso era lo más imposible de todo: si me siento impelido a hacer algo,

parece que estoy obligado a hacerlo. Me habría burlado de mí mismo siempre: "¡Así que te burlaste, te burlaste, te burlaste de verdad!" Por el contrario, anhelaba apasionadamente demostrar a toda esa "chusma" que no era en absoluto una criatura sin espíritu como me parecía a mí mismo. Es más, incluso en el paroxismo más agudo de esta fiebre cobarde, soñaba con llevar la delantera, con dominarlos, con arrastrarlos, con hacer que me quisieran, aunque sólo fuera por mi "elevación de pensamiento y mi inconfundible ingenio". Abandonarían a Zverkov, él se sentaría a un lado, silencioso y avergonzado, mientras yo lo aplastaría. Entonces, tal vez, nos reconciliaríamos y brindaríamos por nuestra eterna amistad; pero lo más amargo y humillante para mí era que ya entonces sabía, sabía plenamente y con certeza, que no necesitaba nada de todo esto realmente, que no quería realmente aplastar, someter, atraerlos, y que no me importaba una paja realmente el resultado, aunque lo consiguiera. Oh, ¡cómo rezaba para que el día pasara rápidamente! Con una angustia indecible, me dirigí a la ventana, abrí el cristal móvil y miré hacia fuera, a la oscuridad turbadora de la nieve húmeda que caía densamente. Por fin, mi pequeño y miserable reloj marcó las cinco. Me agarré el sombrero y, tratando de no mirar a Apollon, que llevaba todo el día esperando su sueldo del mes, pero que en su necedad no quería ser el primero en hablar de ello, me colé entre él y la puerta y, saltando a un trineo de alta gama, en el que gasté mi último medio rublo, me dirigí con gran estilo al Hôtel de Paris.

15

Parte 2 (A propósito de la nieve húmeda), IV

Empieza: «La víspera estaba seguro de que sería el primero en llegar. Pero no se trataba de ser el primero en llegar. No...»

La víspera estaba seguro de que sería el primero en llegar. Pero no se trataba de ser el primero en llegar. No sólo no estaban allí, sino que tuve dificultades para encontrar nuestra habitación. La mesa no estaba puesta. ¿Qué significaba eso? Después de muchas preguntas, conseguí que los camareros me dijeran que la cena se había pedido no para las cinco, sino para las seis. Esto se confirmó también en el buffet. Me daba mucha vergüenza seguir preguntando. Sólo eran las cinco y veinticinco minutos. Si habían cambiado la hora de la cena, al menos deberían habérmelo hecho saber, para eso está el correo, y no haberme puesto en una posición absurda ante mis propios ojos y... e incluso ante los camareros. Me senté; el criado empezó a poner la mesa; me sentí aún más humillado cuando él estuvo presente. Hacia las seis trajeron velas, aunque había lámparas encendidas en la sala. Sin embargo, al camarero no se le había ocurrido traerlas de inmediato cuando yo llegué. En la sala contigua, dos personas de aspecto sombrío y enfadado cenaban en silencio en dos mesas diferentes. Había mucho ruido, incluso gritos, en una habitación más alejada; se oían las risas de una multitud de personas y pequeños gritos

desagradables en francés: había señoras en la cena. De hecho, era repugnante. Pocas veces pasé momentos más desagradables, hasta el punto de que cuando llegaron todos juntos puntualmente a las seis me alegré mucho de verlos, como si fueran mis libertadores, e incluso olvidé que me correspondía mostrar resentimiento. entró a la cabeza de ellos; evidentemente era el espíritu dirigente. Él y todos ellos se reían; pero, al verme, Zverkov se irguió un poco, se acercó a mí deliberadamente con una ligera y bastante jocosa inclinación de la cintura. Me estrechó la mano de manera amistosa, pero no excesivamente amistosa, con una especie de cortesía circunspecta, como la de un general, como si al darme la mano se estuviera defendiendo de algo. Yo había imaginado, por el contrario, que al entrar en la casa, él soltaría de inmediato su habitual risa fina y estridente y se dedicaría a hacer sus insípidas bromas y ocurrencias. Me había estado preparando para ellos desde el día anterior, pero no había esperado tal condescendencia, tan alta cortesía oficial. Así que se sentía inefablemente superior a mí en todos los aspectos. Si sólo pretendía insultarme con ese tono tan oficial, no importaba, pensé, podría devolvérselo de una forma u otra. Pero, ¿y si, en realidad, sin el menor deseo de ser ofensivo, ese cabeza de chorlito tenía la noción en serio de que era superior a mí y sólo podía mirarme de manera condescendiente? La mera suposición me hizo jadear.

"Me sorprendió saber que deseabas unirte a nosotros", comenzó, ceceando y arrastrando las palabras, lo cual era algo nuevo. "Parece que tú y yo no nos hemos visto nada. Luchas con timidez contra nosotros. No deberíais hacerlo. No somos personas tan terribles como crees. Bueno, de todos modos, me alegro de renovar nuestra amistad".

Y se volvió despreocupadamente para dejar su sombrero en la ventana.

"¿Llevas mucho tiempo esperando?" preguntó Trudolyubov.

"Llegué a las cinco, como usted me dijo ayer", respondí en voz alta, con una irritabilidad que amenazaba con una explosión.

"¿No le hiciste saber que habíamos cambiado la hora?", dijo Trudolyubov a Simonov.

"No, no lo hice. Se me olvidó", contestó éste, sin ninguna señal de arrepentimiento, y sin siquiera disculparse conmigo se fue a pedir el entremés.

"¿Así que has estado aquí una hora entera? Oh, pobre hombre!" exclamó irónicamente Zverkov, pues para sus ideas esto debía ser sumamente gracioso. Aquel bribón de Ferfitchkin siguió con su desagradable risita como si fuera un cachorro ladrando. Mi posición le pareció también exquisitamente ridícula y embarazosa.

"¡No tiene ninguna gracia!" le grité a Ferfitchkin, cada vez más irritado. "No ha sido culpa mía, sino de los demás. Se olvidaron de avisarme. Fue... fue... fue simplemente absurdo".

"No sólo es absurdo, sino algo más", murmuró Trudolyubov, tomando ingenuamente mi parte. "No es usted lo suficientemente duro con él. Fue simplemente una grosería, sin intención, por supuesto. Y cómo pudo Simonov... ¡hombre!"

"Si a mí me hubieran hecho una jugarreta así", observó Ferfitchkin, "yo debería...".

"Pero deberías haber pedido algo para ti", interrumpió Zverkov, "o simplemente pedir la cena sin esperarnos".

"Admitirás que podría haber hecho eso sin tu permiso", espeté. "Si he esperado, ha sido..."

"Sentémonos, señores", gritó Simonov, entrando. "Todo está listo; puedo responder por el champán; está capitalmente congelado. . . Ya ve, no sabía su dirección, ¿dónde iba a buscarle?" Se volvió de repente hacia mí, pero de nuevo pareció evitar mirarme. Evidentemente, tenía algo contra mí. Debía de ser por lo ocurrido ayer.

Todos se sentaron; yo hice lo mismo. Era una mesa redonda. Trudolyubov estaba a mi izquierda, Simonov a mi derecha, Zverkov estaba sentado enfrente, Ferfitchkin al lado, entre él y Trudolyubov.

"Dígame, ¿está usted . . en una oficina del gobierno?" Zverkov siguió atendiéndome. Viendo que yo estaba avergonzado, pensó seriamente que debía ser amable conmigo y, por así decirlo, animarme.

"¿Quiere que le tire una botella a la cabeza?" pensé, furioso. En mi novedoso entorno estaba anormalmente dispuesto a irritarme.

"En la N--oficina", respondí espasmódicamente, con los ojos puestos en mi plato.

"¿Y te han dado una litera? Digo, ¿por qué dejaste tu trabajo original?"

"Lo que me llevó a dejar mi trabajo original", dije más que él, apenas capaz de controlarme. Ferfitchkin soltó una carcajada.

Simonov me miró con ironía. Trudolyubov dejó de comer y empezó a mirarme con curiosidad.

Zverkov hizo una mueca, pero trató de no notarlo.

"¿Y la remuneración?"

"¿Qué remuneración?"

"Quiero decir, su sa-a-lario".

"¿Por qué me interroga?" Sin embargo, le dije de inmediato cuál era mi salario. Me puse terriblemente rojo.

"No es muy atractivo", observó Zverkov majestuosamente.

"Sí, con eso no puedes permitirte cenar en los cafés", añadió Ferfitchkin con insolencia.

"Para mí es muy pobre", observó Trudolyubov con gravedad.

"¡Y qué delgado te has puesto! Cómo has cambiado!" añadió Zverkov, con un matiz de veneno en su voz, escudriñándome a mí y a mi atuendo con una especie de compasión insolente.

"Oh, ahórrale el rubor", gritó Ferfitchkin, riéndose.

"Mi querido señor, permítame que le diga que no me estoy sonrojando", dije al fin; "¿me oye? Estoy cenando aquí, en este café, a mis expensas, no a las de otras personas... fíjese, señor Ferfitchkin".

"¿Qué? ¿No está todo el mundo aquí cenando a sus expensas? Parece que usted es..." Ferfitchkin salió volando hacia mí, poniéndose tan rojo como una langosta, y mirándome a la cara con

furia. "Eso", respondí, sintiendo que había ido demasiado lejos, "y me imagino que sería mejor hablar de algo más inteligente".

"¿Pretendes hacer gala de tu inteligencia, supongo?"

"No te molestes, eso estaría muy fuera de lugar aquí".

"¿Por qué está usted chasqueando así, mi buen señor, eh? ¿Se ha vuelto loco en su oficina?"

"¡Basta, señores, basta!" gritó Zverkov, autoritariamente.

"¡Qué estupidez!", murmuró Simonov.

"Realmente es una estupidez. Nos hemos reunido aquí, una compañía de amigos, para una cena de despedida a un camarada y usted lleva a cabo un altercado", dijo Trudolyubov, dirigiéndose groseramente a mí solo. "Usted mismo se invitó a unirse a nosotros, así que no perturbe la armonía general".

"¡Basta, basta!", gritó Zverkov. "Déjenlo, señores, está fuera de lugar. Mejor déjenme contarles cómo casi me casé anteayer..."

Y a continuación siguió una narración burlesca de cómo este señor había estado a punto de casarse dos días antes. Sin embargo, no hubo ni una palabra sobre el matrimonio, sino que el relato estuvo adornado con generales, coroneles y kammer-junkers, mientras que Zverkov casi se puso a la cabeza de ellos. Fue recibido con risas de aprobación; Ferfitchkin chilló positivamente.

Nadie me prestó atención, y me senté aplastado y humillado.

"¡Cielos, esta no es la gente para mí!" pensé. "¡Y qué ridículo he hecho ante ellos! Sin embargo, dejé que Ferfitchkin fuera demasiado lejos. Los brutos se imaginan que me hacen un honor al

permitirme sentarme con ellos. No entienden que es un honor para ellos y no para mí. ¡He adelgazado! ¡Mi ropa! ¡Malditos sean mis pantalones! Zverkov se dio cuenta de la mancha amarilla en la rodilla nada más entrar... ¡Pero de qué sirve! Debo levantarme de inmediato, en este mismo momento, tomar mi sombrero y simplemente irme sin una palabra. . . ¡con desprecio! Y mañana puedo enviar un desafío. ¡Los sinvergüenzas! Como si me importaran los siete rublos. Pueden pensar... ¡Maldita sea! No me importan los siete rublos. Me iré ahora mismo".

Por supuesto que me quedé. Bebí jerez y Lafitte por copas en mi incomodidad. Al no estar acostumbrado, me afectó rápidamente. Mi fastidio aumentó a medida que el vino se me subía a la cabeza. Deseaba insultarlos a todos de la manera más flagrante y marcharme. Aprovechar el momento y mostrar lo que podía hacer, para que dijeran: "Es inteligente, aunque es absurdo", y... y... de hecho, ¡malditos sean todos!

Los escudriñé a todos insolentemente con mis ojos somnolientos. Pero parecían haberse olvidado de mí por completo. Eran ruidosos, vociferantes, alegres. Zverkov no paraba de hablar. Empecé a escuchar. Zverkov hablaba de una exuberante dama a la que había llevado a declarar su amor (por supuesto, mentía como un caballo), y de cómo había sido ayudado en este asunto por un íntimo amigo suyo, un príncipe Kolya, oficial de los húsares, que tenía tres mil siervos.

"Y, sin embargo, ese Kolya, que tiene tres mil siervos, no se ha presentado aquí esta noche para despedirte", interrumpí de repente.

Durante un minuto todos guardaron silencio. "Ya estás borracho". Trudolyubov se dignó por fin a fijarse en mí, mirando despectivamente en mi dirección. Zverkov, sin decir nada, me examinó como si fuera un insecto. Bajé los ojos. Simonov se apresuró a llenar las copas de champán.

Trudolyubov levantó su copa, al igual que todos los demás, excepto yo.

"¡A su salud y buena suerte en el viaje!", gritó a Zverkov. "¡Por los viejos tiempos, por nuestro futuro, hurra!"

Todos tiraron sus copas y se agolparon alrededor de Zverkov para besarlo. Yo no me moví; mi vaso lleno quedó intacto ante mí.

"¿Por qué, no vas a beberlo?", rugió Trudolyubov, perdiendo la paciencia y volviéndose amenazadoramente hacia mí.

"Quiero hacer un discurso por separado, por mi cuenta... y entonces me lo beberé, señor Trudolyubov".

"¡Bruto rencoroso!", murmuró Simonov. Me incorporé en mi silla y tomé febrilmente mi vaso, preparado para algo extraordinario, aunque ni yo mismo sabía con precisión lo que iba a decir.

"¡Silencio!", gritó Ferfitchkin. "¡Ahora una muestra de ingenio!"

Zverkov esperó muy serio, sabiendo lo que se avecinaba.

"Señor teniente Zverkov", empecé, "permítame decirle que odio las frases, los fraseadores y los hombres con corsé... ese es el primer punto, y hay un segundo que le sigue".

Hubo un revuelo general.

"El segundo punto es: Odio la chabacanería y los habladores chabacanos. Especialmente a los charlatanes. El tercer punto: amo la justicia, la verdad y la honestidad". Continué casi mecánicamente, pues yo mismo empezaba a temblar de horror y no tenía idea de cómo había llegado a hablar así. "Amo el pensamiento, Monsieur Zverkov; amo la verdadera camaradería, en igualdad de condiciones y no. . . H'm . . . Amo. . . Pero, sin embargo, ¿por qué no? Yo también beberé a su salud, señor Zverkov. Seduzca a las chicas circasianas, dispare a los enemigos de la patria y . . . ¡a su salud, señor Zverkov!"

Zverkov se levantó de su asiento, se inclinó hacia mí y dijo:

"Le estoy muy agradecido". Se sintió terriblemente ofendido y se puso pálido.

"¡Maldito sea el tipo!", rugió Trudolyubov, haciendo caer su puño sobre la mesa.

"Bueno, quiere un puñetazo en la cara por eso", chilló Ferfitchkin.

"Deberíamos echarlo", murmuró Simonov.

"¡Ni una palabra, señores, ni un movimiento!", gritó Zverkov solemnemente, frenando la indignación general. "Les agradezco a todos, pero puedo demostrarle por mí mismo el valor que le doy a sus palabras".

"¡Señor Ferfitchkin, mañana me dará usted satisfacción por sus palabras de hace un momento!" dije en voz alta, volviéndome con dignidad hacia Ferfitchkin.

"¿Un duelo, quiere decir? Desde luego", respondió. Pero probablemente fui tan ridículo al desafiarle y estaba tan fuera de

lugar en mi apariencia que todos, incluido Ferfitchkin, se postraron de risa.

"¡Sí, déjenlo en paz, por supuesto! Está bastante borracho", dijo Trudolyubov con disgusto.

"Nunca me perdonaré haberle dejado unirse a nosotros", volvió a murmurar Simonov.

"Ahora es el momento de lanzarles una botella a la cabeza", pensé. Cogí la botella... y llené mi vaso... "No, será mejor que me quede hasta el final", seguí pensando; "os complacería, amigos míos, que me fuera. Nada me inducirá a irme. Seguiré sentado y bebiendo hasta el final, a propósito, como señal de que no os considero de la menor importancia. Seguiré sentado y bebiendo, porque esto es una casa pública y he pagado mi entrada. Me sentaré aquí y beberé, porque os considero como otros tantos peones, como peones inanimados. Me sentaré aquí y beberé... y cantaré si quiero, sí, cantaré, porque tengo derecho a... a cantar... ¡Hombre!"

Pero no canté. Simplemente traté de no mirar a ninguno de ellos. Adopté la actitud más despreocupada y esperé con impaciencia a que ellos hablaran primero. Pero, por desgracia, ¡no se dirigieron a mí! Y ¡oh, cómo deseaba, cómo deseaba en ese momento reconciliarme con ellos! Dieron las ocho, por fin las nueve. Pasaron de la mesa al sofá. Zverkov se estiró en la tumbona y puso un pie sobre la mesa redonda. Le trajeron vino. De hecho, pidió tres botellas por su cuenta. Yo, por supuesto, no fui invitado a unirme a ellos. Todos se sentaron a su alrededor en el sofá. Le escucharon, casi con reverencia. Era evidente que le tenían cariño. "¿Para qué? ¿Para qué?" me preguntaba. De vez en cuando se dejaban llevar por el entusiasmo y se besaban. Hablaban del Cáucaso, de la naturaleza

de la verdadera pasión, de las cómodas literas en el servicio, de los ingresos de un húsar llamado Podharzhevsky, al que ninguno de ellos conocía personalmente, y se regocijaban en la amplitud de los mismos, de la extraordinaria gracia y belleza de una princesa D., a la que ninguno de ellos había visto jamás; luego se habló de que Shakespeare era inmortal.

Sonreí despectivamente y caminé de un lado a otro de la habitación, frente al sofá, de la mesa a la estufa y viceversa. Me esforcé al máximo para demostrarles que podía prescindir de ellos, y aún así hice ruido a propósito con mis botas, golpeando con los talones. Pero todo fue en vano. No me hicieron caso. Tuve la paciencia de caminar de arriba abajo frente a ellos desde las ocho hasta las once, en el mismo lugar, de la mesa a la estufa y de vuelta. "Subo y bajo para complacerme y nadie puede impedírmelo". El camarero que entraba en la sala se detenía, de vez en cuando, a mirarme. Yo estaba algo mareado de tanto girar; por momentos me parecía que estaba delirando. Durante esas tres horas me empapé tres veces de sudor y me volví a secar. A veces, con una intensa y aguda punzada, se me clavaba en el corazón el pensamiento de que pasarían diez años, veinte años, cuarenta años, y que incluso dentro de cuarenta años recordaría con repugnancia y humillación aquellos momentos más sucios, más ridículos y más horribles de mi vida. Nadie podría haberse desvivido por degradarse más desvergonzadamente, y yo me daba cuenta de ello, plenamente, y sin embargo seguía paseando de arriba abajo desde la mesa hasta la estufa. "¡Oh, si supieras de qué pensamientos y sentimientos soy capaz, qué culto soy!". pensaba por momentos, dirigiéndome mentalmente al sofá en el que estaban sentados mis enemigos. Pero mis enemigos se comportaban como si yo no estuviera en la

habitación. Una vez -una vezse volvieron hacia mí, justo cuando Zverkov hablaba de Shakespeare, y de repente solté una carcajada despectiva. Me reí de un modo tan afectado y repugnante que todos interrumpieron a la vez su conversación, y en silencio y con gravedad, durante dos minutos, me observaron ir y venir de la mesa a la estufa, sin hacerles caso. Pero no se hizo nada: no dijeron nada, y dos minutos después dejaron de fijarse en mí. Eran las once.

"Amigos", gritó Zverkov levantándose del sofá, "¡vamos a salir ya todos!".

"Por supuesto, por supuesto", asintieron los demás. Me volví bruscamente hacia Zverkov. Estaba tan acosado, tan agotado, que me habría cortado el cuello para ponerle fin. Tenía fiebre; el pelo, empapado de sudor, se me pegaba a la frente y a las sienes.

"Zverkov, te pido perdón", dije con brusquedad y decisión. "Ferfitchkin, el tuyo también, y el de todos, el de todos: ¡Los he insultado a todos!"

"¡Ajá! Un duelo no está en tu línea, viejo", siseó Ferfitchkin venenosamente.

Esto envió una aguda punzada a mi corazón.

"¡No, no es el duelo lo que temo, Ferfitchkin! Estoy dispuesto a batirme contigo mañana, después de que nos hayamos reconciliado. Insisto en ello, de hecho, y no puedes negarte. Quiero demostrarte que no tengo miedo a un duelo. Tú dispararás primero y yo dispararé al aire".

"Se está consolando", dijo Simonov.

"Simplemente está desvariando", dijo Trudolyubov.

"Pero déjenos pasar. ¿Por qué nos impiden el paso? ¿Qué queréis?" Zverkov respondió con desdén. Todos estaban sonrojados, sus ojos brillaban: habían bebido mucho.

"Te pido tu amistad, Zverkov; te he insultado, pero..."

"¿Insultado? ¿me has insultado? Comprenda, señor, que usted nunca, bajo ninguna circunstancia, podría insultarme".

"Y eso es suficiente para usted. ¡Fuera del camino!", concluyó Trudolyubov.

"¡Olimpia es mía, amigos, eso está acordado!", gritó Zverkov.

"No discutiremos tu derecho, no discutiremos tu derecho", respondieron los otros, riendo.

Me quedé como si me hubieran escupido. El grupo salió ruidosamente de la sala. Trudolyubov entonó una estúpida canción. Simonov se quedó un momento para dar propina a los camareros. De repente me acerqué a él.

"¡Simonov! ¡Dame seis rublos!" dije, con desesperada resolución.

Me miró con extremo asombro, con los ojos vacíos. También él estaba borracho.

"¿No querrá decir que viene con nosotros?"

"Sí".

"No tengo dinero", soltó, y con una risa desdeñosa salió de la habitación.

Me aferré a su abrigo. Era una pesadilla.

"Simonov, he visto que tienes dinero. ¿Por qué me rechazas? ¿Soy un sinvergüenza? Cuidado con negarme: ¡si supieras, si supieras por qué te lo pido! Todo mi futuro, todos mis planes dependen de ello".

Simonov sacó el dinero y casi me lo arrojó.

"¡Tómalo, si no tienes sentido de la vergüenza!", pronunció sin piedad, y corrió a alcanzarlos.

Me quedé un momento solo. Desorden, restos de la cena, una copa de vino rota en el suelo, vino derramado, colillas de cigarrillos, vapores de la bebida y delirio en mi cerebro, una miseria agónica en mi corazón y, finalmente, el camarero, que lo había visto y oído todo y me miraba inquisitivamente a la cara.

"¡Voy a ir allí!" grité. "¡O todos se pondrán de rodillas para suplicar mi amistad, o le daré una bofetada a Zverkov!".

16

Parte 2 (A propósito de la nieve húmeda), V

Empieza: «"Así que esto es, esto es por fin: el contacto con la vida real", murmuré mientras corría de cabeza escaleras abajo. "¡Esto...»

"Así que esto es, esto es por fin: el contacto con la vida real", murmuré mientras corría de cabeza escaleras abajo. "¡Esto es muy diferente a que el Papa deje Roma y se vaya a Brasil, muy diferente al baile en el lago Como!"

"Eres un canalla", me pasó por la cabeza un pensamiento, "si te ríes de esto ahora".

"¡No importa!" grité, respondiéndome a mí mismo. "¡Ahora todo está perdido!"

No se veía ningún rastro de ellos, pero eso no importaba: sabía adónde habían ido.

En la escalinata había un solitario conductor de trineo nocturno con un tosco abrigo de campesino, empolvado por la nieve que aún caía, húmeda y como si fuera cálida. Hacía calor y vapor. El pequeño y peludo caballo picaflor también estaba cubierto de nieve y tosía, lo recuerdo muy bien. Me apresuré a subir al trineo, pero en cuanto levanté el pie para entrar en él, el recuerdo de cómo

Simonov acababa de darme seis rublos pareció doblarme y caí en el trineo como un saco.

"No, debo hacer mucho para compensar todo eso", grité. "Pero lo compensaré o pereceré en el acto esta misma noche. ¡Arranca!"

Nos pusimos en marcha. Había un perfecto torbellino en mi cabeza.

"No se arrodillarán para suplicar mi amistad. Eso es un espejismo, un espejismo barato, repugnante, romántico y fantasioso; eso es otra bola en el lago de Como. ¡Y por eso estoy obligado a abofetear la cara de Zverkov! Es mi deber. Y así está decidido; estoy volando para darle una bofetada en la cara. ¡Deprisa!"

El conductor tiró de las riendas.

"En cuanto entre le daré. ¿Debo, antes de darle la bofetada, decir unas palabras a modo de preámbulo? No. Simplemente entraré y le daré. Estarán todos sentados en el salón, y él con Olympia en el sofá. ¡Esa maldita Olympia! Se rió de mis miradas en una ocasión y me rechazó. ¡Le tiraré del pelo a Olimpia y le tiraré de las orejas a Zverkov! No, mejor una oreja, y tirar de él por la habitación. Tal vez todos comiencen a golpearme y me echen. Eso es lo más probable, de hecho. ¡No importa! De todos modos, primero le daré una bofetada; la iniciativa será mía; y por las leyes del honor eso lo es todo: quedará marcado y no podrá borrar la bofetada con ningún golpe, con nada más que un duelo. Se verá obligado a luchar. Y que me golpeen ahora. ¡Que lo hagan, los ingratos infelices! Trudolyubov me pegará más fuerte, es tan fuerte; Ferfitchkin seguro que me agarra de costado y me tira del pelo. ¡Pero no importa, no importa! A eso voy. ¡Los cabezas de chorlito se verán

obligados por fin a ver la tragedia de todo esto! Cuando me arrastren a la puerta les gritaré que en realidad no valen mi dedo meñique. Suba, conductor, suba". le grité al conductor. Él se puso en marcha y agitó su látigo, grité tan salvajemente.

"Lucharemos al amanecer, eso está decidido. He terminado con la oficina. Ferfitchkin acaba de hacer una broma al respecto. Pero, ¿dónde puedo conseguir pistolas? ¡Tonterías! Recibiré mi salario por adelantado y las compraré. ¿Y pólvora, y balas? Eso es cosa del segundo. ¿Y cómo se puede hacer todo al amanecer? ¿Y dónde voy a conseguir un segundo? No tengo amigos. Tonterías". grité, azotándome más y más. "¡No tiene importancia! La primera persona que encuentre en la calle está obligada a ser mi segundo, igual que estaría obligada a sacar del agua a un ahogado. Pueden ocurrir las cosas más excéntricas. Incluso si le pidiera al propio director que fuera mi segundo mañana, estaría obligado a consentir, aunque sólo fuera por un sentimiento de caballerosidad, y a guardar el secreto. Anton Antonitch..."

El hecho es que en aquel mismo instante la repugnante absurdidad de mi plan y el otro lado de la cuestión eran más claros y vívidos para mi imaginación de lo que podría serlo para nadie en la tierra. Pero...

"¡Suba, conductor, suba, bribón, suba!"

"¡Uf, señor!", dijo el hijo del trabajo.

De repente me recorrieron escalofríos. ¿No sería mejor... ir directamente a casa? ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me invité ayer a esta cena? Pero no, es imposible. ¿Y mi caminar arriba y abajo durante tres horas de la mesa a la estufa? ¡No, ellos, ellos y nadie

más deben pagar por mi caminar arriba y abajo! ¡Deben acabar con este deshonor! ¡Conduce!

¿Y qué pasa si me entregan en custodia? No se atreverán. Tendrán miedo del escándalo. ¿Y si Zverkov es tan despectivo que se niega a batirse en duelo? Seguro que sí; pero en ese caso les mostraré... Me presentaré en la estación de correos cuando salga mañana, le cogeré por la pierna, le quitaré el abrigo cuando suba al vagón. Le clavaré los dientes en la mano y le morderé. "¡Vean hasta dónde pueden llevar a un hombre desesperado!" Puede que me golpee en la cabeza y que me maltraten por detrás. Gritaré a la multitud reunida: "¡Miren a este joven cachorro que se va a cautivar a las chicas circasianas después de dejarme escupir en su cara!"

Por supuesto, ¡después todo habrá terminado! La oficina habrá desaparecido de la faz de la tierra. Me arrestarán, me juzgarán, me despedirán del servicio, me meterán en la cárcel, me enviarán a Siberia. ¡No importa! Dentro de quince años, cuando me dejen salir de la cárcel, iré caminando hacia él, como un mendigo, en harapos. Lo encontraré en alguna ciudad de provincias. Estará casado y será feliz. Tendrá una hija adulta... Le diré: "¡Mira, monstruo, mis mejillas hundidas y mis harapos! Lo he perdido todo: mi carrera, mi felicidad, el arte, la ciencia, la mujer que amaba, y todo por ti. Aquí hay pistolas. He venido a descargar mi pistola y... y yo... te perdono. Entonces dispararé al aire y no oirá nada más de mí..."

En realidad, estuve a punto de llorar, aunque en aquel momento sabía perfectamente que todo aquello estaba sacado del Silvio de Pushkin y de la Mascarada de Lermontov. Y de repente me sentí terriblemente avergonzado, tanto que detuve el caballo, bajé del

trineo y me quedé quieto en la nieve, en medio de la calle. El conductor me miró, suspirando y asombrado.

¿Qué iba a hacer? No podía seguir allí, era evidentemente una estupidez, y no podía dejar las cosas como estaban, porque parecería que... Cielos, ¡cómo iba a dejar las cosas! ¡Y después de tales insultos! "¡No!" grité, arrojándome de nuevo al trineo. "¡Está ordenado! ¡Es el destino! Sigue, sigue".

Y en mi impaciencia golpeé al conductor del trineo en la nuca.

"¿Qué pretendes? ¿Por qué me pegas?", gritó el campesino, pero azotó su jamelgo para que empezara a patalear.

La nieve húmeda caía en grandes copos; me desabroché, sin importarme. Me olvidé de todo lo demás, pues por fin me había decidido por la bofetada, y sentí con horror que iba a ocurrir ahora, de inmediato, y que ninguna fuerza podría detenerla. Las desiertas farolas de la calle brillaban hoscamente en la nevada oscuridad como antorchas en un funeral. La nieve se deslizaba bajo mi abrigo, bajo mi abrigo, bajo mi corbata, y se derretía allí. No me abrigué; de todos modos, todo estaba perdido.

Por fin llegamos. Salí de un salto, casi inconsciente, subí corriendo los escalones y comencé a golpear y patear la puerta. Me sentía terriblemente débil, sobre todo en las piernas y las rodillas. La puerta se abrió rápidamente, como si supieran que yo venía. De hecho, Simonov les había advertido que tal vez llegaría otro caballero, y éste era un lugar en el que había que avisar y observar ciertas precauciones. Era uno de esos "establecimientos de sombrerería" que la policía abolió hace tiempo. De día era

realmente una tienda; pero de noche, si uno tenía una presentación, podía visitarla con otros fines.

Atravesé rápidamente la oscura tienda y entré en el familiar salón, donde sólo había una vela encendida, y me quedé inmóvil de asombro: no había nadie. "¿Dónde están?" pregunté a alguien. Pero ahora, por supuesto, se habían separado. Ante mí estaba una persona con una sonrisa estúpida, la propia "madame", que me había visto antes. Un minuto después se abrió una puerta y entró otra persona.

Sin hacer caso de nada, me paseé por la habitación y, creo, hablé solo. Me sentí como si me hubieran salvado de la muerte y fui consciente de ello, alegremente, por todas partes: ¡Tendría que haber dado esa bofetada, ciertamente, ciertamente la habría dado! Pero ahora no estaban aquí y... ¡todo había desaparecido y cambiado! Miré a mi alrededor. Todavía no podía darme cuenta de mi estado. Miré mecánicamente a la muchacha que había entrado: y tuve una visión de un rostro fresco, joven, más bien pálido, con cejas rectas y oscuras, y con ojos graves, como maravillados, que me atrajeron de inmediato; la habría odiado si hubiera estado sonriendo. Empecé a mirarla con más atención y, por así decirlo, con esfuerzo. No había ordenado del todo mis pensamientos. Había algo sencillo y bondadoso en su rostro, pero algo extrañamente grave. Estoy seguro de que esto se interponía en su camino, y que ninguno de aquellos tontos se había fijado en ella. Sin embargo, no se podía decir que fuera una belleza, aunque era alta, de aspecto fuerte y de buena constitución. Iba vestida de forma muy sencilla. Algo repugnante se agitó en mi interior. Me acerqué a ella.

Por casualidad, la miré por el cristal. Mi rostro acosado me pareció extremadamente repugnante, pálido, enfadado, abyecto, con el pelo revuelto. "No importa, me alegro de ello", pensé; "me alegro de parecerle repulsivo; eso me gusta".

17

Parte 2 (A propósito de la nieve húmeda), VI

Empieza: «. . . En algún lugar, detrás de un biombo, un reloj comenzó a resollar, como si estuviera oprimido por algo, como...»

. . . En algún lugar, detrás de un biombo, un reloj comenzó a resollar, como si estuviera oprimido por algo, como si alguien lo estuviera estrangulando. Después de un silbido anormalmente prolongado, siguió un tañido estridente, desagradable y como si fuera inesperadamente rápido, como si alguien saltara de repente hacia delante. El sonido fue el segundo. Me desperté, aunque en realidad no había estado dormido, sino tumbado medio inconsciente.

Estaba casi completamente a oscuras en la estrecha y estrecha habitación, llena de un enorme armario y montones de cajas de cartón y todo tipo de cachivaches y basura. La vela que había estado encendida sobre la mesa se apagaba y daba un débil parpadeo de vez en cuando. En pocos minutos habría una oscuridad total.

No tardé en volver en mí; todo volvió a mi mente de inmediato, sin esfuerzo, como si hubiera estado emboscado para abalanzarse de nuevo sobre mí. Y, en efecto, incluso mientras estaba inconsciente, un punto parecía permanecer continuamente en mi memoria sin

ser olvidado, y en torno a él mis sueños se movían lúgubremente. Pero, por extraño que parezca, todo lo que me había sucedido en aquel día me parecía ahora, al despertar, que estaba en un pasado muy, muy lejano, como si hubiera vivido todo aquello hace mucho, mucho tiempo.

Mi cabeza estaba llena de humos. Algo parecía rondar sobre mí, despertándome, excitándome e inquietándome. La miseria y el rencor parecían surgir de nuevo en mí y buscar una salida. De repente vi a mi lado dos ojos muy abiertos que me escudriñaban con curiosidad y persistencia. La mirada de esos ojos era fríamente distante, hosca, como si fuera totalmente remota; me pesaba.

Una idea sombría llegó a mi cerebro y recorrió todo mi cuerpo, como una sensación horrible, como la que uno siente cuando entra en un sótano húmedo y mohoso. Había algo antinatural en aquellos dos ojos, que empezaban a mirarme sólo ahora. Recordé, además, que durante esas dos horas no había dicho ni una sola palabra a esa criatura, y que, de hecho, lo había considerado totalmente superfluo; de hecho, el silencio me había gratificado por alguna razón. Ahora, de repente, me di cuenta vívidamente de la horrible idea -asquerosa como una arañadel vicio, que, sin amor, comienza burda y descaradamente con aquello en lo que el verdadero amor encuentra su consumación. Durante mucho tiempo nos miramos así, pero ella no bajó los ojos ante los míos y su expresión no cambió, por lo que al final me sentí incómodo.

"¿Cómo te llamas?" pregunté bruscamente, para poner fin a la situación.

"Liza", respondió casi en un susurro, pero de alguna manera lejos de la gracia, y desvió la mirada.

Me quedé en silencio.

"¡Qué tiempo! La nieve... ¡es asquerosa!" dije, casi para mis adentros, pasando el brazo por debajo de la cabeza con desánimo y mirando al techo.

Ella no respondió. Esto era horrible.

"¿Siempre has vivido en Petersburgo?" pregunté un minuto después, casi con rabia, girando ligeramente la cabeza hacia ella.

"No.

"¿De dónde vienes?"

"De Riga", respondió de mala gana.

"¿Eres alemana?"

"No, rusa".

"¿Llevas mucho tiempo aquí?"

"¿Dónde?"

"¿En esta casa?"

"Una quincena".

Hablaba cada vez con más dificultad. La vela se apagó; ya no pude distinguir su rostro.

"¿Tienes padre y madre?"

"Sí... no... Tengo".

"¿Dónde están?"

"Allí... ...en Riga".

"¿Qué son?"

"Oh, nada."

"¿Nada? ¿Por qué, qué clase son?"

"Comerciantes."

"¿Siempre has vivido con ellos?"

"Sí."

"¿Qué edad tienes?"

"Veinte." "¿Por qué los dejaste?"

"Oh, por ninguna razón".

Esa respuesta significaba "Déjenme solo; me siento mal, triste".

Nos quedamos en silencio.

Dios sabe por qué no me fui. Me sentía cada vez más enferma y triste. Las imágenes del día anterior empezaron por sí mismas, al margen de mi voluntad, a revolotear por mi memoria de forma confusa. De pronto recordé algo que había visto esa mañana cuando, lleno de pensamientos ansiosos, me apresuraba a ir a la oficina.

"Ayer les vi sacar un ataúd y casi se les cae", dije de repente en voz alta, no es que quisiera abrir la conversación, sino como por casualidad.

"¿Un ataúd?"

"Sí, en el Haymarket; lo sacaban de un sótano".

"¿De un sótano?"

"No de una bodega, sino de un sótano. Oh, ya sabes... abajo... de una casa de mala fama. Estaba todo sucio... Cáscaras de huevo, basura... un hedor. Era repugnante".

Silencio.

"Un día desagradable para ser enterrado", comencé, simplemente para evitar el silencio.

"¿Desagradable, en qué sentido?"

"La nieve, la humedad". (Bostezo.)

"Da igual", dijo de repente, tras un breve silencio.

"No, es horrible". (Volví a bostezar). "Los sepultureros deben haber jurado empaparse con la nieve. Y debió de haber agua en la tumba".

"¿Por qué agua en la tumba?", preguntó ella, con una especie de curiosidad, pero hablando aún más dura y bruscamente que antes.

De repente empecé a sentirme provocado.

"Porque, debe haber habido agua en el fondo a un pie de profundidad. No se puede cavar una tumba seca en el cementerio de Volkovo".

"¿Por qué?"

"¿Por qué? Porque el lugar está anegado. Es un pantano normal. Así que los entierran en el agua. Yo mismo lo he visto... muchas veces".

(Yo no lo había visto ni una sola vez, de hecho nunca había estado en Volkovo, y sólo había oído historias al respecto).

"¿Quieres decir que no te importa cómo mueres?"

"Pero, ¿por qué habría de morir?", respondió ella, como si se defendiera.

"Porque algún día morirás, y morirás igual que esa mujer muerta. Ella era... una chica como tú. Murió de tisis".

"Una moza habría muerto en el hospital..." (Ella ya lo sabe: ha dicho "moza", no "chica").

"Estaba endeudada con su señora", repliqué, cada vez más provocado por la discusión; "y siguió ganando dinero para ella hasta el final, aunque estaba tísica. Algunos conductores de trineos que estaban allí hablaban de ella a algunos soldados y se lo decían. Sin duda la conocían. Se reían. Iban a reunirse en un bar para brindar por su memoria".

Gran parte de esto fue una invención mía. Siguió el silencio, un profundo silencio. Ella no se movió.

"¿Y es mejor morir en un hospital?"

"¿No es lo mismo? Además, ¿por qué debería morir?", añadió irritada.

"Si no es ahora, un poco más tarde".

"¿Por qué un poco más tarde?"

"¿Por qué, en efecto? Ahora eres joven, bonita, fresca, alcanzas un alto precio. Pero después de otro año de esta vida serás muy diferente; te irás".

"¿Dentro de un año?"

"De todos modos, dentro de un año valdrás menos", continué con malicia. "Pasarás de aquí a algo más bajo, a otra casa; un año

después, a una tercera, cada vez más baja, y en siete años llegarás a un sótano en el Haymarket. Eso será si tienes suerte. Pero sería mucho peor si contrajeras alguna enfermedad, tisis, digamos... y cogieras un resfriado, o algo así. No es fácil superar una enfermedad en tu forma de vida. Si coges algo no te puedes librar de ello. Y así morirías".

"Oh, bueno, entonces me moriré", contestó ella, bastante vengativa, e hizo un rápido movimiento.

"Pero uno lo siente".

"¿Perdón por quién?"

"Lo siento por la vida". Silencio.

"¿Te has comprometido a casarte? ¿Eh?"

"¿Qué es eso para ti?"

"Oh, no te estoy repreguntando. No es nada para mí. ¿Por qué estás tan enfadado? Por supuesto que puedes haber tenido tus propios problemas. ¿Qué es para mí? Es simplemente que lo siento".

"¿Lo sientes por quién?"

"Lo siento por ti".

"No hace falta", susurró apenas audible, y volvió a hacer un débil movimiento.

Eso me indignó de inmediato. ¿Qué? Yo era tan gentil con ella, y ella...

"¿Por qué, crees que estás en el camino correcto?"

"No creo nada".

"Eso es lo malo, que no piensas. Date cuenta mientras aún hay tiempo. Todavía hay tiempo. Todavía eres joven, guapa; podrías amar, casarte, ser feliz..."

"No todas las mujeres casadas son felices", le espetó en el tono brusco y grosero que había utilizado al principio.

"No todas, por supuesto, pero de todos modos es mucho mejor que la vida aquí. Infinitamente mejor. Además, con amor se puede vivir incluso sin felicidad. Incluso en el dolor la vida es dulce; la vida es dulce, se viva como se viva. Pero aquí, ¿qué hay más que...? Uf!"

Me aparté con disgusto; ya no razonaba fríamente. Empecé a sentir yo mismo lo que estaba diciendo y me calenté con el tema. Ya tenía ganas de exponer las ideas acariciadas que había rumiado en mi rincón. De repente, algo se encendió en mí. Un objeto había aparecido ante mí.

"No importa que esté aquí, no soy un ejemplo para ti. Soy, tal vez, peor que tú. Pero estaba borracho cuando llegué aquí", me apresuré a decir en defensa propia. "Además, un hombre no es un ejemplo para una mujer. Es una cosa diferente. Puedo degradarme y mancillarme, pero no soy esclava de nadie. Voy y vengo, y se acabó. Me sacudo y soy un hombre diferente. Pero tú eres un esclavo desde el principio. Sí, un esclavo. Renuncias a todo, a toda tu libertad. Si después quieres romper tus cadenas, no podrás; estarás cada vez más aprisionado en las trampas. Es una esclavitud maldita. Lo sé. No hablaré de nada más, tal vez no lo entiendas, pero dime: ¿sin duda estás en deuda con tu señora? Ya ves -añadí, aunque ella no respondió, sino que se limitó a escuchar en silencio, completamente absorta-, ¡eso es una esclavitud para ti! Nunca comprarás tu libertad. Ellos se encargarán de ello. Es como vender

tu alma al diablo... Y además... tal vez, yo también soy igual de desafortunado -¿cómo lo sabes? - y me revuelco en el barro a propósito, por miseria. Ya sabes, los hombres toman para beber de la pena; bueno, tal vez estoy aquí de la pena. Vamos, dime, ¿qué hay de bueno aquí? Aquí tú y yo... nos hemos juntado hace un momento y no nos hemos dicho ni una palabra en todo el tiempo, y sólo después has empezado a mirarme como una criatura salvaje, y yo a ti. ¿Es eso amoroso? ¿Es así como un ser humano debe conocer a otro? Es horrible, eso es lo que es".

"¡Sí!", asintió ella brusca y apresuradamente.

Me quedé positivamente asombrado por la prontitud de este "Sí". Así que el mismo pensamiento puede haber pasado por su mente cuando me estaba mirando justo antes. ¿Así que ella también era capaz de tener ciertos pensamientos? "¡Maldita sea, esto era interesante, esto era un punto de semejanza!" pensé, casi frotándome las manos. Y es que, efectivamente, ¡es fácil convertir un alma joven en algo así!

Fue el ejercicio de mi poder lo que más me atrajo.

Volvió la cabeza más cerca de mí, y me pareció en la oscuridad que se apoyaba en su brazo. Tal vez me estaba escudriñando. Cómo lamenté no poder ver sus ojos. Oí su profunda respiración.

"¿Por qué has venido aquí?" le pregunté, con una nota de autoridad ya en mi voz.

"Oh, no lo sé".

"¡Pero qué bonito sería vivir en la casa de tu padre! Es cálida y libre; tienes un hogar propio".

"Pero, ¿y si es peor que esto?"

"Debo adoptar el tono adecuado", pasó por mi mente. "Puede que no llegue lejos con el sentimentalismo". Pero fue sólo un pensamiento momentáneo. Juro que ella realmente me interesaba. Además, estaba agotado y de mal humor. Y la astucia va tan fácilmente de la mano del sentimiento.

"¡Quien lo niega!" Me apresuré a responder. "Puede ocurrir cualquier cosa. Estoy convencida de que alguien te ha perjudicado, y de que estás más pecador que pecadora. Por supuesto, no sé nada de tu historia, pero no es probable que una chica como tú haya venido aquí por su propia inclinación..."

"¿Una chica como yo?", susurró ella, apenas audible; pero yo la oí.

Maldita sea, la estaba halagando. Eso era horrible. Pero quizás era algo bueno... Se quedó callada.

"Mira, Liza, te hablaré de mí. Si hubiera tenido un hogar desde la infancia, no sería lo que soy ahora. A menudo pienso eso. Por muy malo que sea en casa, de todas formas son tu padre y tu madre, y no enemigos, extraños. Una vez al año, al menos, te demostrarán su amor. De todos modos, sabes que estás en casa. Yo crecí sin hogar; y tal vez por eso me he vuelto tan... insensible".

Esperé de nuevo. "Quizá no lo entienda", pensé, "y, de hecho, es absurdo: es una moralina".

"Si yo fuera padre y tuviera una hija, creo que querría a mi hija más que a mis hijos, de verdad", empecé indirectamente, como si hablara de otra cosa, para distraer su atención. Debo confesar que me sonrojé.

"¿Por qué?", preguntó ella.

Ah, así que estaba escuchando.

"No lo sé, Liza. Conocí a un padre que era un hombre severo y austero, pero que se arrodillaba ante su hija, le besaba las manos, los pies. Cuando ella bailaba en las fiestas, se quedaba cinco horas seguidas mirándola. Estaba loco por ella: ¡Lo entiendo! Ella se dormía cansada por la noche, y él se despertaba para besarla mientras dormía y hacer la señal de la cruz sobre ella. Iba con un abrigo viejo y sucio, era tacaño con todos los demás, pero se gastaba hasta el último céntimo por ella, haciéndole regalos caros, y era su mayor alegría cuando ella se alegraba de lo que le daba. Los padres siempre quieren a sus hijas más que las madres. Algunas chicas viven felices en casa. Y creo que nunca debería dejar que mis hijas se casaran".

"¿Y ahora qué?", dijo ella, con una leve sonrisa.

"Debería estar celosa, realmente debería. Pensar que debería besar a cualquier otro. Que ame a un extraño más que a su padre. Es doloroso imaginarlo. Por supuesto, todo eso es una tontería, por supuesto que todo padre sería razonable al fin. Pero creo que antes de dejarla casarse, debería preocuparme hasta la muerte; debería encontrar faltas en todos sus pretendientes. Pero debería terminar dejándola casarse con quien ella misma amara. El que la hija ama siempre le parece lo peor al padre, sabes. Siempre es así. Tantos problemas familiares vienen de eso".

"Algunos se alegran de vender a sus hijas, antes que casarlas honorablemente".

¡Ah, así que era eso!

"Una cosa así, Liza, ocurre en esas familias malditas en las que no hay amor ni Dios", repliqué calurosamente, "y donde no hay amor, tampoco hay sentido común. Hay familias así, es cierto, pero no hablo de ellas. Debes haber visto la maldad en tu propia familia, si hablas así. En verdad, debes haber tenido mala suerte. ¡Madre mía! ...ese tipo de cosas se producen sobre todo por la pobreza".

"¿Y es mejor con la alta burguesía? ¿Incluso entre la gente pobre y honesta que vive felizmente?"

"H'm. . . sí. Tal vez. Otra cosa, Liza, el hombre es aficionado a contar sus problemas, pero no cuenta sus alegrías. Si las contara como debiera, vería que cada parcela tiene suficiente felicidad provista. Y si todo va bien en la familia, si la bendición de Dios está sobre ella, si el marido es bueno, te ama, te cuida y nunca te abandona. Hay felicidad en una familia así. Incluso a veces hay felicidad en medio del dolor; y, en efecto, el dolor está en todas partes. Si te casas lo descubrirás por ti misma. Pero piensa en los primeros años de la vida matrimonial con la persona que amas: ¡qué felicidad, qué felicidad hay a veces en ella! Y, en efecto, es lo normal. En esos primeros tiempos incluso las peleas con el marido terminan felizmente. Algunas mujeres se pelean con sus maridos sólo porque los quieren. De hecho, conocí a una mujer así: parecía decir que, porque lo amaba, lo atormentaba y se lo hacía sentir. Sabes que puedes atormentar a un hombre a propósito por amor. Las mujeres son particularmente dadas a eso, pensando para sí mismas 'lo amaré tanto, lo haré tanto después, que no es pecado atormentarlo un poco ahora'. Y todos en la casa se regocijan a su vista, y son felices y alegres y pacíficos y honorables... . Entonces hay algunas mujeres que son celosas. Si él se va a alguna parte -conocí a una mujer así, que no podía contenerse, sino que se levantaba por la

noche y corría a escondidas para averiguar dónde estaba, si estaba con alguna otra mujer. Es una pena. Y la mujer sabe por sí misma que está mal, y su corazón le falla y sufre, pero ama; todo es por amor. Y qué dulce es hacer las paces después de las peleas, reconocer que se equivocó o perdonarlo. Y los dos son tan felices a la vez, como si se hubieran encontrado de nuevo, como si se hubieran casado de nuevo, como si su amor hubiera comenzado de nuevo. Y nadie, nadie debe saber lo que pasa entre marido y mujer si se aman. Y por muchas peleas que haya entre ellos, no deben llamar a su propia madre para que los juzgue y cuente historias del otro. Ellos son sus propios jueces. El amor es un misterio sagrado y debe ocultarse a todos los demás ojos, pase lo que pase. Eso lo hace más santo y mejor. Se respetan más unos a otros, y mucho se construye sobre el respeto. Y si una vez ha habido amor, si se han casado por amor, ¿por qué habría de desaparecer el amor? Seguro que se puede mantener. Es raro que no se pueda mantener. Y si el marido es amable y recto, ¿por qué no va a durar el amor? La primera fase del amor conyugal pasará, es cierto, pero luego vendrá un amor aún mejor. Entonces se producirá la unión de las almas, tendrán todo en común, no habrá secretos entre ellos. Y una vez que tengan hijos, los momentos más difíciles les parecerán felices, siempre que haya amor y valor. Incluso el trabajo será una alegría, puedes negarte el pan por tus hijos y hasta eso será una alegría, ellos te amarán por ello después; así que estás preparando tu futuro. A medida que los niños crecen sientes que eres un ejemplo, un apoyo para ellos; que incluso después de que mueras tus hijos siempre conservarán tus pensamientos y sentimientos, porque los han recibido de ti, tomarán tu semblanza y semejanza. Ya ves que es un gran deber. ¿Cómo no va a acercar al padre y a la madre? La gente dice que es una prueba tener hijos. ¿Quién dice

eso? Es una felicidad celestial. ¿Te gustan los niños pequeños, Liza? Me gustan mucho. Ya sabes, un pequeño bebé sonrosado en tu pecho, y ¡qué corazón de marido no se conmueve al ver a su mujer amamantando a su hijo! Un pequeño bebé sonrosado y regordete, que se arrastra y se acurruca, con manitas y pies regordetes, uñas limpias y pequeñas, tan pequeñas que da risa mirarlas; ojos que parecen entenderlo todo. Y mientras mama se agarra a tu pecho con su manita, juega. Cuando su padre se acerca, el niño se separa del pecho, se echa hacia atrás, mira a su padre, se ríe, como si fuera terriblemente divertido, y vuelve a chupar. O morderá el pecho de su madre cuando le salgan los dientecitos, mientras la mira de reojo con sus ojitos como diciendo: "¡Mira, estoy mordiendo!". ¿No es todo eso felicidad cuando están los tres juntos, marido, mujer e hijo? Uno puede perdonar mucho por esos momentos. Sí, Liza, ¡uno debe aprender primero a vivir uno mismo antes de culpar a los demás!"

"Es por medio de imágenes, imágenes como ésa que uno debe llegar a ti", pensé para mí, aunque hablé con verdadero sentimiento, y de inmediato me sonrojé de color carmesí. "¿Y si de repente se echara a reír, qué debería hacer entonces?". Esa idea me llevó a la furia. Hacia el final de mi discurso estaba realmente excitado, y ahora mi vanidad estaba de alguna manera herida. El silencio continuó. Casi la empujé.

"¿Por qué estás...?", comenzó y se detuvo. Pero comprendí: había un temblor de algo diferente en su voz, no abrupto, duro e inflexible como antes, sino algo suave y vergonzoso, tan vergonzoso que de repente me sentí avergonzado y culpable.

"¿Qué?" pregunté, con tierna curiosidad.

"Pues, tú . . ."

"¿Qué?"

"Por qué, tú... ... hablas como un libro", dijo, y de nuevo hubo una nota de ironía en su voz.

Ese comentario me hizo sentir una punzada en el corazón. No era lo que yo esperaba.

No comprendí que ella ocultaba sus sentimientos bajo la ironía, que éste suele ser el último refugio de las personas modestas y de alma casta cuando la intimidad de su alma es invadida de forma grosera e intrusiva, y que su orgullo les hace negarse a rendirse hasta el último momento y rehusar dar expresión a sus sentimientos ante usted. Debí haber adivinado la verdad por la timidez con la que se había acercado repetidamente a su sarcasmo, llevándose al fin a pronunciarlo con un esfuerzo. Pero no lo adiviné, y un sentimiento maligno se apoderó de mí.

"¡Espera un poco!" pensé.

18

Parte 2 (A propósito de la nieve húmeda), VII

Empieza: «"¡Oh, silencio, Liza! ¿Cómo puedes hablar de ser como un libro, cuando hace que incluso yo, un extraño, me sienta mal? Aunque...»

"¡Oh, silencio, Liza! ¿Cómo puedes hablar de ser como un libro, cuando hace que incluso yo, un extraño, me sienta mal? Aunque no lo miro como un extraño, porque, en efecto, me llega al corazón... . ¿Es posible, es posible que usted mismo no se sienta enfermo por estar aquí? Evidentemente, la costumbre hace maravillas. Dios sabe lo que la costumbre puede hacer con cualquiera. ¿Puedes pensar seriamente que nunca envejecerás, que siempre serás guapo, y que te mantendrán aquí por los siglos de los siglos? No digo nada de lo repugnante de la vida aquí . . . . Pero permíteme que te diga esto: sobre tu vida actual, quiero decir; aunque ahora eres joven, atractiva, simpática, con alma y sentimiento, ¡sabes que tan pronto como he vuelto en mí me he sentido inmediatamente enferma de estar aquí contigo! Uno sólo puede venir aquí cuando está borracho. Pero si estuvieras en cualquier otro lugar, viviendo como vive la gente buena, tal vez me sentiría más que atraído por ti, me enamoraría de ti, me alegraría de una mirada tuya, por no hablar de una palabra; me colgaría de tu puerta, me arrodillaría ante ti, te consideraría mi prometida y pensaría que es un honor

que me lo permitas. No me atrevería a tener un pensamiento impuro sobre ti. Pero aquí, como ves, sé que sólo tengo que silbar y tú tienes que venir conmigo, te guste o no. Yo no consulto tus deseos, sino tú los míos. El jornalero más bajo se contrata a sí mismo como obrero, pero no se convierte en esclavo del todo; además, sabe que volverá a ser libre dentro de poco. Pero, ¿cuándo serás tú libre? Piensa sólo en lo que estás dejando aquí. ¿Qué es lo que estás esclavizando? Es tu alma, junto con tu cuerpo; ¡vendes tu alma de la que no tienes derecho a disponer! ¡Entregas tu amor para que lo ultraje cualquier borracho! ¡El amor! Pero eso lo es todo, lo sabes, es un diamante sin precio, es el tesoro de una doncella, el amor; por qué, un hombre estaría dispuesto a dar su alma, a enfrentar la muerte para ganar ese amor. ¿Pero cuánto vale tu amor ahora? Estás vendida, toda tú, en cuerpo y alma, y no hay necesidad de luchar por el amor cuando puedes tenerlo todo sin amor. Y sabes que no hay mayor insulto para una chica que ese, ¿entiendes? Por cierto, he oído que os consuelan, pobres tontos, que os dejan tener amantes propios aquí. Pero tú sabes que eso es simplemente una farsa, que es simplemente una farsa, que se está riendo de ti, ¡y que te has dejado engañar! ¿Por qué, crees que realmente te ama, ese amante tuyo? No lo creo. ¿Cómo puede amarte cuando sabe que puedes ser llamada en cualquier momento? ¡Sería un tipo bajo si lo hiciera! ¿Tendrá una pizca de respeto por ti? ¿Qué tienes en común con él? Se ríe de ti y te roba; eso es todo lo que significa su amor. Tienes suerte si no te pega. Es muy probable que también te pegue. Pregúntale, si tienes uno, si se casará contigo. Se reirá en tu cara, si no te escupe en ella o te da un golpe; aunque tal vez él mismo no valga ni medio penique. ¿Y por qué has arruinado tu vida, si lo piensas? ¿Por el café que te dan a beber y las abundantes comidas? ¿Pero con qué objeto te

alimentan? Una chica honesta no podría tragarse la comida, pues sabría para qué la alimentan. Estás endeudada aquí, y, por supuesto, siempre lo estarás, y seguirás endeudada hasta el final, hasta que los visitantes de aquí empiecen a despreciarte. Y eso ocurrirá pronto, no confíes en tu juventud; todo eso vuela en tren expreso aquí, ya lo sabes. Te echarán. Y no sólo te echarán; mucho antes empezará a regañarte, a increparte, a maltratarte, como si no hubieras sacrificado tu salud por ella, como si no hubieras tirado tu juventud y tu alma en su beneficio, sino como si la hubieras arruinado, mendigado, robado. Y no esperes que nadie se ponga de tu parte: los demás, tus compañeros, te atacarán también a ti, para ganarte su favor, pues todos están aquí esclavizados y han perdido hace tiempo toda conciencia y piedad. Se han vuelto completamente viles, y nada en la tierra es más vil, más repugnante y más insultante que sus abusos. Y tú lo estás dejando todo aquí, incondicionalmente, la juventud y la salud y la belleza y la esperanza, y a los veintidós años parecerás una mujer de cinco y treinta, y tendrás suerte si no estás enferma, ¡reza a Dios por ello! Sin duda, ahora estarás pensando que tienes un tiempo alegre y ningún trabajo que hacer. Sin embargo, no hay trabajo más duro o más terrible en el mundo, ni lo ha habido nunca. Uno pensaría que sólo el corazón se desgastaría con las lágrimas. Y no te atreverás a decir una palabra, ni media, cuando te echen de aquí; te irás como si tuvieras la culpa. Te cambiarás a otra casa, luego a una tercera, luego a otro lugar, hasta que bajes por fin al Haymarket. Allí te golpearán a cada paso; eso son los buenos modales allí, los visitantes no saben ser amables sin golpearte. ¿No crees que es tan odioso allí? Ve y mira por ti mismo alguna vez, puedes verlo con tus propios ojos. Una vez, un día de Año Nuevo, vi a una mujer en una puerta. La habían echado como una broma, para que probara la

escarcha porque había estado llorando mucho, y cerraron la puerta tras ella. A las nueve de la mañana ya estaba bastante borracha, desaliñada, semidesnuda, cubierta de moratones, con la cara empolvada, pero con un ojo morado, la sangre le chorreaba por la nariz y los dientes; algún taxista acababa de darle una paliza. Estaba sentada en los escalones de piedra, con una especie de pez salado en la mano; lloraba, se lamentaba de su suerte y se golpeaba con el pez en los escalones, y los taxistas y los soldados borrachos se agolpaban en la puerta burlándose de ella. ¿No crees que alguna vez serás así? A mí también me daría pena creerlo, pero cómo saberlo; tal vez hace diez años, ocho años, esa misma mujer con el pescado salado llegó aquí fresca como un querubín, inocente, pura, sin conocer el mal, sonrojándose a cada palabra. Tal vez era como tú, orgullosa, dispuesta a ofenderse, no como las demás; tal vez parecía una reina, y sabía la felicidad que le esperaba al hombre que debía amarla y al que ella debía amar. ¿Ves cómo terminó? Y si en ese mismo instante en que se golpeaba en los sucios escalones con ese pez, borracha y desaliñada; y si en ese mismo instante recordaba los puros primeros días en la casa de su padre, cuando iba a la escuela y el hijo del vecino la vigilaba en el camino, declarando que la amaría mientras viviera, que le dedicaría su vida, y cuando juraron amarse para siempre y casarse tan pronto como fueran mayores. No, Liza, sería feliz para ti si murieras pronto de tisis en algún rincón, en algún sótano como esa mujer de ahora. ¿En el hospital, dices? Tendrás suerte si te llevan, pero ¿y si todavía le sirves a la señora de aquí? El consumo es una enfermedad extraña, no es como la fiebre. El paciente sigue esperando hasta el último momento y dice que está bien. Se engaña a sí mismo y eso le conviene a su señora. No lo dudes, así es; has vendido tu alma, y además debes dinero, así que no te atreves a decir nada. Pero

cuando te estés muriendo, todos te abandonarán, todos se apartarán de ti, porque entonces no habrá nada que obtener de ti. Es más, te reprocharán que te hayas acumulado en el lugar, que hayas tardado tanto en morir. Por mucho que ruegues no conseguirás un trago de agua sin que te maltraten: 'Cuando te vas, asquerosa, no nos dejas dormir con tus gemidos, haces enfermar a los caballeros'. Es cierto, yo mismo he oído decir esas cosas. Te empujarán a morir en el rincón más sucio del sótano, en la humedad y la oscuridad. Cuando mueras, manos extrañas te depositarán, con gruñidos e impaciencia; nadie te bendecirá, nadie suspirará por ti, sólo quieren deshacerse de ti cuanto antes; comprarán un ataúd, te llevarán a la tumba como hicieron hoy con esa pobre mujer, y celebrarán tu memoria en la taberna. En la tumba, el aguanieve, la suciedad, la nieve húmeda, no hay necesidad de ponerse por ti: "Bájala, Vanuha; es como su suerte; incluso aquí, está de cabeza, la muy pícara. Acorta la cuerda, bribón'. 'Está bien como está'. "Está bien, ¿verdad? ¡Por qué, ella está de su lado! Después de todo, era una criatura más. Pero, no importa, tiren la tierra sobre ella'. Y no les importará perder mucho tiempo discutiendo por ti. Esparcirán el húmedo barro azul tan rápido como puedan y se irán a la taberna... y allí terminará tu recuerdo en la tierra; otras mujeres tienen hijos que ir a la tumba, padres, maridos. Mientras que para ti ni una lágrima, ni un suspiro, ni un recuerdo; nadie en todo el mundo se acercará a ti, tu nombre se desvanecerá de la faz de la tierra, como si nunca hubieras existido, como si nunca hubieras nacido. Nada más que suciedad y barro, por más que golpees la tapa de tu ataúd por la noche, cuando los muertos se levanten, por más que grites: "¡Dejadme salir, amables personas, para vivir a la luz del día! Mi vida no era vida en absoluto; mi vida ha sido desechada como un plato; se bebió en la

taberna del Haymarket; dejadme salir, gente amable, para vivir de nuevo en el mundo".

Y me puse tan nervioso que yo mismo empecé a tener un nudo en la garganta, y... y de repente me detuve, me senté consternado e, inclinándome aprensivamente, empecé a escuchar con el corazón palpitante. Tenía razones para estar preocupado.

Hacía tiempo que sentía que estaba revolviendo su alma y desgarrando su corazón, y cuanto más me convencía de ello, más ansiosamente deseaba conseguir mi objetivo con la mayor rapidez y eficacia posibles. Era el ejercicio de mi destreza lo que me llevaba; sin embargo, no era un mero deporte...

Sabía que hablaba de forma rígida, artificial, incluso libresca, de hecho, no podía hablar sino "como un libro". Pero eso no me preocupaba: Sabía, sentía que debía ser entendido y que este mismo carácter de libro podría ser una ayuda. Pero ahora, una vez conseguido mi efecto, me entró el pánico de repente. Nunca antes había presenciado tal desesperación. Estaba tumbada boca abajo, hundiendo la cara en la almohada y agarrándola con ambas manos. Su corazón se desgarraba. Su joven cuerpo se estremecía como si tuviera convulsiones. Los sollozos reprimidos le desgarraban el pecho y de repente estallaban en llanto y lamentos, luego se apretaba más contra la almohada: no quería que nadie de los presentes, ni un alma viva, supiera de su angustia y sus lágrimas. Mordía la almohada, se mordía la mano hasta hacerla sangrar (lo vi después), o, metiendo los dedos en su pelo revuelto, parecía rígida por el esfuerzo de contención, conteniendo la respiración y apretando los dientes. Empecé a decir algo, rogándole que se calmara, pero sentí que no me atrevía; y de pronto, con una especie

de escalofrío, casi con terror, empecé a tantear en la oscuridad, tratando de vestirme apresuradamente para irme. Estaba oscuro; aunque me esforcé al máximo no pude terminar de vestirme rápidamente. De repente sentí una caja de cerillas y un candelabro con una vela entera. En cuanto se iluminó la habitación, Liza se levantó de un salto, se sentó en la cama y con la cara contorsionada, con una sonrisa medio loca, me miró casi sin sentido. Me senté a su lado y le tomé las manos; ella volvió en sí, hizo un movimiento impulsivo hacia mí, se habría agarrado a mí, pero no se atrevió, e inclinó lentamente la cabeza ante mí.

"Liza, querida, me equivoqué... perdóname, querida", empecé, pero ella me apretó la mano entre sus dedos con tanta fuerza que sentí que estaba diciendo algo equivocado y me detuve.

"Esta es mi dirección, Liza, ven a verme".

"Vendré", respondió ella con decisión, con la cabeza todavía inclinada.

"Pero ahora me voy, adiós . . hasta que nos volvamos a ver".

Me levanté; ella también se puso de pie y, de repente, se sonrojó, dio un escalofrío, cogió un chal que estaba sobre una silla y se tapó con él hasta la barbilla. Al hacerlo, esbozó otra sonrisa enfermiza, se sonrojó y me miró con extrañeza. Me sentí desgraciada; me apresuré a alejarme, a desaparecer.

"Espera un momento", dijo de repente, en el pasillo, justo en la puerta, deteniéndome con su mano en mi abrigo. Dejó la vela a toda prisa y salió corriendo; evidentemente había pensado en algo o quería mostrarme algo. Mientras se alejaba, se sonrojó, sus ojos brillaron y una sonrisa se dibujó en sus labios. En contra de mi

voluntad, esperé: volvió un minuto después con una expresión que parecía pedir perdón por algo. En realidad, no era el mismo rostro, ni la misma mirada de la noche anterior: hosca, desconfiada y obstinada. Sus ojos ahora eran implorantes, suaves, y al mismo tiempo confiados, acariciadores, tímidos. La expresión con la que los niños miran a las personas a las que quieren mucho, a las que piden un favor. Sus ojos eran de un color avellana claro, eran ojos encantadores, llenos de vida, y capaces de expresar tanto el amor como el odio hosco.

Sin dar ninguna explicación, como si yo, como una especie de ser superior, debiera entenderlo todo sin explicaciones, me tendió un papel. Todo su rostro brillaba en ese momento con un triunfo ingenuo, casi infantil. Lo desdoblé. Era una carta para ella de un estudiante de medicina o de alguien de ese tipo, una carta de amor muy altisonante y florida, pero extremadamente respetuosa. Ahora no recuerdo las palabras, pero recuerdo bien que a través de las frases altisonantes se percibía un sentimiento genuino, que no puede ser fingido. Cuando terminé de leerla, me encontré con sus ojos brillantes, interrogantes e infantilmente impacientes, fijos en mí. Ella clavó sus ojos en mi rostro y esperó con impaciencia lo que yo debía decir. En pocas palabras, apresuradamente, pero con una especie de alegría y orgullo, me explicó que había estado en un baile en una casa particular, una familia de "gente muy agradable, que no sabía nada, absolutamente nada, porque ella había llegado aquí hacía muy poco tiempo y todo había sucedido... y no se había decidido a quedarse y ciertamente se iba a ir tan pronto como hubiera pagado su deuda. ." y en aquella fiesta había estado el estudiante que había bailado con ella toda la noche. Había hablado con ella, y resultó que la había conocido en los viejos tiempos en

Riga, cuando era niño, habían jugado juntos, pero hacía mucho tiempo, y conocía a sus padres, pero de esto no sabía nada, nada en absoluto, y no tenía ninguna sospecha. Y al día siguiente del baile (hace tres días) le había enviado esa carta a través del amigo con el que había ido a la fiesta... y... bueno, eso fue todo".

Dejó caer sus brillantes ojos con una especie de timidez al terminar.

La pobre chica guardaba la carta de aquel estudiante como un precioso tesoro, y había corrido a buscarla, su único tesoro, porque no quería que me fuera sin saber que también ella era sincera y genuinamente amada; que también a ella se dirigían con respeto. Sin duda, esa carta estaba destinada a reposar en su caja y a no conducir a nada. Pero, no obstante, estoy seguro de que la conservaría toda su vida como un precioso tesoro, como su orgullo y justificación, y ahora, en ese momento, había pensado en esa carta y la traía con ingenuo orgullo para alzarse ante mis ojos y que yo la viera, para que yo también pensara bien de ella. No dije nada, apreté su mano y salí. Tenía tantas ganas de irme... Caminé todo el camino a casa, a pesar de que la nieve derretida seguía cayendo en pesados copos. Estaba agotada, destrozada, desconcertada. Pero detrás del desconcierto ya brillaba la verdad. La repugnante verdad.

19

Parte 2 (A propósito de la nieve húmeda), VIII

Empieza: «Sin embargo, pasó algún tiempo antes de que consintiera en reconocer esa verdad. Al despertarme por la mañana, después de algunas horas...»

Sin embargo, pasó algún tiempo antes de que consintiera en reconocer esa verdad. Al despertarme por la mañana, después de algunas horas de sueño pesado y plomizo, y al darme cuenta inmediatamente de todo lo que había sucedido el día anterior, me quedé positivamente sorprendido por mi sentimentalismo de la noche anterior con Liza, por todos aquellos "gritos de horror y piedad". "Pensar en tener semejante ataque de histeria femenina, ¡pah!". Concluí. ¿Y para qué le he dado mi dirección? ¿Y si viene? Que venga, sin embargo; no importa... Pero, evidentemente, ese no era ahora el asunto principal y más importante: Tenía que apresurarme y salvar a toda costa mi reputación a los ojos de Zverkov y Simonov lo antes posible; ese era el asunto principal. Aquella mañana estaba tan ocupado que me olvidé por completo de Liza.

En primer lugar, tenía que devolver de inmediato lo que me había prestado Simonov el día anterior. Resolví una medida desesperada: pedirle prestados quince rublos directamente a Anton Antonitch. La suerte quiso que aquella mañana se encontrara de muy buen

humor y me los diera de inmediato, al primer pedido. Me alegré tanto de ello que, mientras firmaba el pagaré con aire fanfarrón, le conté despreocupadamente que la noche anterior "había estado manteniendo con algunos amigos en el Hotel de París; estábamos dando una fiesta de despedida a un camarada, de hecho, podría decir que un amigo de mi infancia, y ya sabes, un desesperado rastrillo, terriblemente estropeado, por supuesto, pertenece a una buena familia, y tiene considerables medios, una brillante carrera; es ingenioso, encantador, un Lovelace regular, entiendes; bebimos una 'media docena' extra y . . ."

Y todo salió bien; todo esto fue pronunciado con mucha facilidad, sin esfuerzo y con complacencia.

Al llegar a casa, escribí rápidamente a Simonov.

Hasta el día de hoy me siento admirado cuando recuerdo el tono verdaderamente caballeroso, de buen humor y cándido de mi carta. Con tacto y buena educación y, sobre todo, sin palabras superfluas, me culpaba de todo lo ocurrido. Me defendí, "si es que se me permite defenderme", alegando que, al no estar acostumbrado al vino, me había embriagado con la primera copa, que, según dije, había bebido antes de que ellos llegaran, mientras los esperaba en el Hotel de París entre las cinco y las seis. Pedí perdón especialmente a Simonov; le pedí que transmitiera mis explicaciones a todos los demás, especialmente a Zverkov, a quien "me parecía recordar como en un sueño" que había insultado. Añadí que habría llamado a todos ellos yo mismo, pero me dolía la cabeza, y además no tenía cara para hacerlo. Me agradó especialmente una cierta ligereza, casi una despreocupación (dentro de los límites de la cortesía, sin embargo), que era evidente

en mi estilo, y que mejor que cualquier argumento posible, les dio a entender de inmediato que yo tenía una visión bastante independiente de "todo ese malestar de anoche"; que no estaba de ninguna manera tan completamente aplastado como ustedes, amigos míos, probablemente imaginan; sino que, por el contrario, lo miraba como un caballero que se respeta a sí mismo con serenidad. "¡El pasado de un joven héroe no se censura!"

"¡Hay realmente un juego aristocrático en ello!" Pensé con admiración, mientras leía la carta. "¡Y todo porque soy un hombre intelectual y culto! Otro hombre en mi lugar no habría sabido salir adelante, pero aquí he salido de ella y estoy tan alegre como siempre, y todo porque soy "un hombre culto y educado de nuestros días". Y, en efecto, quizá todo se deba al vino de ayer. ¡Hombre!" . . . No, no fue el vino. No bebí nada en absoluto entre las cinco y las seis, cuando los esperaba. Había mentido a Simonov; había mentido descaradamente; y de hecho no me avergonzaba ahora... Sin embargo, lo más importante era que me había librado de ella.

Puse seis rublos en la carta, la sellé y le pedí a Apollon que se la llevara a Simonov. Cuando se enteró de que había dinero en la carta, Apollon se mostró más respetuoso y aceptó llevarla. Hacia la noche salí a dar un paseo. Todavía me dolía la cabeza y estaba mareado después de lo de ayer. Pero a medida que se acercaba la noche y el crepúsculo se hacía más denso, mis impresiones y, tras ellas, mis pensamientos, se hacían cada vez más diferentes y confusos. Algo no estaba muerto dentro de mí, en el fondo de mi corazón y de mi conciencia no moría, y se manifestaba en una aguda depresión. La mayor parte del tiempo me paseaba por las calles comerciales más concurridas, por la calle Myeshtchansky,

por la calle Sadovy y por el jardín Yusupov. Siempre me gustó especialmente pasear por estas calles al anochecer, justo cuando había multitudes de trabajadores de todo tipo que volvían a casa después de su trabajo diario, con rostros cruzados por la ansiedad. Lo que me gustaba era ese bullicio barato, esa prosa desnuda. En esta ocasión el trajín de las calles me irritaba más que nunca, no podía descifrar lo que me pasaba, no podía encontrar la clave, algo parecía surgir continuamente en mi alma, dolorosamente, y se negaba a ser apaciguado. Volví a casa completamente alterado, era como si algún crimen pesara sobre mi conciencia.

La idea de que Liza iba a venir me preocupaba continuamente. Me parecía extraño que, de todos los recuerdos de ayer, éste me atormentara, por así decirlo, especialmente, por así decirlo, de forma separada. Todo lo demás había conseguido olvidarlo por la noche; lo deseché todo y seguí perfectamente satisfecho con mi carta a Simonov. Pero en este punto no estaba satisfecho en absoluto. Era como si sólo me preocupara Liza. "¿Y si viene?", pensaba incesantemente, "bueno, no importa, ¡que venga! Es horrible que vea, por ejemplo, cómo vivo. Ayer le parecía un héroe, mientras que ahora... Es horrible, sin embargo, que me haya dejado ir así, la habitación parece la de un mendigo. ¡Y me he traído para salir a cenar con semejante traje! Y mi sofá de cuero americano con el relleno asomando. Y mi bata, que no me cubre, semejantes jirones, y ella verá todo esto y verá a Apollon. Esa bestia seguramente la insultará. Se abalanzará sobre ella para ser grosero conmigo. Y yo, por supuesto, entraré en pánico como siempre, comenzaré a inclinarme y a rasparme ante ella y a rodearme de mi bata, comenzaré a sonreír, a decir mentiras. ¡Oh, la bestialidad! ¡Y no es la bestialidad lo que más importa! Hay algo más importante,

más repugnante, más vil. ¡Sí, más vil! ¡Y volver a ponerse esa máscara mentirosa y deshonesta! . . ."

Cuando llegué a ese pensamiento me encendí de golpe.

"¿Por qué deshonesta? ¿Cómo de deshonesto? Anoche hablaba con sinceridad. Recuerdo que también había un sentimiento real en mí. Lo que quería era excitar un sentimiento honorable en ella. . . Su llanto fue algo bueno, tendrá un buen efecto".

Sin embargo, no podía sentirme tranquilo. Toda aquella noche, incluso cuando había vuelto a casa, incluso después de las nueve, cuando calculé que Liza no podría venir, todavía me perseguía, y lo que era peor, volvía a mi mente siempre en la misma posición. De todo lo que había sucedido la noche anterior, un momento se presentaba vívidamente ante mi imaginación: el momento en que encendí un fósforo y vi su rostro pálido y distorsionado, con su mirada de tortura. ¡Y qué sonrisa tan lamentable, tan antinatural, tan distorsionada tenía en ese momento! Pero no sabía entonces que, quince años después, seguiría viendo en mi imaginación a Liza, siempre con la sonrisa lamentable, distorsionada e inapropiada que tenía en ese momento.

Al día siguiente estaba dispuesto a considerar todo aquello como una tontería, debida a unos nervios demasiado excitados y, sobre todo, como algo exagerado. Siempre fui consciente de ese punto débil mío, y a veces lo temía mucho. "Lo exagero todo, ahí es donde me equivoco", me repetía a cada hora. Pero, sin embargo, "es muy probable que Liza venga igual", era el estribillo con el que terminaban todas mis reflexiones. Me sentía tan inquieto que a veces entraba en cólera: "¡Vendrá, es seguro que vendrá!" gritaba, corriendo por la habitación, "si no es hoy, vendrá mañana; ¡me

descubrirá! ¡El maldito romanticismo de estos corazones puros! ¡Oh, la vileza-oh, la estupidez-oh, la estupidez de estas "miserables almas sentimentales"! ¿Cómo no entender? ¿Cómo no entender? . . ."

Pero en este punto me detuve en seco, y con gran confusión, por cierto.

Y qué pocas, qué pocas palabras, pensé, de paso, eran necesarias; qué poco de lo idílico (y afectado, libresco, artificialmente idílico también) había bastado para convertir de una vez toda una vida humana según mi voluntad. ¡Eso es la virginidad, para estar seguros! ¡La frescura de la tierra!

A veces se me ocurría la idea de ir a verla, "contarle todo", y rogarle que no viniera a verme. Pero este pensamiento despertaba tal ira en mí que creía que habría aplastado a esa "maldita" Liza si hubiera estado cerca de mí en ese momento. La habría insultado, la habría escupido, la habría echado, la habría golpeado.

Sin embargo, pasó un día, otro y otro; ella no vino y yo empecé a tranquilizarme. Me sentía particularmente audaz y alegre después de las nueve, incluso a veces empezaba a soñar, y bastante dulcemente: Yo, por ejemplo, me convertía en la salvación de Liza, simplemente porque ella venía a mí y yo le hablaba... . La desarrollo, la educo. Finalmente, noto que ella me ama, me ama apasionadamente. Finjo no entender (no sé, sin embargo, por qué finjo, sólo por efecto, tal vez). Por fin, toda confundida, transfigurada, temblando y sollozando, se arroja a mis pies y me dice que soy su salvador, y que me ama más que a nada en el mundo. Estoy asombrado, pero... "Liza", le digo, "¿puedes imaginar que no me he dado cuenta de tu amor? Lo vi todo, lo adiviné, pero

no me atreví a acercarme a ti primero, porque tenía una influencia sobre ti y temía que te forzaras, por gratitud, a responder a mi amor, que trataras de despertar en tu corazón un sentimiento que tal vez estuviera ausente, y no deseaba que . . porque sería una tiranía... sería una falta de delicadeza (en fin, me lanzo en ese momento a sutilezas europeas, inexplicablemente elevadas a lo George Sand), pero ahora, ahora eres mía, eres mi creación, eres pura, eres buena, eres mi noble esposa.

"Entra en mi casa con valentía y libertad,

su legítima dueña será'".

Entonces empezamos a vivir juntos, nos vamos al extranjero y así sucesivamente. De hecho, al final a mí mismo me pareció vulgar, y empecé a sacarme la lengua.

Además, no la dejarán salir, "¡la muy golfa!" pensé. No las dejan salir muy fácilmente, sobre todo por la noche (por alguna razón me imaginé que vendría por la noche, y precisamente a las siete). Aunque dijo que todavía no era del todo una esclava allí, y que tenía ciertos derechos; así que... Maldita sea, vendrá, seguro que vendrá.

Fue bueno, de hecho, que Apollon distrajera mi atención en ese momento con su grosería. Me hizo perder la paciencia. Era la pesadilla de mi vida, la maldición que me había echado la Providencia. Llevábamos años discutiendo continuamente y le odiaba. Dios mío, ¡cómo lo odiaba! Creo que nunca había odiado a nadie en mi vida como le odiaba a él, especialmente en algunos momentos. Era un hombre mayor, digno, que trabajaba parte de su tiempo como sastre. Pero, por alguna razón desconocida, me despreciaba sin medida y me miraba con insufrible desprecio.

Aunque, en realidad, miraba con desprecio a todo el mundo. Sólo con mirar aquella cabeza de lino, suavemente cepillada, el mechón de pelo que se peinaba en la frente y se engrasaba con aceite de girasol, aquella boca digna, comprimida en forma de letra V, uno sentía que se enfrentaba a un hombre que nunca dudaba de sí mismo. Era un pedante, hasta el punto más extremo, el mayor pedante que había conocido en la tierra, y con ello tenía una vanidad sólo propia de Alejandro de Macedonia. Estaba enamorado de cada botón de su abrigo, de cada uña de sus dedos, absolutamente enamorado de ellos, y lo parecía. Se comportaba conmigo como un perfecto tirano, me hablaba muy poco, y si por casualidad me miraba, me dirigía una mirada firme, majestuosamente segura de sí misma e invariablemente irónica, que a veces me hacía enfurecer. Hacía su trabajo con el aire de hacerme el mayor de los favores, aunque apenas hacía nada por mí y, de hecho, no se consideraba obligado a hacer nada. No cabía duda de que me consideraba el mayor tonto de la tierra, y que el hecho de que "no se deshiciera de mí" se debía simplemente a que podía obtener un salario de mí cada mes. Consintió en no hacer nada por mí por siete rublos al mes. Se me deberían perdonar muchos pecados por lo que sufrí de él. Mi odio llegaba a tal punto que, a veces, su mismo paso casi me hacía entrar en convulsiones. Lo que más detestaba era su ceceo. Debía de tener la lengua demasiado larga o algo por el estilo, porque ceceaba continuamente, y parecía estar muy orgulloso de ello, imaginando que eso aumentaba mucho su dignidad. Hablaba en un tono lento y medido, con las manos a la espalda y los ojos fijos en el suelo. Me enfurecía especialmente cuando leía en voz alta los salmos para sí mismo detrás de su tabique. Muchas batallas he librado por esa lectura. Pero le gustaba mucho leer en voz alta por las tardes, con

una voz lenta, uniforme y cantarina, como si se tratara de un muerto. Es interesante que así haya terminado: se contrata para leer los salmos sobre los muertos, y al mismo tiempo mata ratas y hace tizones. Pero en aquel momento no pude librarme de él, era como si se combinara químicamente con mi existencia. Además, nada le habría inducido a consentir en dejarme. Yo no podía vivir en alojamientos amueblados: mi alojamiento era mi soledad privada, mi caparazón, mi cueva, en la que me ocultaba de toda la humanidad, y Apollon me parecía, por alguna razón, parte integrante de ese piso, y durante siete años no pude rechazarlo.

Atrasarse dos o tres días con su salario, por ejemplo, era imposible. Habría montado tal escándalo que no habría sabido dónde esconder la cabeza. Pero estaba tan exasperado con todo el mundo durante esos días, que por alguna razón y con algún objetivo decidí castigar a Apollon y no pagarle durante quince días los salarios que se le debían. Desde hacía mucho tiempo -los dos últimos años- tenía la intención de hacerlo, simplemente para enseñarle a no darse aires conmigo, y para demostrarle que si quería podía retenerle el sueldo. Me propuse no decirle nada al respecto, y guardé silencio a propósito, con el fin de herir su orgullo y obligarle a ser el primero en hablar de su salario. Entonces sacaba los siete rublos de un cajón, le mostraba que tenía el dinero guardado a propósito, pero que no lo haría, no lo haría, simplemente no le pagaría su salario, no lo haría sólo porque eso es "lo que deseo", porque "soy el amo y me corresponde decidir", porque ha sido irrespetuoso, porque ha sido grosero; pero si lo pidiera respetuosamente podría ablandarme y dárselo, de lo contrario podría esperar otros quince días, otras tres semanas, un mes entero... . . .

Pero, por muy enfadado que estuviera, me superó. No pude aguantar cuatro días. Comenzó como siempre comenzaba en tales casos, pues ya había habido casos así, había habido intentos (y cabe observar que yo sabía todo esto de antemano, conocía de memoria sus desagradables tácticas). Empezaba por clavarme una mirada muy severa, que mantenía durante varios minutos, sobre todo cuando me encontraba o me veía fuera de casa. Si yo aguantaba y fingía no notar esas miradas, él, aún en silencio, procedía a nuevas torturas. De repente, sin proponérselo, entraba en mi habitación con suavidad, cuando yo iba de un lado a otro o estaba leyendo, se quedaba en la puerta, con una mano detrás de la espalda y un pie detrás del otro, y me lanzaba una mirada más que severa, totalmente despectiva. Si de repente le preguntaba qué quería, no me respondía, sino que seguía mirándome fijamente durante unos segundos, y luego, con una peculiar compresión de los labios y un aire muy significativo, se daba la vuelta deliberadamente y volvía a su habitación. Dos horas más tarde volvía a salir y se presentaba de nuevo ante mí de la misma manera. Sucedió que, en mi furia, ni siquiera le pregunté qué quería, sino que simplemente levanté la cabeza brusca e imperiosamente y comencé a mirarle fijamente. Así nos quedamos mirando durante dos minutos; al fin se volvió con deliberación y dignidad y volvió de nuevo durante dos horas.

Si todo esto no me hacía entrar en razón, sino que persistía en mi revuelta, de repente empezaba a suspirar mientras me miraba, suspiros largos y profundos, como si midiera con ellos la profundidad de mi degradación moral, y, por supuesto, al final terminaba triunfando por completo: Me enfurecí y grité, pero aún así me vi obligado a hacer lo que él quería.

Esta vez apenas habían comenzado las habituales maniobras de miradas cuando perdí los estribos y me abalancé sobre él con furia. Estaba irritado más allá de lo soportable, aparte de él.

"Quédate", grité, enloquecida, mientras él se giraba lenta y silenciosamente, con una mano en la espalda, para ir a su habitación. "¡Quédate! Vuelve, vuelve, te digo!" y debí de berrear de forma tan poco natural, que él se volvió y hasta me miró con cierto asombro. Sin embargo, persistió en no decir nada, y eso me enfureció.

"¿Cómo te atreves a venir a mirarme así sin que te llamen? Contesta".

Después de mirarme tranquilamente durante medio minuto, empezó a darse la vuelta de nuevo.

"¡Quédate!" rugí, corriendo hacia él, "¡no te muevas! Ya está. Contesta, ahora: ¿qué has venido a mirar?"

"Si tienes alguna orden que darme es mi deber cumplirla", contestó, tras otra pausa silenciosa, con un ceceo lento y medido, levantando las cejas y girando tranquilamente la cabeza de un lado a otro, todo ello con una compostura exasperante.

"¡No es eso lo que te estoy preguntando, torturador!" grité, poniéndome rojo de ira. "Yo mismo te diré por qué has venido aquí: verás, no te doy tu sueldo, eres tan orgulloso que no quieres inclinarte y pedirlo, y por eso vienes a castigarme con tus estúpidas miradas, a preocuparme y no tienes sus-pic-ción de lo estúpido que es- ¡estúpido, estúpido, estúpido! . . ."

Se habría dado la vuelta de nuevo sin decir nada, pero lo agarré.

"Escucha", le grité. "Aquí está el dinero, ¿ves?, aquí está" (lo saqué del cajón de la mesa); "aquí están los siete rublos completos, pero no los vas a tener, tú . ... no... vas... a... tenerlo hasta que vengas respetuosamente con la cabeza inclinada a pedirme perdón. ¿Me oyes?"

"Eso no puede ser", respondió, con la más antinatural confianza en sí mismo.

"Así será", le dije, "le doy mi palabra de honor, así será".

"Y no hay nada por lo que deba pedirte perdón", continuó, como si no se hubiera dado cuenta de mis exclamaciones. "Además, me has llamado "torturador", por lo que puedo citarte en la comisaría en cualquier momento por conducta insultante".

"¡Vaya, cítame!", rugí, "¡Vaya de inmediato, en este mismo minuto, en este mismo segundo! Usted es un torturador de todos modos, un torturador".

Pero él se limitó a mirarme, luego se dio la vuelta y, sin tener en cuenta mis ruidosas llamadas, se dirigió a su habitación con paso uniforme y sin mirar a su alrededor.

"Si no hubiera sido por Liza, nada de esto habría ocurrido", decidí interiormente. Luego, tras esperar un minuto, me dirigí yo mismo detrás de su biombo con aire digno y solemne, aunque mi corazón latía lenta y violentamente.

"Apollon", dije en voz baja y con énfasis, aunque me faltaba el aliento, "ve de inmediato, sin un minuto de retraso, a buscar al oficial de policía".

Mientras tanto, él se había acomodado en su mesa, se había puesto las gafas y había empezado a coser. Pero, al oír mi orden, estalló en una carcajada.

"¡En seguida, vete ahora mismo! Vete, si no, no te imaginas lo que va a pasar".

"Ciertamente, estás loco", observó, sin siquiera levantar la cabeza, ceceando tan deliberadamente como siempre y enhebrando su aguja. "¿Quién ha oído hablar de un hombre que mande llamar a la policía contra sí mismo? Y en cuanto a lo de estar asustado, te estás alterando por nada, pues nada saldrá de ello".

"¡Vete!" grité, agarrándolo por el hombro. Sentí que debía golpearlo en un minuto.

Pero no noté que la puerta del pasillo se abría suave y lentamente en ese instante y que una figura entraba, se detenía en seco y comenzaba a mirarnos con perplejidad. Allí, agarrándome el pelo con ambas manos, apoyé la cabeza en la pared y me quedé inmóvil en esa posición.

Dos minutos más tarde oí los pasos deliberados de Apollon. "Hay una mujer que pregunta por ti", dijo, mirándome con peculiar severidad. Luego se apartó y dejó entrar a Liza. No se fue, sino que nos miró sarcásticamente.

"Vete, vete", le ordené con desesperación. En ese momento mi reloj comenzó a zumbar y a resoplar y dio las siete.

20

Parte 2 (A propósito de la nieve húmeda), IX

Empieza: «"A mi casa venid audaces y libres,»

"A mi casa venid audaces y libres,

Su legítima dueña allí estará".

Me quedé ante ella aplastada, cabizbaja, repugnantemente confundida, y creo que sonreí mientras hacía todo lo posible por envolverme en las faldas de mi bata harapienta, exactamente como había imaginado la escena no mucho antes en un ataque de depresión. Después de permanecer junto a nosotros durante un par de minutos, Apollon se marchó, pero eso no me tranquilizó. Lo que empeoró fue que ella también estaba abrumada por la confusión, más, de hecho, de lo que debería haber esperado. Al verme, por supuesto.

"Siéntate", dije mecánicamente, acercando una silla a la mesa, y me senté en el sofá. Ella se sentó obedientemente al instante y me miró con los ojos abiertos, esperando evidentemente algo de mí de inmediato. Esta ingenuidad de la expectativa me llevó a la furia, pero me contuve.

Debería haber tratado de no darse cuenta, como si todo hubiera sido como de costumbre, mientras que en lugar de eso, ella... y yo

sentí vagamente que debería hacerle pagar muy caro todo esto.

"Me has encontrado en una posición extraña, Liza", empecé, tartamudeando y sabiendo que esa era la forma equivocada de empezar. "No, no, no te imagines nada", grité, viendo que se había sonrojado de repente. "No me avergüenzo de mi pobreza...". Al contrario, veo con orgullo mi pobreza. Soy pobre pero honorable... Se puede ser pobre y honrado", murmuré. "Sin embargo... ¿quieres té? . . ."

"No", comenzaba ella.

"Espera un momento".

Me levanté de un salto y corrí hacia Apollon. Tenía que salir de la habitación de alguna manera.

"Apollon", susurré con prisa febril, arrojando ante él los siete rublos que habían permanecido todo el tiempo en mi puño cerrado, "aquí tienes tu sueldo, ya ves que te lo doy; pero para eso debes venir en mi ayuda: tráeme té y una docena de biscotes del restaurante. Si no vas, me harás un miserable. No sabes lo que es esta mujer... ¡Esto es todo! Puede que te estés imaginando algo. . . ¡Pero no sabes lo que es esa mujer! . . ."

Apollon, que ya se había sentado a trabajar y se había vuelto a poner las gafas, primero miró con recelo el dinero sin hablar ni dejar la aguja; luego, sin prestarme la menor atención ni responder, siguió ocupándose de su aguja, que aún no había enhebrado. Esperé ante él tres minutos con los brazos cruzados a la napoléon. Tenía las sienes húmedas de sudor. Estaba pálido, lo sentía. Pero, gracias a Dios, debió de compadecerse al verme. Después de enhebrar su aguja, se levantó deliberadamente de su

asiento, retrocedió deliberadamente su silla, se quitó deliberadamente las gafas, contó deliberadamente el dinero, y finalmente me preguntó por encima del hombro: "¿Me das una porción entera?", salió deliberadamente de la habitación. Mientras volvía con Liza, se me ocurrió en el camino un pensamiento: ¿no debería huir tal como estaba en bata, sin importar dónde, y luego dejar que pasara lo que pasara?

Me senté de nuevo. Ella me miró con inquietud. Durante algunos minutos permanecimos en silencio.

"Lo mataré", grité de repente, golpeando la mesa con el puño de modo que la tinta brotó del tintero.

"¡Qué estás diciendo!", gritó ella, arrancando.

"¡Lo mataré! ¡Lo mataré!" chillé, golpeando repentinamente la mesa con absoluto frenesí y, al mismo tiempo, comprendiendo plenamente lo estúpido que era estar en tal frenesí. "No sabes, Liza, lo que ese torturador es para mí. Es mi torturador . . . . Ahora ha ido a buscar unos bizcochos; él..."

Y de repente rompí a llorar. Fue un ataque de histeria. Qué vergüenza sentí en medio de mis sollozos; pero aun así no pude contenerlos.

Estaba asustada.

"¿Qué pasa? ¿Qué pasa?", gritó, revolviéndose a mi alrededor.

"¡Agua, dame agua, por ahí!" murmuré con voz débil, aunque en mi fuero interno era consciente de que podría haberme arreglado muy bien sin agua y sin murmurar con voz débil. Pero estaba, lo que se

llama, poniéndolo, para salvar las apariencias, aunque el ataque era genuino.

Me dio agua, mirándome con desconcierto. En ese momento Apollon trajo el té. De repente me pareció que ese té tan vulgar y prosaico era horriblemente indigno y mísero después de todo lo que había pasado, y me sonrojé. Liza miró a Apollon con alarma. Él salió sin mirar a ninguno de los dos.

"Liza, ¿me desprecias?" pregunté, mirándola fijamente, temblando de impaciencia por saber qué pensaba.

Ella estaba confundida y no sabía qué responder.

"Bébete el té", le dije con rabia. Estaba enfadado conmigo mismo, pero, por supuesto, era ella quien tendría que pagar por ello. Un horrible rencor contra ella surgió de repente en mi corazón; creo que podría haberla matado. Para vengarme de ella me juré interiormente que no le diría ni una palabra en todo el tiempo. "Ella es la causa de todo", pensé.

Nuestro silencio duró cinco minutos. El té estaba sobre la mesa; no lo tocamos. Había llegado al punto de abstenerme a propósito de empezar para avergonzarla más; era incómodo para ella empezar sola. Varias veces me miró con lúgubre perplejidad. Yo guardaba un silencio obstinado. Por supuesto, yo mismo era el principal perjudicado, porque era plenamente consciente de la repugnante mezquindad de mi rencorosa estupidez, y sin embargo, al mismo tiempo, no podía contenerme.

"Quiero. ... alejarme... de allí por completo", comenzó, para romper el silencio de alguna manera, pero, pobre muchacha, eso era justamente lo que no debería haber hablado en un momento tan

estúpido a un hombre tan estúpido como yo. Me dolía el corazón de lástima por su falta de tacto y su innecesaria franqueza. Pero algo espantoso ahogó de inmediato toda compasión en mí; incluso me provocó mayor veneno. No me importaba lo que pasara. Pasaron otros cinco minutos.

"Tal vez te estorbo", comenzó tímidamente, apenas audible, y se estaba levantando.

Pero en cuanto vi este primer impulso de dignidad herida, temblé positivamente de despecho, y enseguida estallé.

"¿Por qué has venido a mí, dímelo, por favor?" Empecé, jadeando y sin tener en cuenta la conexión lógica de mis palabras. Ansiaba que todo saliera de una vez, de un solo golpe; ni siquiera me preocupaba cómo empezar. "¿Por qué has venido? Responde, responde", grité, sin saber apenas lo que estaba haciendo. "Te diré, mi buena chica, por qué has venido. Has venido porque entonces te hablé de cosas sentimentales. Así que ahora estás blanda como la mantequilla y anhelas volver a tener buenos sentimientos. Así que debes saber que entonces me reía de ti. Y me estoy riendo de ti ahora. ¿Por qué te estremeces? ¡Sí, me reía de ti! Había sido insultado justo antes, en la cena, por los compañeros que vinieron esa noche antes que yo. Fui a verte con la intención de golpear a uno de ellos, un oficial; pero no lo conseguí, no lo encontré; tenía que vengar el insulto en alguien para recuperar el mío; apareciste tú, descargué mi furia en ti y me reí de ti. Me habían humillado, así que quise humillar; me habían tratado como un trapo, así que quise mostrar mi poder... . Eso es lo que era, y tú imaginaste que había venido a propósito para salvarte. ¿Sí? ¿Imaginaste eso? ¿Imaginaste eso?"

Sabía que tal vez ella estaría confundida y no lo asimilaría exactamente, pero también sabía que captaría lo esencial, muy bien. Y así lo hizo. Se puso blanca como un pañuelo, trató de decir algo, y sus labios trabajaron dolorosamente; pero se hundió en una silla como si hubiera sido derribada por un hacha. Y todo el tiempo posterior me escuchó con los labios entreabiertos y los ojos muy abiertos, estremeciéndose con un terror espantoso. El cinismo, el cinismo de mis palabras la abrumaba. . .

"¡Sálvate!" Continué, saltando de mi silla y corriendo por la habitación ante ella. "¿Salvarte de qué? Pero quizás yo mismo sea peor que tú. Por qué no me lo echaste en cara cuando te estaba dando ese sermón: 'Pero, ¿para qué has venido aquí tú mismo? ¿Era para leernos un sermón?' Poder, poder era lo que quería entonces, deporte era lo que quería, quería arrancarte tus lágrimas, tu humillación, tu histeria; eso era lo que quería entonces. Por supuesto, no pude mantenerlo entonces, porque soy una criatura desgraciada, me asusté y, el diablo sabe por qué, te di mi dirección en mi locura. Después, antes de llegar a casa, estuve maldiciendo y jurando contra ti por esa dirección, ya te odiaba por las mentiras que te había dicho. Porque sólo me gusta jugar con las palabras, sólo soñar, pero, ¿sabéis?, lo que realmente quiero es que os vayáis todos al infierno. Eso es lo que quiero. Quiero la paz; sí, vendería el mundo entero por un centavo, directamente, con tal de que me dejen en paz. ¿El mundo se irá a la mierda o yo me quedaré sin mi té? Yo digo que el mundo puede irse al garete por mí, siempre que tenga mi té. ¿Lo sabías o no? Bueno, de todos modos, sé que soy un canalla, un sinvergüenza, un egoísta, un perezoso. Llevo tres días estremeciéndome al pensar en tu llegada. ¿Y sabes lo que me ha preocupado especialmente durante estos tres días? Que me hice

pasar por un héroe para ti, y ahora me verías en una miserable bata rota, mendicante, repugnante. Te he dicho hace un momento que no me avergonzaba de mi pobreza; pues bien, debes saber que me avergüenzo de ella; me avergüenzo más que de nada, tengo más miedo que de que me descubran si soy un ladrón, porque soy tan vanidoso como si me desollaran y me doliera el mismo aire que me sopla. Seguro que a estas alturas te das cuenta de que nunca te perdonaré que me hayas encontrado con esta miserable bata, justo cuando volaba hacia Apollon como un malvado rencoroso. El salvador, el antiguo héroe, volaba como un sarnoso y desaliñado perro pastor hacia su lacayo, y el lacayo se burlaba de él. Y nunca te perdonaré las lágrimas que no pude evitar derramar ante ti hace un momento, como una mujer tonta puesta en evidencia. Y por lo que te estoy confesando ahora, tampoco te perdonaré nunca. Sí, debes responder por todo ello, porque te presentaste así, porque soy un canalla, porque soy el más desagradable, estúpido, absurdo y envidioso de todos los gusanos de la tierra, que no son ni un poco mejores que yo, pero, el diablo sabe por qué, nunca son puestos en confusión; mientras que yo siempre seré insultado por cada piojo, ¡esa es mi condena! ¡Y qué me importa que no entiendas ni una palabra de esto! ¿Y qué me importa, qué me importa de ti, y si te vas a la ruina allí o no? ¿Comprendes? Cómo te voy a odiar ahora después de decir esto, por haber estado aquí y escuchar. No hay una vez en la vida que un hombre hable así, ¡y además con histeria! . . . ¿Qué más quieres? ¿Por qué sigues enfrentándote a mí, después de todo esto? ¿Por qué me preocupas? ¿Por qué no te vas?"

Pero en este punto ocurrió algo extraño. Estaba tan acostumbrado a pensar e imaginar todo a partir de los libros, y a imaginármelo todo en el mundo tal y como lo había inventado en mis sueños de

antemano, que no pude asimilar de golpe esta extraña circunstancia. Lo que ocurrió fue lo siguiente: Liza, insultada y aplastada por mí, comprendió mucho más de lo que yo imaginaba. Comprendió de todo esto lo que una mujer comprende en primer lugar, si siente verdadero amor, es decir, que yo mismo era infeliz.

A la expresión asustada y herida de su rostro le siguió primero una mirada de dolorosa perplejidad. Cuando empecé a llamarme canalla y canalla y mis lágrimas fluyeron (la perorata fue acompañada en todo momento por las lágrimas) todo su rostro se agitó convulsivamente. Estuvo a punto de levantarse y detenerme; cuando terminé, no hizo caso de mis gritos: "¿Por qué estás aquí, por qué no te vas?", sino que sólo se dio cuenta de que debía ser muy amargo para mí decir todo eso. Además, estaba tan aplastada, la pobre chica; se consideraba infinitamente inferior a mí; ¿cómo podía sentir ira o resentimiento? De repente se levantó de su silla con un impulso irresistible y extendió las manos, anhelante hacia mí, aunque todavía tímida y sin atreverse a moverse... . . . En ese momento también hubo una repulsión en mi corazón. Entonces se precipitó hacia mí, me abrazó y rompió a llorar. Yo tampoco pude contenerme y sollocé como nunca antes lo había hecho.

"No me dejan... No puedo ser buena". logré articular; luego fui al sofá, me tiré en él boca abajo, y sollocé en él durante un cuarto de hora en auténtico histerismo. Ella se acercó a mí, me rodeó con sus brazos y se quedó inmóvil en esa posición. Pero el problema era que la histeria no podía prolongarse eternamente, y (estoy escribiendo la repugnante verdad) tumbado boca abajo en el sofá, con la cara metida en mi asquerosa almohada de cuero, empecé a ser consciente, poco a poco, de una sensación lejana, involuntaria pero irresistible, de que ahora sería incómodo para mí levantar la

cabeza y mirar a Liza directamente a la cara. ¿Por qué me daba vergüenza? No lo sé, pero me daba vergüenza. También me vino a la cabeza la idea de que nuestras partes estaban ahora completamente cambiadas, que ella era ahora la heroína, mientras que yo no era más que una criatura aplastada y humillada como lo había sido ella ante mí aquella noche-cuatro días antes... Y todo esto me vino a la mente durante los minutos que estuve tumbado de bruces en el sofá.

¡Dios mío! Seguramente no la envidiaba entonces.

No lo sé, hasta el día de hoy no puedo decidirlo, y en aquel momento, por supuesto, todavía era menos capaz de entender lo que sentía que ahora. No puedo seguir adelante sin dominar y tiranizar a alguien, pero... no se puede explicar nada con un razonamiento y por eso es inútil razonar.

Sin embargo, me vencí a mí mismo y levanté la cabeza; tenía que hacerlo tarde o temprano... y hasta el día de hoy estoy convencido de que fue justo porque me avergonzaba de mirarla que otro sentimiento se encendió de repente y flameó en mi corazón... un sentimiento de dominio y posesión. Mis ojos brillaron de pasión y agarré sus manos con fuerza. ¡Cómo la odiaba y cómo me sentía atraído por ella en ese momento! Un sentimiento intensificaba el otro. Fue casi como un acto de venganza. Al principio había una mirada de asombro, incluso de terror en su rostro, pero sólo por un instante. Me abrazó cálida y arrebatadoramente.

21

Parte 2 (A propósito de la nieve húmeda), X

Empieza: «Un cuarto de hora más tarde, yo iba de un lado a otro de la habitación con una impaciencia frenética; de un...»

Un cuarto de hora más tarde, yo iba de un lado a otro de la habitación con una impaciencia frenética; de un momento a otro me acerqué a la pantalla y miré a Liza a través de la rendija. Estaba sentada en el suelo con la cabeza apoyada en la cama, y debía estar llorando. Pero no se fue, y eso me irritó. Esta vez lo entendió todo. Finalmente la había insultado, pero... no hace falta describirlo. Se dio cuenta de que mi arrebato de pasión había sido simplemente una venganza, una nueva humillación, y que a mi odio anterior, casi sin causa, se añadía ahora un odio personal, nacido de la envidia. . . Aunque no sostengo positivamente que ella entendiera todo esto con claridad; pero ciertamente comprendió plenamente que yo era un hombre despreciable, y lo que era peor, incapaz de amarla. Sé que se me dirá que esto es increíble, pero es increíble ser tan rencoroso y estúpido como lo fui; puede añadirse que era extraño que no la amara, o en todo caso, que no apreciara su amor. ¿Por qué es extraño? En primer lugar, por aquel entonces yo era incapaz de amar, pues, repito, para mí amar significaba tiranizar y mostrar mi superioridad moral. Nunca en mi vida he podido imaginar otra clase de amor, y hoy en día he llegado a pensar que el

amor consiste realmente en el derecho -otorgado libremente por el objeto amadode tiranizarlo.

Incluso en mis sueños subterráneos no imaginaba el amor más que como una lucha. Lo iniciaba siempre con el odio y lo terminaba con el sometimiento moral, y después nunca sabía qué hacer con el objeto sometido. Y qué hay de extraño en ello, puesto que había logrado corromperme tanto, puesto que estaba tan fuera de contacto con la "vida real", como para haber pensado en reprocharle y avergonzarla por haber acudido a mí para escuchar "bellos sentimientos"; y ni siquiera adivinaba que no había venido a escuchar bellos sentimientos, sino a amarme, porque para una mujer toda reforma, toda salvación de cualquier clase de ruina y toda renovación moral está incluida en el amor y sólo puede mostrarse en esa forma.

Sin embargo, no la odiaba tanto cuando corría por la habitación y espiaba a través de la rendija del biombo. Sólo me sentía insufriblemente oprimido por su presencia. Quería que desapareciera. Quería "paz", que me dejaran solo en mi mundo subterráneo. La vida real me oprimía tanto con su novedad que apenas podía respirar.

Pero pasaron varios minutos y ella seguía sin moverse, como si estuviera inconsciente. Tuve la desvergüenza de golpear suavemente la pantalla como para recordarle... Se puso en marcha, se levantó de un salto y voló en busca de su pañuelo, su sombrero y su abrigo, como si quisiera escapar de mí... Dos minutos más tarde salió de detrás del biombo y me miró con ojos pesados. Hice una sonrisa de despecho, forzada, sin embargo, para guardar las apariencias, y me aparté de sus ojos.

"Adiós", dijo, yendo hacia la puerta.

Corrí hacia ella, le cogí la mano, la abrí, le metí algo y la volví a cerrar. Luego me di la vuelta de inmediato y me alejé apresuradamente hacia la otra esquina de la habitación para evitar ver, de todos modos...

Desde entonces quise decir una mentira: escribir que lo había hecho accidentalmente, sin saber lo que hacía, por tontería, por perder la cabeza. Pero no quiero mentir, así que diré directamente que abrí su mano y puse el dinero en ella... por despecho. Se me ocurrió hacerlo mientras corría de un lado a otro de la habitación y ella estaba sentada detrás del biombo. Pero esto puedo decirlo con certeza: aunque hice esa cosa cruel a propósito, no fue un impulso del corazón, sino que salió de mi malvado cerebro. Esta crueldad estaba tan afectada, era tan intencionada, era un producto tan completo del cerebro, de los libros, que no pude mantenerla ni un minuto: primero me alejé corriendo para no verla, y luego, avergonzado y desesperado, corrí tras Liza. Abrí la puerta del pasillo y comencé a escuchar.

"¡Liza! Liza!" grité en la escalera, pero en voz baja, no con valentía. No hubo respuesta, pero me pareció oír sus pasos, más abajo en la escalera.

"¡Liza!" grité, más fuerte.

No hubo respuesta. Pero en ese momento oí que la rígida puerta de cristal exterior se abría pesadamente con un chirrido y se cerraba violentamente; el sonido resonó en la escalera.

Se había ido. Volví a mi habitación vacilando. Me sentía terriblemente oprimido.

Me quedé quieto junto a la mesa, al lado de la silla en la que ella se había sentado, y miré sin rumbo ante mí. Pasó un minuto, y de repente me sobresalté; delante de mí, en la mesa, vi... En pocas palabras, vi un billete azul de cinco rublos arrugado, el mismo que le había puesto en la mano un minuto antes. Era el mismo billete; no podía ser otro, no había otro en el piso. Así que se las había arreglado para arrojarlo de su mano sobre la mesa en el momento en que yo me había precipitado hacia la esquina más lejana.

Y bien... Podía esperar que lo hiciera. ¿Podría haberlo esperado? No, yo era tan egoísta, tan poco respetuoso con mis semejantes, que ni siquiera podía imaginar que lo hiciera. No podía soportarlo. Un minuto después corrí como un loco a vestirme, me puse lo que pude al azar y corrí de cabeza tras ella. No podía estar a doscientos pasos cuando salí a la calle.

Era una noche tranquila y la nieve caía en masa y casi perpendicularmente, cubriendo el pavimento y la calle vacía como si fuera una almohada. No había nadie en la calle, no se oía ningún ruido. Las farolas daban un destello desconsolado e inútil. Corrí doscientos pasos hasta el cruce y me detuve en seco.

¿Adónde había ido? ¿Y por qué corría yo tras ella?

¿Por qué? Para caer ante ella, para sollozar de remordimiento, para besar sus pies, para suplicar su perdón. Ansiaba eso, todo mi pecho se desgarraba, y nunca, nunca recordaré ese minuto con indiferencia. Pero, ¿para qué? pensé. ¿No debería empezar a odiarla, tal vez, incluso mañana, sólo porque hoy había besado sus pies? ¿Debería darle felicidad? ¿No había reconocido aquel día, por centésima vez, lo que yo valía? ¿No debía torturarla?

Me quedé de pie en la nieve, contemplando la oscuridad turbadora, y reflexioné sobre esto.

"¿Y no será mejor?" Musité fantásticamente, después en casa, sofocando la punzada viva de mi corazón con sueños fantásticos. "¿No será mejor que ella guarde el resentimiento del insulto para siempre? El resentimiento es una purificación; es una conciencia muy dolorosa y punzante. Mañana habría profanado su alma y agotado su corazón, mientras que ahora el sentimiento del insulto no morirá nunca en su corazón, y por muy repugnante que sea la suciedad que le espera, el sentimiento del insulto la elevará y purificará... por el odio... ¡eh! . . quizás, también, por el perdón . . . Sin embargo, ¿todo eso le facilitará las cosas? ..."

Y, en efecto, voy a hacer aquí, por mi cuenta, una pregunta ociosa: ¿qué es mejor, la felicidad barata o los sufrimientos exaltados? ¿Qué es mejor?

Así soñé mientras me sentaba en casa aquella tarde, casi muerto por el dolor de mi alma. Nunca había soportado tanto sufrimiento y remordimiento, y sin embargo, ¿podría haber existido la más mínima duda cuando salí corriendo de mi alojamiento de que debía volver a mitad de camino? No volví a ver a Liza y no he sabido nada de ella. Añadiré, además, que durante mucho tiempo seguí complacido con la frase sobre el beneficio del resentimiento y el odio, a pesar de que casi enfermé de miseria.

..... Incluso ahora, tantos años después, todo esto es de alguna manera un recuerdo muy malo. Ahora tengo muchos malos recuerdos, pero... ¿no sería mejor que terminara aquí mis "Notas"? Creo que cometí un error al empezar a escribirlas, de todos modos me he sentido avergonzado todo el tiempo que he estado

escribiendo esta historia; así que no es tanto literatura como un castigo correctivo. Por qué, contar largas historias, mostrando cómo he echado a perder mi vida por pudrirme moralmente en mi rincón, por la falta de un entorno adecuado, por el divorcio de la vida real, y por el rencor rancio en mi mundo subterráneo, no sería ciertamente interesante; una novela necesita un héroe, y aquí se reúnen expresamente todos los rasgos para un antihéroe, y lo que es más importante, todo produce una impresión desagradable, porque todos estamos divorciados de la vida, todos somos tullidos, cada uno de nosotros, más o menos. Estamos tan divorciados de ella que sentimos a la vez una especie de aversión por la vida real, y no soportamos que nos la recuerden. Hemos llegado a considerar la vida real como un esfuerzo, casi como un trabajo duro, y todos estamos de acuerdo en privado en que es mejor en los libros. ¿Y por qué a veces nos quejamos y nos enfadamos? ¿Por qué somos perversos y pedimos otra cosa? Nosotros mismos no sabemos qué. Peor sería para nosotros que nuestras petulantes plegarias fueran atendidas. Venga, probad, dadnos a cualquiera de nosotros, por ejemplo, un poco más de independencia, desatadnos las manos, ampliad las esferas de nuestra actividad, relajad el control y nosotros. . . sí, os lo aseguro. ... estaríamos suplicando volver a estar bajo control de inmediato. Sé que es muy probable que te enfades conmigo por eso, y que empieces a gritar y a patalear. Hablen por ustedes, dirán, y por sus miserias en sus agujeros subterráneos, y no se atrevan a decir que todos nosotros... disculpen, señores, no me justifico con ese "todos nosotros". En cuanto a lo que me concierne a mí en particular, sólo he llevado en mi vida al extremo lo que ustedes no se han atrevido a llevar a medias, y es más, han tomado su cobardía por sensatez, y han encontrado consuelo en engañarse a sí mismos. De modo que tal vez, después de todo, hay

más vida en mí que en vosotros. ¡Investiga más detenidamente! ¿Por qué, ahora ni siquiera sabemos qué significa vivir, qué es y cómo se llama? Déjanos solos sin libros y nos perderemos y confundiremos enseguida. No sabremos a qué unirnos, a qué aferrarnos, qué amar y qué odiar, qué respetar y qué despreciar. Nos oprime el hecho de ser hombres con un cuerpo y una sangre individuales reales, nos avergonzamos de ello, lo consideramos una desgracia y tratamos de ingeniárnoslas para ser una especie de hombre generalizado imposible. Hemos nacido muertos, y durante generaciones pasadas hemos sido engendrados, no por padres vivos, y eso nos conviene cada vez más. Estamos desarrollando el gusto por ello. Pronto nos las arreglaremos para nacer de alguna manera de una idea. Pero basta; no quiero escribir más desde el "subsuelo"

[Sin embargo, las notas de este paradojista no terminan aquí. No podía abstenerse de seguir con ellas, pero nos parece que podemos detenernos aquí].

LA BIBLIOTECA FILOSÓFICA

Sigue leyendo

Encontrarás el análisis de la obra, otras lecturas de Fiódor Dostoyevski y más libros completos gratis en labibliotecafilosofica.com.

Biblioteca de libros gratis ↗
Una ruta para empezar en filosofía ↗